

LA LUNA, EL VIENTO, EL AÑO, EL DÍA



COLECCIÓN

50
AÑOS

ANA PIZARRO

LA LUNA, EL
VIENTO, EL
AÑO, EL DÍA



CONMEMORACIÓN 50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO - UTE - USACH

Esta colección reúne obras relativas al golpe de Estado y a la dictadura chilena, situando en el centro a la Universidad Técnica del Estado (UTE), para dar cuenta de sus efectos. De esta manera, entrega una visión coral sobre dicho proceso, compuesta de estudios académicos, documentos, entrevistas, testimonios, reportajes y textos literarios de autores disímiles en cuanto a su formación, inclinación política y pertenencia institucional, lo que provee a la colección de una diversidad en sus géneros y miradas.

La luna, el viento, el año, el día

Ana Pizarro

Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2023
Av. Víctor Jara 3453, Estación Central, Santiago de Chile
Tel.: +56 2 2718 0080
www.editorial.usach.cl

© Ana Pizarro, 2023
© de la fotografía: Archivo Manuel Álvarez Bravo, S.C, 2023

I.S.B.N. edición impresa: 978-956-303-638-1
I.S.B.N. edición digital: 978-956-303-637-4

Director colección: José Santos-Herceg
Director editorial: Galo Ghigliotto G.
Edición: Consuelo Olgún A.
Diagramación: Andrea Meza V.
Diseño de colección: Karin Gildemeister B.
Montaje de portada: Ana Ramírez

Segunda edición, noviembre 2023

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico o mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la editorial.

Impreso en Chile

ANA PIZARRO

LA LUNA, EL
VIENTO, EL
AÑO, EL DÍA


EDITORIAL
USACH

COLECCIÓN
50 AÑOS

Índice

Prólogo a la segunda edición.....	13
Capítulo I.....	15
Capítulo II.....	53
Capítulo III.....	117

*Para Facundo, Javiera, a la memoria de Matías,
para Sebastián y Marco.*

*Porque es cierto que
la memoria, más que del pasado,
es una construcción de futuro.*

La luna, el viento, el año, el día:
todo camina, pero pasa también.

CHILAM BALAM DE CHUMAYEL

Prólogo a la segunda edición

Este texto es una novela-ensayo, un relato híbrido, que relata y reflexiona. Cuando lo escribí aún no había vuelto a Chile. Estaba a punto de hacerlo: mi nombre había aparecido en las listas de retorno de la dictadura. El relato intenta plasmar la historia como la sentía entonces, tal vez como la siento ahora, en un juego de muñecas rusas: la historia de un actor en la historia nacional y en la historia latinoamericana. Es un juego enmarañado, ¿pero qué historia no lo es?

He aceptado volver a publicar el texto después de treinta años por la necesidad que tiene todo participante en la construcción de la narrativa que condujo a la democracia. También la de los que quisieron cambiar la vida. Hay hechos concretos, pero cada cual los vivió a su modo, o no logró vivirlos enteramente. Los que hablamos, de alguna manera somos también las voces de esos silencios: con sus ilusiones, sus proyectos, emociones, sus incertidumbres, sus dolores, sus rabias, su capacidad de entregarlo todo.

Después de treinta años, el lector tendrá nuevos elementos para enjuiciar el relato.

ANA PIZARRO
Septiembre 2023

Capítulo I

Fasten seat belts. La luz roja se enciende y se apaga. *Messieurs les passagers sont priés de redresser leurs sièges et accrocher leur ceinture de sécurité. Merci.* El tono agudo de la voz te va despertando de a poco hasta terminar en el ritmo interrogante del final que te proyecta a otros espacios de la memoria lejanos ya y es la puerta de la panadería de la esquina, de súbito, y entras, *boulangerie pâtisserie*, rue Chevreul, la calle de los argelinos y *Vous voulez messieurs dames*, la cara regordeta de mejillas rojas por la piel demasiado blanca y el tono de los ojos claros. El gesto mecánico listo para cortar la *demi-baguette* o para elegir entre la *baguette* y la *ficelle* en un gesto que intentas aprehender y que se rehace infinidad de veces en la memoria, una media vuelta repetida frente a cada persona mientras esperas en la fila, cada mañana, cada tarde, luego frente a ti, que vuelve ahora en un movimiento que se multiplica superponiéndose a sí mismo y te reproduce la angustia de hace años. Angustia del gesto, de la calle, de los perros, de cada mañana, cada tarde, de la gente, de ti misma.

Sin dudarlo apoyas rápidamente la frente contra el vidrio de la ventanilla para despejar las imágenes de este despertar y convencerte que estás ahora aquí y la curiosidad te empuja a hacerlo también porque la ventanilla estrecha te está comenzando a devolver los primeros picachos nevados. Sabes que cada movimiento, cada matiz, cada esbozo de ademán ahora será más tarde lo definitivo de este instante, que recordarás cada imagen, cada minuto, el detalle

mismo que te asombra y recuperas como parte de tu historia, de la historia también de todos.

Pero el instante es imposible de asir en su pureza, como una nota única suspendida en el vacío y las figuras, los colores, las palabras se agolpan, te invaden por segmentos, en frases enteras, apareciendo y desapareciendo en golpes de emociones que se fragmentan. Es la casa de la abuela ahora, en la falda cordillerana del norte, el pueblecito de los naranjos. Del norte decía tu madre, en eterna disputa con quienes llamaban a aquello ya el sur, porque en esa larguísima comarca del jazmín y de la lluvia que era lo tuyo nadie sabía a ciencia cierta en dónde empezaba el sur y en dónde terminaba el norte. La certeza es sólo esa luz del sol que ilumina el patio interior de la vieja casona colonial de ventanas rojas y barrotes. Es sobre todo esa luz de la memoria, desde la semipenumbra de los corredores que lo enmarcan, la luz cayendo directo sobre la jardinera alta en medio del patio, que imita un tronco con múltiples salidas truncas en donde Pepa ha puesto, repuesto y regado cada día, cada tarde, los pequeños cactus que observas empinándote porque te gustan las formas, la transparencia del verde, el rojizo hacia las puntas y es el volumen lo que te inquieta, son las hojas hinchadas y tersas lo que te está siempre sorprendiendo.

Mucho más tarde, con los años sabrás que aquello es felicidad, ahora no lo sabes, porque la felicidad casi nunca se reconoce de inmediato. Con las piernas abiertas sobre el triciclo te pones en puntillas para alcanzar a ver el nuevo brote por allí y sobre todo ese cactus que lanza —por la noche, dice Pepa— su única y esplendorosa floración anual, en una especie extrañamente bella que al día siguiente ya se cierra para desaparecer. Hay que poner cuidado para mirarla porque a veces la gente se queda ciega. Ha mostrado su flor una vez y luego se ha puesto terco, por eso lo estás permanentemente espiando.

Prosígues tu ruta de estaciones por las baldosas llenas de sol. Piip-pip. Te detienes a la vera del jazmín grande y te apoyas en la curvatura del cántaro de barro que lo sostiene. Te abriga el perfume y la sombra. Alguna vez, cuando seas mayor, este aroma percibido de súbito te estremecerá y te hará sentir cercano un lugar desconocido y podrás entonces hacerlo tuyo con facilidad. El

perfume del jazmín del cabo diseñará en tu vida futura uno de los espacios de infancia que abren dimensiones propias e inexplicables de relación con el mundo. Partes nuevamente, segunda estación, atraviesas el parrón. La próxima es la jaula de los pajaritos, por el lado del zorzal. Das una vuelta con brusquedad para evitar que te raspen las buganvillas, pero la rueda trasera se enreda porque hay un macetero nuevo en la pasada. Caes, llanto, la pierna rasmillada, la abuela que se apresura, te recoge con su vestido oscuro y largo, qué le pasó a la niña, ya estás en su regazo hecho de florcitas blancas en fondo negro, dulce, tranquilo, silencioso. Pero recrimina a Pepa por haber puesto allí ese macetero, a quién se le ocurre, tú con tus benditas matas, y la tristeza de que Pepa se aflija.

Amarrada por el cinturón de seguridad percibes los leves estremecimientos del aparato. La punta del ala te corta el horizonte de nubes que ha hecho desaparecer las montañas nevadas y ha llenado el espacio en cambio de copos blancos que te provoca palpar, asir, pero que se desharían entre los dedos como las imágenes que intentas aprehender. Los movimientos se hacen más bruscos y te llevan a pensar en las muchas historias escuchadas sobre los vacíos cordilleros que sin duda han determinado que se encienda y se apague el *Fasten seat belts* desde hace un momento. Del otro lado del pasillo, el pasajero del sombrero y el abrigo gris en el brazo, que al subir te recordaron el mundo próximo, acomoda a cada instante sus lentes mientras lee el periódico, empujándolos sobre la nariz hacia la frente, en un gesto rápido y automático.

La memoria se estremece en la pluralidad de los impulsos, vacila, se proyecta en planos múltiples, en secuencias que retroceden a las zonas inéditas, a las siempre evitadas instancias del dolor, se escabulle y vuelve. Habrás partido destrozada entonces. Por entre las ventanillas estrechas del autobús y las sirenas ululantes de los carros policiales que lo escoltan hacia el aeropuerto, las puntas aún nevadas de fines de septiembre te habrán parecido ajenas ya. Aún no sabes de la ausencia prolongada ni te podrás imaginar la vida en adelante. La incertidumbre sin embargo te hablará vagamente de un existir ajeno en lugares extraños, de noches insomnes, de cuartos pequeños y oscuros —ni siquiera habrás percibido aún la otredad del color de tu piel— de puertas que se cierran y

miradas torvas, de vivir como nunca el mundo a tientas. Curiosa noción de pertenencia enajenada por el desgarramiento: la vida entera sucederá tras esos vidrios, que dejan todo atrás. Aquí, los rostros de tus compañeros de autobús, silenciosos, entre los gritos de los guardias asidos a su metralleta en la parte delantera y las sirenas que azotarán los oídos. Afuera de los vidrios la gente parecerá no sorprenderse con este barullo de madrugada. Volverá la cabeza rápidamente, con ojo inquieto y una anciana acomodará la pañoleta negra que le cubre la cabeza antes de continuar su camino matinal.

Habrás partido desgarrada camino del aeropuerto. Ahora sabes que pasarán muchos años —casi veinte—, entonces mirarás sólo lo inmediato, con perplejidad. Ignorarás aún todas las dimensiones del momento porque te ha envuelto la naturalidad con que se viven los acontecimientos más decisivos, la falta de perspectiva histórica o de sentido heroico de las opciones fundamentales, que se integran al curso de los acontecimientos con la normalidad de lo cotidiano. Con los años podrás darte cuenta de esto y podrás percibir que ser contemporáneos a su historia es sólo una virtud de los grandes. Habrás partido desgarrada entonces, empujada por los guardias que hacen subir al autobús para recorrer el camino hacia el aeropuerto desde la embajada que los ha acogido en la hecatombe, a este grupo del que formas parte y que te rodea: hombres, mujeres, niños. Las caras se verán hundidas en ríos de incertidumbre, en gesto pálido, porque estará recién amaneciendo, porque tal vez hará frío —en la memoria la imagen es blanco y negro destiñéndose, a veces casi sepia, estarán encogidos, llevando las manos en los bolsillos, figuras estáticas que de pronto adquieren movimiento con lentitud para luego adoptar posiciones en un nuevo estatismo— porque mañana es una nebulosa que casi no se percibe en este instante, porque en cada vuelta de la rueda del autobús irá quedando la vida. Pronto tu país habrá sido sólo un punto montañoso en el espacio de allá abajo.

Las varias horas de este viaje de regreso te comienzan a pesar. Recién comenzada la cordillera el próximo destino significa aún

algunas horas de vuelo. El sólo pensar en ese futuro tan inmediato del retorno te produce un cosquilleo que parte de tu estómago y se generaliza. Lo sientes en los muslos y en los brazos.

Tomas el archivador que llevas, como haces con los documentos importantes, en tu equipaje de mano. Nunca en la maleta porque ya has escuchado demasiadas anécdotas de valijas perdidas y el seguro, te dices, no reembolsa las horas de trabajo de uno. Además te gusta guardar tu trabajo en preparación siempre cerca. Su sola proximidad te obliga a estar reflexionando sobre él y lo que te espera con este no es fácil. Un volumen de historia novelada no me tomará demasiado tiempo, pensaste entonces. Es cuestión de juntar los documentos —Conquista y Colonia te habían asignado— que es la parte más pesada del trabajo, pero ya conoces un poco de esto. Luego hay que buscar una intriga de modo que el lector encuentre interés en leer un texto histórico. Esto último tal vez sea más fácil, aunque no tienes demasiada experiencia en escribir narraciones. Pero el dinero lo necesitas y el compromiso con la editorial te significa la reinstalación en un momento crucial.

El proyecto te llevó el último tiempo a correr por las bibliotecas hurgando los materiales conocidos sobre el tema. Luego quisiste encontrar otros más escasos, pretendiendo de pronto obtener aquellos que sólo pertenecen al campo de los especialistas. Es esa manía tuya de no poder tomar las cosas en la superficie, de no poder establecer claramente cuáles son tus prioridades en un intento perfeccionista que termina anulándote. Esto te complicó la vida, ocupándote un tiempo mucho mayor que el que te habías propuesto. Pero a medida que el viaje tenía la inminencia de una avalancha te tranquilizaba haber acumulado lo suficiente como para empezar a organizar los materiales y quién sabe si no incluso a redactar apenas llegaras a tu destino. Lograrlo parecía de todos modos un poco ilusorio. Ya podías imaginar que el despliegue emotivo de la llegada no te permitiría gran cosa. Si es así por lo menos habrías avanzado bastante y tendrías tiempo para otras cosas.

Abres el equipaje de mano y tomas el archivador en donde guardas los textos. Te divierte pensar en releerlos en esta situación. Al abrirlo y caer en una página al azar te encuentras con un

fragmento que cuando lo viste en la biblioteca te obligó a detenerte y tomarlo. Se trata de una ficha que consignaste, quizás más por su encanto que por la función que podría cumplir en el trabajo, del *Popol-Vuh*. Vuelves a leerla.

Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas.

Tendida sobre tu vientre hundes la nariz en el pasto verde y áspero. Todavía humedecido por la noche te devuelve el aliento frío de la tierra, frío y germinal, denso, único, que llena tus pulmones, satura tus venas hasta tersar tu cuerpo y comunicar a tu piel un carácter prensil, una latencia osmósica que aprehende el aire, su frescura y su tibieza en imperceptible tránsito. Palpitan los diminutos vasos al contacto de las piedrecillas incrustadas como agujones bajo tus brazos. Palpas la tierra con la palma y con los dedos y te devuelve sus pulsaciones en un diálogo mudo, silencioso, de lapsos intemporales que sólo altera el graznido de algún pájaro metido entre los pinos de allá enfrente. Los jotes mueven sus cuerpos lentos sobre el potrero en una mancha oscura y rigurosa que espera, describiendo amplios círculos contra el cielo. Los pinos se levantan con la majestad de lo sagrado y la savia que los yergue es la sangre que da plenitud a tus pechos que afloran. Cuando niños, el verde de sus infinitos dedos ralos es más tierno y tienen la dulzura de los perritos nuevos, llamando a protegerlos, frágiles en el tallo trémulo que los sostiene. Ahora aparecen como una masa verde oscuro, uniforme y serena, de grueso tronco agrietado. Están allí hace doce años y su savia lleva la memoria de vuestra vida. Amas su digna severidad como la de un hermano mayor. Con la barbilla apoyada en la tierra, tus ojos alcanzan la altura del pasto. Una planta de hojas suaves se levanta sobre el nivel de la hierba y más lejos se despiertan las enredaderas pequeñas de los porotos verdes abrazando las cañas del maíz. Te gusta medir el transcurso de los colores, los olores y las formas por la maduración del trigo,

porque es el tiempo de trillar y emparvar, el tiempo de la siembra, el tiempo del barbecho.

El sol comienza a jugar sobre tus piernas cuando escuchas el grito que picanea a los bueyes. Te levantas y corres por la orilla de la chacra hacia el camino de la casa. Por sobre los alambrados que atraviesas enganchándote la falda florecen, como tu pubertad naciente, los rosales. Alcanzas corriendo la carreta, con las trenzas golpeándote la cara y te sientas atrás, con las piernas colgando, dejándote llevar por el ruido de las ruedas que aplastan los terrones del camino.

No. No son *Las cuatro estaciones* lo que quisieras escuchar ahora. Vivaldi, que tanto te ha entregado en otras ocasiones, te suena en este momento un tanto cortesano. Tal vez lo que mejor le quede sean *La primavera* y *El verano*, y acaso, piensas ahora, porque las otras dos, con aquello de “Celebra il Villanel con balli e canti / Del felice raccolto il bel piacere...” suena, en su hermoso artificio a mirada *sobre*, en lugar de mirada *desde*. Te acomodas los audífonos, *douze francs cinquante, s’il vous plaît, madame*, y miras la programación. No, nada en este canal. Pones la mano sobre la perilla para cambiarlo mientras comienzas a ver otras posibilidades en el dial cuando la entrada de los violines te sobrecoge, desplazándose en incipencias, brotes, perfumes, floraciones, anuncios de próximas fecundidades. Se levanta, agudizándose, se interrumpe en dos golpes sordos de violas y cellos, para continuar su *largo* que prolifera en la sensación justa de tono, armonía, todo medida, hasta el momento en que interrumpe el *tutti* magistral y majestuoso de las cuerdas. Es el tema central, en la retórica del clavicordio, cuyo ritmo te dice algo de Pascal y de la metafísica barroca estudiada alguna vez en la universidad o de algún verso de Tasso que busca en movimiento antitético una línea central no puesta en evidencia. La confluencia de las cuerdas en este *allegro*, que ya anuncia la estación que se avecina y cuya culminación plasmará el tempo *impetuoso* de las escalas sucesivas retoma el tema central del *allegro* inicial con mayor brío, el del verano, encerrando así al concierto en el equilibrio de la eclosión sensorial. El pasajero del abrigo y el sombrero se levanta de su asiento y te das cuenta que ya la luz roja se ha apagado. Bajas el volumen de los audífonos en

el momento en que ha comenzado *El otoño*. Has dejado el archivador abierto en el asiento contiguo que permanece vacío. Piensas que no es raro en esta temporada en que nunca viaja tanta gente. Pero en realidad no sabes si es así. Te das cuenta que es difícil hacer afirmaciones cuando se ha salido hace veinte años.

Antes el mundo tenía su centro en tu territorio. Hoy tienes sin embargo la sensación de ir al último lugar del planeta, al último paradero de un autobús del cual se han bajado ya todos los pasajeros. Curiosa sensación que confirma tu nueva perspectiva. Cuando tu vida fue el pueblito del norte, tu comarca estaba centrada en ella misma. Más tarde, en el campo y la ciudad del sur el mundo se amplió desde los pinos a la lluvia y el mar. Pero la percepción de la comarca como centro de la existencia y de la historia te la entregó también la relación con la gente. Pertenecías a un universo que sabía de la existencia de un más allá de las fronteras, pero era sobre todo una noción. Les habían centrado sobre sí mismos con curiosas compensaciones: tenían la-máshermosa-bandera-de, el-edificio-más-alto-de, el-volcán más grande-de, etc. Todo esto te llena de ternura y te hace sonreír en un gesto que disimulas rápido porque sientes la mirada fría del pasajero de enfrente que por momentos mira a través de la ventanilla de tu lado y de paso te observa.

Al partir tuviste la lección —a veces desgarrada— de un mundo plural en donde te asentaste con dificultad, tratando de entender. Ahora por lo menos sabes que tu comarca no es el mundo, sino que se inserta en él bajo ciertas formas. En poquísimo tiempo más, sólo unas centenas de minutos, tendrás la nueva experiencia y el contacto antiguo y nuevo ya te está despertando vivencias adormecidas, reminiscencias de una memoria que creías definitivamente cerrada. Acercas el archivador en el momento en que los violines de *El invierno* dejan caer las últimas notas y es la sensación de placer tranquilo la que desciende desde tus hombros hasta las últimas nervaduras de las extremidades.

Pepa te lleva de la mano y en la otra sujetas el canasto que la abuela ha comprado al hombre del burro, que pasa por la casa cargado de mimbres. Los hay de todas formas y tamaños. Te ha comprado uno pequeño, pero igual al de Pepa, para cuando ella te

lleva a la feria, y tú lo miras a cada rato mientras caminas, de reojo, para ver cómo luce y si se ve igual al de Pepa, al lado de tu vestido celeste recién planchado por ella, que puso en tus trenzas dos cintas para hacerle juego.

Ella se ha peinado las cejas frente al espejo del paragüero antes de salir, ha pasado un paño por sus zapatos de terraplén y te ha tomado la mano en un gesto que es para ti el más prometedor. Caminarás a su lado y ella irá comentando todo lo que ve, la gente que pasa, te comprará un dulce de chancaca y a lo mejor hasta un helado, si es que está el heladero tocando el cuerno, que más bien pasa por la alameda a la hora de la siesta. Su mano es pequeña pero la sientes segura y no quisieras que nunca te soltara para ir escuchando siempre, toda la vida, su voz y a veces su risa cuando se encuentra con alguien y conversa e incluso cuando te regaña porque no te quedas quieta, porque le empiezas a tirar la mano para que siga caminando y no esté ahí parada tanto rato. Pero entonces no sabes qué es toda la vida, entonces no lo piensas, no tienes la imagen del futuro sino como la de un presente alargado hecho de la mano segura de Pepa, de patio con cactus, de abuela Luisa y vestido negro con florcitas.

Tía no, te repite, me tienes que llamar Pepa, porque no soy ninguna vieja para que me digan tía, y se ríe, arreglándose el pelo frente al espejo. Soy mucho menor que tu madre, podrías ser hija mía, te levanta y te besa la mejilla. Ahora se lo dice a la vendedora de tomates que ha preguntado por la salud de doña Luisa y encuentra lindo tu vestido. Después le cuenta historias tristes que Pepa comenta mientras camina mirando los otros puestos. Nunca supieron qué era lo que tenía su hija pero se empezó a poner triste hasta que se murió. Ella no le hacía mucho caso a su mamá y no se comía la comida. Pepa piensa que le hicieron mal de ojo cuando estaba pequeñita y eso parece que no se quita con nada, ni con la mejor médica. Lo único que sirve es tenerle amarrada una cinta roja en la cintura. Pero hay gente que es ignorante y no hace nada. Bueno, después ahí tienen las consecuencias.

A la vuelta llevas tu canasto con cerezas y duraznos pelados de los que la abuela hace saltar el cuesco como si fuera un corazón rojo y el jugo mancha la ropa. Pepa te trae apurada porque tiene

que hacer el almuerzo y desocuparse temprano para escuchar la novela de la radio después de mediodía. Le reclamas porque estás cansada, traes los zapatos llenos de tierra y ya no se nota que son de charol.

Cuando estás a punto de llorar alguien le dice buenos días. Pepa se detiene un momento y conversa. La señora le pregunta si irá a votar el domingo. Podrían tal vez ir juntas porque es necesario hacer cola y se entretendrán así las dos. Pepa no sabe si irá a votar porque de todos modos da igual. Mientras tú te agachas a limpiar con los dedos los zapatos llenos de tierra la señora flaca dice que ella irá de todos modos. Irá a votar, bueno, por el que pague más. Uno no está para perder su voto. Pepa dice que le avisará en caso de acompañarla y luego se despide porque tú le estás tirando del brazo.

La señora flaca es Elena, la costurera, que vive trabajando porque tiene un marido flojo —uno nunca sabe y le sale flojo el hombre— y no hace nada sino estar parado ahí, afirmado en la puerta de la casa mirando pasar la gente. Pobre mujer ni hijos ha tenido. Para tener esa suerte una no tiene ni para qué casarse. Lo único que ella hace es llevarse en la iglesia. Tempranito se la ve pasar, como si eso fuera a solucionarle algo a uno. Los curas no hacen más que hacer sinvergüenzuras y pedir dinero, dice la abuela. En la vida lo único que vale es trabajar, como José, los santos y esas cosas son puras historias. Pero la verdad es que de tanto trabajar está tan flaca Elena, la costurera, sentada frente a la máquina a pedal, igual a la de Pepa, Singer, para el marido flojo que tiene.

Sólo falta una cuadra, te ruega cuando no quieres caminar más. Si sigues sin quejarte te contará de los entierros. Te insiste que si sigues caminando ella te cuenta. Ya estás muy grande para que ella te tome en brazos. Te resistes hasta donde puedes pero al final no te queda más que aceptar.

Si en la casa de la abuela hay un entierro tú ya casi lo sabías. La puerta del pasillo de la entrada que siempre estaba cerrada te decía que algo debía haber ahí. Conoces de memoria todas las habitaciones, los corredores, y no puede estar sino en el salón. Has revisado hasta el cuarto de las herramientas y la antigua habitación de tu madre cuando era soltera. Podrías reconocer todo hasta con

los ojos cerrados, sólo por el olor. Todavía está en este cuarto el mismo colchón de ella, que le hizo la abuela cuando era pequeña, como le hizo también a Pepa y te lo hará tal vez a ti cuando seas más grande porque eso es lo que se hace con la gente de uno. Está el catre de perillas doradas, todo tapado ahora, y el velador tan alto que apenas alcanzas la palmatoria a la que han sacado la vela para que no hagas barbaridades. El único lugar en donde puede estar el entierro es el salón de la entrada, que siempre te da miedo. Tú ya te imaginabas que algo debía haber allí.

A veces, muy a lo lejos entra Pepa con el trapo de sacudir y el escobillón. En esas ocasiones apuras tu triciclo y lo dejas en la puerta recién abierta porque no te permite entrarlo. Desde la escasa luz que dejan pasar las cortinas granate que caen pesadamente y se entreabren desde lo altísimo de las ventanas, te llega un olor a fruta seca, a dulce de membrillo. Aquí no se alcanza a oír la radio con la novela de la mañana que ella escucha cuando se pone el pañuelo en la cabeza y empieza a hacer el aseo. Seguramente es por eso que se apura en desempolvar el enorme espejo de marco dorado, ese jarrón grande de porcelana que está en la esquina, el que alguna vez le dieron a la abuela en pago de una deuda y no le gusta, los sillones suaves de formas redondas y borlas abajo, como las cortinas, donde te sientas a esperar.

Observas entonces todo en silencio, con las piernas colgando hasta tocar los cueros de conejo del suelo. Desde los zócalos —zócalos dice Pepa— comienzas a seguir con la vista las líneas del papel ribeteado que llegan hasta el techo y allí tienes que afirmarte en el sillón porque la nuca te toca con la espalda al llegar arriba y descansas la vista en las formas foliadas de las molduras. Entonces sigues por la pintura blanca hasta bajar la vista por la lámpara del centro, de lágrimas dice ella.

Pero de pronto escuchas un silbido que viene de afuera. Reconoces la musiquita: es el hijo del carnicero. Ella se asomará hacia el patio para ver si está la abuela y luego saldrá calladita hasta la puerta. Ya conoces bien esas situaciones y no te quedarás por nada sola aquí. Saltas del sillón y corres hasta la puerta para subirte al triciclo. Partes apurada, aliviada de salir ilesa de ese lugar donde no

recuerdas haber visto gente más que el par de veces que ha estado tu padre.

Cuando él estuvo sentiste el enorme orgullo de mostrárselo en la entrada a los amigos de las casas vecinas, que se agolparon alrededor del auto. Pero todavía te parece escuchar su regaño cuando se quedaban ahí observándolo con la nariz pegada a los vidrios y la boca abierta.

La ficha ha quedado a la vista en el asiento de al lado, como ofrecida. Es del Inca Garcilaso, el texto que te llamó la atención entonces y ahora vuelve a interesarte. Modulas un par de veces el lenguaje de su ingenuidad, a media voz y te parece delicioso el sonido de las elles, la extensión de los períodos, la construcción larga y sostenida de las frases, las vueltas de la argumentación, la candidez del dogma que siempre tiene algo de dramático.

Habiendo de tratar del Nuevo Mundo o de la mejor y más principal parte suya, que son los reinos y las provincias del Imperio llamado Perú, de cuyas antiguallas y origen de sus Reyes pretendemos escribir, parece que fuera justo, conforme a la común costumbre de los escritores, tratar aquí al principio si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos; si es llano o redondo, y si también lo es el cielo redondo o llano, si es habitable toda la tierra o no más de las zonas templadas; si hay paso de la una templada a la otra; si hay antípodas y cuáles son de cuáles, y otras cosas semejantes que los antiguos filósofos muy larga y curiosamente trataron y los modernos no dejan de platicar y escribir, siguiendo cada cual opinión que más le agrade.

Dos mundos, muchos mundos, uno sólo. Te parece un buen problema que el Inca en el cruce de culturas que lleva adentro no sabe cómo resolver. Dos mundos y sus relaciones, uno sólo. En todo caso, fue este un universo en construcción; un mundo por nombrar, un territorio que abrió un espacio otro: el de la utopía.

Se constituyó entonces este lado del planeta en el universo que respondía a la necesidad de imaginar, al ansia de vivir lo que no era posible experimentar de otra manera y que aquí se hacía realidad. Nació así la imaginería desbordada y desbordante: este universo al que se comenzaba a acceder rompía todos los esquemas que configuraban la realidad del mundo primero. Entonces Bernal Díaz creía estar viviendo episodios del Amadís de Gaula al adentrarse en los muros de Tenochtitlan. Aquello era novelería, no realidad. Y Colón veía Tritones frente a Cubagua. La forma en que percibía el paisaje tropical iría a constituir luego un estereotipo pronto a enriquecer las arcas de la imaginería del Mundo Viejo: son las sierras y montañas de “mill fechuras”, llenas de árboles de mil maneras, tan altos que parecieran llegar al cielo, siempre verdes y hermosos porque jamás pierden la hoja. En medio de ellos cantan los “paxaricos”. Es el universo de la exuberancia, el nuevo cielo que da marco a la fantasía en torno al hombre. Sí, también el hombre.

Recuerdas entonces la serie de grabados que viste en casa de un coleccionista alemán antes de partir. Aquello te dejó fuertemente impresionada. Se trataba de dibujos de viajeros, los primeros que se aventuraron en esta empresa del espíritu, que en realidad fue más bien, y dirías que sobre todo, una empresa comercial.

Eran grabados de los siglos XVI, XVII y XVIII de alemanes, holandeses y franceses, realizados a partir de la experiencia del viaje o simplemente del relato. De este modo entregaban entonces escenas de descuartizamiento: por allí la cabeza y un brazo colgados de un árbol, esperando pasar a la piedra en donde se despedaza el resto del cuerpo. La algarabía de la operación en los *Caníbales americanos* de la *Cosmographie* publicada en Basilea a fines de mil quinientos. Los dibujos iban caracterizando ante tu mirada curiosa a un individuo marcado por la atrocidad y la falta de inteligencia y todo ese espectáculo te iba haciendo pensar, por oposición, en la genialidad reflexiva, en la dignidad, en la nobleza de los textos que habías ido fichando en la biblioteca. Sin embargo era así como se iba diseñando en los primeros que venían y desde la misma mirada de su cultura la identidad del mundo otro, un mundo ajeno y escabroso.

Es curiosa la sensación que te produce esta mirada. Ahora te preguntas por qué si la naturaleza es percibida como la propia de un mundo fantástico paradisíaco la imagen del hombre en cambio no obedece a esa perspectiva. Vuelven los grabados a tu memoria y es ahora el hombre con cabeza de perro y patas de chivo, el gigante patagón, el hombre con cola, personajes que te produjeron hilaridad, haciéndote sentir un poco bajo su misma piel, para asumir el papel de ser extraño desde la perspectiva de esa mirada que te estaba definiendo. Recuerdas haberte proyectado serenamente y dirías que con complacencia en el rostro casi sonriente de un *ewaipanoma* que se diluía en el ámbito de su pecho desde donde te observaban sus ojos tranquilos ya que, de acuerdo a la versión de Sir Walter Raleigh, carecían de cabeza y los rasgos faciales les habían descendido al torso.

Te sigues preguntando el por qué de esta imagen fantasio- samente negativa. Sería necesaria seguramente para los que escri- bían. Lo cierto es que pareciera que este espacio de la utopía se fue construyendo también como un gran espacio de la justificación. Seres diferentes y monstruosos. A partir de allí se puede explicar también la violencia, se puede ir observando a qué responde todo esto como construcción de la ideología que es el punto de partida de este mundo otro. Tal vez desde allí se pueda ir buscando una explicación.

Sientes de pronto la necesidad de levantarte del asiento. Las piernas te molestan y delatan las numerosas horas de vuelo. Cami- nas por el pasillo hasta encontrar a la azafata que manipula cajones metálicos y prepara las bandejas de alguna merienda próxima. La secuencia de estos *lunch* empaquetados en plástico y aluminio con guisos en forma simétrica y gustos similares te han dado siempre la impresión de una especie de plan destinado a hacerte perder el control de las horas, para sumirte en un estado sin tiempo en donde los hitos están solamente marcados por la secuencia de las bandejas plásticas que ya no puedes rubricar como almuerzos, desayunos o comidas, sino simplemente como *lunchs*. A la solicitud mecánica de la azafata respondes con la frase también maquinal de un jugo por favor que no es sino un pretexto, una justificación de tu po- sibilidad de estirar las piernas por el pasillo. Le preguntas cuántas

horas de vuelo faltan aún, y al hacerlo sabes que es una pregunta fastidiosa que ella debe tener que responder innumerables veces durante sus viajes. El tiempo parece alargarse indefinidamente y el par de horas que recibes como respuesta te suena a demasiado.

En tantos años nada parece haber cambiado en lo fundamental a pesar de las apariencias. Esta apertura reciente es sólo un gesto del gobierno que ha permitido que tú como algunos otros regresen. Es la necesidad que advierte frente a una imagen internacional demasiado deteriorada, es la presión de quienes no pueden apoyar abiertamente a una dictadura militar con ese rostro, es la protesta de los organismos internacionales. Permite entonces la vuelta de quienes no constituyen riesgo evidente, en la seguridad de que tiene un control de la situación. Bebes a sorbos el jugo enlatado y de pronto la voz de la azafata vuelve a sonar en tus oídos haciéndote estremecer: dos horas solamente. En verdad después de veinte años es un tiempo demasiado breve.

Por un momento la inminencia estremece. Pero es difícil percibir el contorno de este futuro cercano que se vuelve rostros morenos gesticulando, uniformes y cascos, trajes con corbata, todo gris, oscuro, impreciso. Las imágenes buscan primeros planos de la percepción pero no logran delinear, diluyéndose en segundos y terceros planos hasta desaparecer. No hay futuro, ni siquiera el inmediato ahora porque las imágenes posibles se escurren en clichés de periódicos, en figuras de la actualidad impresa, y la memoria se pierde en el contorno vago del aeropuerto de donde saliste, pocas veces transitado, a donde llegarás. La memoria salta de un lugar a otro sin lograr asirse a un presente concreto, que no existe aún si no es la cabina del avión y recorre el espacio de lo indefinido hasta lograr asentarse.

La gente no entiende dice Pepa mientras se pone el *rouge* moviendo la boca frente al espejo, las cosas del corazón.

Tú piensas en las revistas que se llaman *Para ti* y *Margarita* y que están apiladas en orden sobre la cómoda del cuarto. Allí has visto las cosas del corazón en los dibujos de las portadas y

al comienzo de cada episodio. Son mujeres como Pepa, grandes, pero tristes y muy delgadas, tendidas sobre un sofá con un brazo colgando y el otro tapando la cara. A veces tienen un espejo en la mano y con la otra arreglan las plumas de su peinado. En general tienen muchas florcitas por todas partes y el sombrero les llega hasta los ojos grandes y pintados. Los señores tienen camisa de cuello, corbata, sombrero con alas y a veces las tienen abrazadas, otras veces es como que van llegando a la puerta para irse. No sabes para dónde porque no puedes leer esas letras tan chiquititas. Sólo las del silabario de la escuela. Luego Pepa dice algo como prejuicios morales mientras aprieta los labios para que la pintura le quede bien repartida. Las leyes de la sociedad están mal hechas, muy mal hechas. Parece que la pintura ha quedado perfecta porque se aleja un poco del espejo y contempla el efecto. Le preguntas qué son leyes y te contesta que ya lo sabrás, cuando estés más grande, mientras se pasa un paño por los zapatos de terraplén que a ti te gustan porque la hacen parecerse a las mujeres del *Para ti*. Entonces piensas que también en ese momento entenderás por qué lloran tanto en la novela de la radio, lo del derecho de nacer y esas cosas.

Al ponerse la cartera sobre el hombro murmura algo más sobre la maldad de alguna gente, le preguntas que quién, te responde que Isidora la de la comedia de las tres, se despide y camina hacia la puerta. Entonces piensas que es ella la mala porque no quiere llevarte y sueltas el llanto frente a la entrada mientras levantas la cabeza y la miras con gesto desesperado. Pero no se conmueve. Te dice que tiene muchas cosas que hacer afuera y eso es muy cansador, te besa y se aleja rápidamente en dirección al centro por la calle aún sin pavimento, cruzando la alameda con sus zapatos de terraplén.

No importa que la abuela no aparezca ahora, con su delantal estampado de florcitas blancas, con sus pequeños lentes redondos sobre la nariz breve y el rostro que nunca conoció el maquillaje. La memoria en ese punto es imprecisa, trastabilla y necesitas reconstruir el instante a partir de la sensación, el dato fragmentario. Estará en el fondo, sentada en su piso de mimbre invitándote a desgranar choclos. La imagen ahora es clara y la recuperas con facilidad. Mientras pones las hojas en fila, de dos en dos, una dentro

de la otra para que luego ella ponga la pasta de maíz, la envuelva y la amarre en pequeños paquetes separando los de sabor dulce para ti y Pepa y salado para ella, irás encontrando la tranquilidad nuevamente. Te hablará de las gallinas, te dirá qué hacen, a qué hora pone cada una su huevo diario, por qué tienen algunas el cuello pelado, cómo se llaman y por qué les ha puesto el nombre que tienen, que siempre tendrá que ver con su aspecto o su comportamiento. Es un placer ir a descubrir los huevos un momento después del cacareo, unos beige, otros verde claro casi gris. Los buscas en los ponederos o bajo las matas y los tomas aún tibios para acercarlos y sentirlos en la piel de tu rostro. Hay que tener cuidado porque a veces las gallinas se ponen bravas, y allí el temor te hace retroceder y esperar que se alejen. Pero la sensación de su tibieza que más tarde recuperarás en una multiplicidad de formas quedará desde entonces como lo definitivo del contacto con la vida.

La abuela Luisa es un caminar lento y silencioso por la casa. Nunca habla de su pasado, de su historia, de su familia. Sólo repite a veces las enseñanzas de José, el compañero que le enseñó todo sobre la vida, el que la trajo a este pueblo y le construyó esta casa en donde estuviera cómoda y segura. El que le dio las hijas y se fue un día al otro mundo, tan ignoto como aquel del que vino. Su vida fue estar con él, coser sus botones, planchar sus camisas y dejarlas bien blancas en el lavado, recibirlo a la hora que llegara, servirle un té o un mate con cedrón en la noche, darle comida suficiente cuando llegara cansado de trabajar, poniéndola a calentar al escuchar el ruido del camión que se detenía frente a la puerta. Llegaba en la noche de estrellas y contaba de los amaneceres en las cosechas, de la paja mullida de los trigales, con la barba crecida y su cuerpo grande que parecía abrir todas las puertas y llenar la casa con su voz de relámpago o de cóndor. El frío del trabajo en el campo no lograba atravesar su poncho de vicuña y entraba con paso firme mientras la perra le daba la bienvenida esperando la caricia de sus manos rústicas. Ella nunca habló de cómo lo conoció ni cuándo. Tampoco dijo si lo amó porque nunca se preguntó si podía no haberlo amado. José trabajaba semanas fuera de la casa y ella esperaba su vuelta tranquila, sin mostrar ansiedad, desarrollando sus labores diarias y ordenando su ropa. En las tardes tomaba una silla

de mimbres y se sentaba en la puerta de la casa para ver pasar la gente. Los conocidos se detenían, le preguntaban por su salud, por la de don José y le transmitían las novedades del pueblo: la gente que se moría, la que se casaba, la que estaba enferma, las travesuras de los muchachos, el precio de las verduras, la última sinvergüenzura del carnicero, que vendía la carne al precio que se le ocurría y ya ni regalaba para el gato.

Una noche José llegó más cansado que de costumbre y ella se preocupó porque nunca lo había visto así de triste. Se sentaron los dos frente al fuego. Cuando le estaba cebando el mate ella levantó la cabeza del brasero para preguntarle si el azúcar se la ponía quemada o la quería blanca no más y le pareció que tenía lágrimas en los ojos. Entonces agachó la cabeza de nuevo para no mirarlo y le puso el azúcar quemada. José suspiró profundo y le preguntó si ella sabía de la Adriana. Ella algo sabía porque más de alguna mujer quiso venir a contarle en las tardes en la puerta y ella no escuchó, respondiéndole sobre la calidad de las verduras, la carestía de la vida o la enfermedad de la perra. José le dijo que la Adriana acababa de morir y que tenía dos hijas con ella. Ella no lo miró pero escuchó un sollozo ronco y luego hubo silencio. Se quedó observando el fuego un rato largo con las manos cruzadas sobre la falda; después tosió y dijo que le trajera a las niñas.

Ese fue el parto de ella, que no tuvo hijo en las entrañas, y de ese dolor nació el cariño sobrio y sostenido que tuvo siempre para con ellas, de quienes nadie hubiera dudado nunca de que no fuesen sus hijas.

Luisa nació en las montañas, allí donde no hay más vegetación que los algarrobos, leñosos de sequedad y con espinas. No te lo dijo, lo adivinaste una vez que hicieron un viaje largo en autobús. El motor sonaba cada vez más fuerte mientras subía los cerros y por momentos parecía que iba a pararse, o a retroceder por los precipicios. La gente iba en silencio y sólo se escuchaba, además del motor, el ruido que hacía alguna gallina o el maullido de algún gato por el encierro prolongado adentro de los canastos. El resto del equipaje había sido puesto encima del autobús y tú pensabas a cada momento que con esa subida tan pronunciada se iría a caer y que sería un problema llevarlo porque si el autobús paraba ya

no podría comenzar a subir de nuevo. Pero nada de eso sucedió. Llegaron al cabo de unas horas y luego siguieron caminando con los paquetes. Tú caminabas con dificultad. La abuela sin embargo lo hacía con una rapidez increíble, poniendo el pie en el lugar preciso que le permitía seguir buscando el camino entre las piedras. Al final llegaron a un lugar extraño. No había vegetación, sólo unas construcciones hechas de piedra puestas una sobre la otra y terrenos separados por muros —pircas, dijo la abuela— hechos del mismo modo. Un día, ya siendo mayor reconocerías un lugar similar en algún film griego, turco o armenio y encontrarías de nuevo en quienes vivían en esas casas de piedra la parquedad y el tono fundamental del carácter de la abuela. Sólo en ese momento entonces advertirías que Luisa había nacido de las piedras y que ellas le habían entregado el tono de su constitución.

No pudiste ver a los habitantes de aquellas latitudes. Sólo hay sombras en la memoria, sombras que se mueven adentro de las casas sin luz. Tú te has quedado afuera bajo el sol que te da directo sobre la cabeza jugando a perseguir a los chivos pequeños que saltan de roca en roca y corren junto a sus madres por la montaña. La abuela ha salido para traerte pan y queso de cabra mientras recoge el agua con una calabaza de las gotas que parece transpirar una hendidura. No es larga la visita y la vuelta parece más fácil porque es de bajada y hay menos paquetes. Pero no podrías decir si la abuela estaba más contenta por haber ido a ver a los suyos. Su tono era el mismo y estaba preocupada de si Pepa se habría acordado de darles de comer a los pájaros.

Diez años antes de venir los hombres de Castilla primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviese goteando, como si estuviera punzando en el cielo. Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando.

Comenzaba el año 12-Casa del calendario azteca y los testimonios dan cuenta de lo vivido por esa sociedad: la palabra del vencido. Los presagios funestos son parte de la historia de la Conquista. ¿Presagios? Nuestra reflexión occidental diría más bien que se trata de ilusiones, alucinaciones, imaginación de la gente.

¿Cómo se puede incluir en una historia este elemento como dato constructor? Sin embargo es lo que la sociedad sintió y vivió, o por lo menos lo que para tu designio es lo mismo, es lo que cree haber vivido. De este modo, dicen los documentos: “había alboroto general: se daban palmadas en los labios las gentes; había un gran azoro; hacían interminables comentarios”. ¿Tenemos que preguntarnos si existió verdaderamente esta espiga de fuego de que hablan ellos? ¿Es cierto que la casa de Huitzilopochtli, el sitio divino, la casa de mando, se encendió espontáneamente? ¿Cayó verdaderamente, como se cuenta, un rayo sobre el templo, sin ruido de trueno, con un estremecedor golpe de sol? ¿Vio Moctezuma en lontananza, a través de la mollera de un pájaro ceniciento a los que venían de prisa, haciéndose la guerra unos a otros sobre el lomo de unos como venados?

No. Crees que el historiador no debe preguntarse si todo esto pudo o no tener base racional, asidero científico. Allí estará seguramente la solución de tu perspectiva: lo importante es que así fue vivida la llegada del invasor. De ese modo fue percibido el Descubrimiento, la Conquista, por esa sociedad que es parte de la nuestra hoy. Esa es su verdad, que pertenece a su forma distinta, a su forma otra de ver el mundo. Tendrás que poner en evidencia también esta forma otra mostrando el desarrollo del conocimiento astronómico, con la complejidad urbanística, la reflexión estética, la belleza del arte, de la literatura. Tendrás bastante trabajo con todo lo que te han enseñado los textos.

Ahora que posees la información necesaria y lo que comenzó siendo intuición adquiere caracteres de verdad, te comienzas a preguntar cómo vas a articular la complejidad de este mundo para comprender su unidad. Esta responsabilidad por momentos toma caracteres gigantescos y todo va pareciendo mucho más difícil que cuando comenzaste. En realidad podrías haber tomado las historias clásicas y olvidar estos problemas. Dos o tres elementos para

dar unas pinceladas, culturas superiores, culturas inferiores y ya. Pero, ¿cómo hacerlo? Sabes bien que es una posibilidad que te está vedada. Es tu bendita manera de ver las cosas: necesitas entender, explicarte a partir de los elementos mismos, del origen de las situaciones. No podrás descubrir una realidad, hacer como si la descubrieras cuando ya está descubierta, pensando que podría ser falsa. Sólo podrás creer en ella si vas tú construyendo tu propia verdad.

No dejas de advertir que esto complica muchísimo más las cosas. Pero justamente: es lo que te comienza a parecer apasionante. Más aún, has descubierto un secreto placer en experimentar el proceso del conocimiento: es como que el fichaje que hiciste del material comienza a decantar solo y a organizarse sin conducción en tu pensamiento, para ir de a poco dando el perfil a los problemas. En realidad empiezan a diseñarse más de los que pensabas tener que resolver, pero todo esto te está produciendo una satisfacción curiosa, difícil de expresar, que te hace volver permanentemente a la lectura de las fichas, a vislumbrar las posibilidades de organizarlas, a intentar imaginar los modos de sentir la vida a través de lo escrito. Los modos de luchar, también de inquietarse, los modos del amor. Vuelves la cabeza para mirar a través de la ventanilla: hay un cielo muy azul en donde dormitan algunas nubes que el aparato va dejando lentamente atrás.

Tomas el folleto con las indicaciones para usar el salvavidas que has mirado diez veces durante el trayecto, lo vuelves al bolsillo del asiento delantero cambiándolo por la revista de la línea aérea que ya también conoces porque has leído dos veces el artículo sobre las maravillas turísticas del país.

Ahora con el paso de los años la imagen se ha ido escapando de la fotografía y ha logrado despojarse de su dramatismo. Es joven, fuerte incluso, y ríe con el descuido de la adolescencia, proponiendo a la vida de José márgenes de locura que se le hicieron necesarios, y que redescubres a veces en tu madre. Entonces Adriana no será para ti más que una fotografía que alguna vez Pepa saca, sacude, mira largo rato y vuelve a guardar dentro de una caja en

donde tiene otras fotografías tuyas de cuando eras bebé o de tu madre en pareja de novios con tu padre, muy linda y joven. Nunca la ha puesto, como las otras, dentro de un marco de plata labrada. A menudo lo hace con los retratos instalándolos en alguna repisa o sobre alguna mesita que limpia primero y le pone un pañito tejido a crochet. Para ti Adriana será eso: una fotografía que no está en los álbumes junto a aquellas de parientes legendarios como los de la familia de tu padre, que te han mostrado alguna vez. Fotografías en blanco y negro o sepia de niños en trajes de algodón bordados y almidonados, acomodados sobre sillones drapeados con cojines ovales, o bisabuelas serias, impertérritas, hieráticas casi, apoyadas sobre columnas o balaustradas, único modo seguramente de soportar el largo tiempo de exposición para fijar la foto.

La imagen única de Adriana es en blanco y negro también, pero de contornos menos definidos por la calidad más barata de la fotografía. Está de cuerpo entero, vestida de negro y tiene un pañuelo también negro en la cabeza, que se confunde con su pelo o tal vez no lo deja ver. Su falda a media pierna sugiere una figura delgada de unos dieciocho años, de estatura regular, y tiene un pie más adelante, como si fuera a dar un paso quién sabe hacia dónde. Su rostro, casi inexpressivo, se destaca en la oscuridad del contorno. Lo impresionante son sus grandes ojos negros, de mirada insondable, infinitamente tristes, que observan la cámara con resignación. Las manos tomadas le cuelgan sobre el delantero de la falda, blancas casi en el fondo oscuro. Es una máquina de plaza pública la que ha sacado esta foto te ha dicho Pepa. Luego agregó algo así como esta es mi madre, la que me dio la vida, que escuchaste mientras arreglabas la rueda del triciclo. Adriana será para ti entonces, desde esa fotografía, la capacidad infinita de la tristeza.

Sufrir esperando vendrás, Pepa canta mientras hace el aseo, es toda mi razón de existir, con un pañuelo en la cabeza, sufrir, amarrado adelante como una foto que tiene de Carmen Miranda. Por momentos empuja con la escoba al perro que entra al salón dejando las marcas de las pisadas. Como no te deja entrar tampoco das vueltas hacia el lado de la abuela, que le está hablando a los canarios. Es el colmo que no se hayan comido la lechuga. Deberían hacer como el zorzal, que ya hizo desaparecer el pan remojado.

Ahora por más que lance sus graznidos tendrá que esperar hasta mañana. Por hoy no hay más comida porque ella va a desgranar arvejas.

Cuando se sienta debajo del jazmín con el canasto en el suelo y la fuente en las rodillas comienza a contarte.

Han venido unos gringos de las minas, que quieren comprar la casa. Hay un entierro ahí, tú ya lo sabías. Ella los dejó pasar sólo hasta el hall de entrada, el de las sillas de mimbre y el paragüero, los escuchó y les dijo que volvieran otro día. Después llamó a Pepa para que le lea los papeles que han dejado. Ella escucha, pero no entiende las cosas de los abogados, que son todos unos sinvergüenzas. Que Pepa vea y le pregunte antes de firmar. Pero parece que no hay nada que firmar, vienen a ofrecer dinero para comprar la casa para su empresa, es todo. Mejor, porque firmar es muy peligroso, uno firma y después puede quedarse sin nada.

Pepa sabe eso porque es ella la que hace los trámites en la calle. La abuela no tiene a qué salir, y tampoco le gusta. La última vez que salió fue el año pasado. No quisiera acordarse cómo fue. Pepa la llevó al hospital en un coche con caballos, cuando todavía no habían pavimentado la calle frente a la casa. Llegó allí y la hicieron tomar un líquido blanco en grandes cantidades. A ti te gustó el paseo en el asiento pequeñito del coche, a la abuela no. A la vuelta le hizo prometer a Pepa que no la llevarían más al hospital, donde la obligan a hacer cosas que ella no quiere y no puede decir nada. Ella sabe que del hospital no se vuelve, y prefiere morirse tranquila en la casa. Que no dejes que la lleven, te dice, levantando la vista de las arvejas, y tú no las dejarás, ni a Pepa ni a tu madre.

Antes salía más a menudo. Fue entonces cuando José la llevó a conocer el mar, hace treinta años. Fue la única vez que lo vio, pero todavía se acuerda por el miedo que tuvo: era una cantidad de agua enorme, que parecía no tener fin. Ella siempre se preguntó si terminaría en alguna parte. Tenía un color más oscuro que los ríos de montaña y el agua no cantaba sino que le salía un ruido desde adentro, lento, largo, como de un monstruo enorme estirándose. Le gustó el mar, pero en la noche no podía dormir y quiso volverse pronto. Así, a los dos días tomaron el tren de vuelta. No había asientos libres uno al lado del otro, de modo que debió quedarse

sentada en la punta delantera del vagón mientras José permanecía de pie más atrás. Cuando vino el conductor a pedirle los boletos ella le dijo que los llevaba José y siguió mirando por la ventanilla los montes de piedras grandes y los quiscos, admirando la flor morada de los cardos jóvenes. El conductor insistió y ella le respondió lo mismo. Entonces él se enojó porque dijo que cómo iba a saber quién era José y a ella le quedó un mal gusto de ese viaje, que siempre asoció con lo inexplicable que es el mar.

Un día, cuando seas mayor, estos momentos adquirirán otras dimensiones en la memoria y muchas veces tratarás de recuperarlos mientras sus bordes se difuminan. Durante largos períodos sin embargo estarán bajo una espesa capa de bruma, inasibles, ignorados casi, renuentes a la aprehensión, para aparecer de pronto a la evocación sin haberlos llamado, imponiéndose en un medio que los sitúa en su extrañeza. Será a veces una fotografía, un gesto, una cara, un tono de voz, un paisaje, una herramienta de jardín, y se desplegarán allí voluptuosos, nítidos, pletóricos en su simplicidad.

Es por el entierro que quieren comprar la casa, ella no tiene dudas sobre esto. Muchos saben por allí cerca que hay un entierro debajo de la casa y por eso los ruidos de muebles en el salón cuando siempre está vacío. A veces es como que arrastraran los sillones de un lado para el otro del cuarto, y cuando Pepa los va a ver en la mañana están ahí mismo, como si nadie los hubiera movido.

Luisa tendrá que ir a hablar con José. Irá en la noche al patio de atrás, a las doce, por el lado del gallinero y allí estará el abuelo esperándola al lado del palto grande. Le hablará de lejos y comenzará preguntándole cómo se siente. Él le contestará que está cansado de andar vagando. A ella le dará tristeza y le dirá que sin embargo no ha dejado de ponerle su plato con agua y de encenderle velas para que descansa. Pensarán en quién le estará haciendo mal, porque siempre hay gente que no lo quiso a uno en la vida.

El abuelo le repetirá que no venda, ese es su lugar, su casa. Para que ella viviera tranquila trabajó él toda su vida. Ella y Pepa, porque tu madre tiene a su marido. Le dirá que los hombres de las minas son peligrosos, que los gringos son gente mala porque vienen a engañar y después se llevan del país lo mejor. Él ya muchas veces se lo habrá dicho, y le repetirá que no hay que vender.

Nadie puede quitarle su casa de paredes gruesas, patios y corredores, donde ella conoce cada palmo y puede andar sin cuidado. Así la abuela tampoco sacará nunca el entierro de debajo de la casa porque las ánimas después se enojan y le andan penando a uno. Ella se quiere morir aquí en su casa, tranquila, con entierro y todo. ¿Para qué va a molestar uno a los muertos?

Ahora estás a punto de llegar a la jaula y escuchas el timbre. Piip pip. Te acercas a la mampara con el triciclo para ver quién llega. No alcanzas a hacerlo cuando te levantan en el pasillo de mayólicas los brazos de Pepa que está contentísima. Mientras reclamas y te defiendes de su efusividad moviendo las piernas en el aire ella ya te ha sentado frente al peinador con la jarra de flores azules, deshace tus trenzas con rapidez y te dice que ha nacido tu hermanita, que te llevará corriendo al hospital en donde está tu mamá para verla, y que ahora tendrás con quien jugar.

La imagen se detiene en la memoria y desde lo alto puedes ver de nuevo la cara de Pepa sosteniéndote, el cabello negro, los ojos oscuros y enormes, y abajo la falda godet, la cartera brillante, los zapatos y las mayólicas rojas de la galería con flores geométricas en filas regulares dibujando el contorno, que ella ha encerado y repasado todos los días, como espejo bajo sus pies. La imagen allí fija en la memoria adquiere movimiento, se pierde luego en nebulosa para alcanzar otro perfil y es frente al espejo ahora, Pepa trenzándote el cabello y tú rechazándolo porque te duele y la hermana que ha nacido, de la que alguien te habló ya pero que ahora es de verdad, una sensación curiosa, algo como una muñeca que llora y toma biberón, un objeto nuevo de manos pequeñas que, entonces no lo sospechas, pero ahora sí lo sabes, les transformará la vida.

Te has levantado un momento de tu lugar para ir a afirmarte en el respaldo del asiento próximo y tomar así una posición más descansada, aprovechando la ausencia de pasajeros. Sólo el señor del sombrero y el abrigo lee el periódico en los asientos de enfrente, del lado del pasillo. Al acercarte reconoces el nombre del diario oficialista mientras llevas la mirada hacia el exterior de la ventanilla, que se pierde en el azul claro. Pero tu intento de cambiar de posición no dura demasiado: la azafata viene empujando por el pasillo con dificultad el carrito de los *lunchs*. Como su avance es

lento permaneces aún un momento en esa posición hasta que ella te pide el paso, mirándote con un ligero tono de reproche.

Alcanzas tu lugar excusándote en voz baja, y ahora te entusiasma la idea de probar algo. La comida crea pequeñas expectativas que te ayudan a hacer más llevadero el trayecto. Esperas entonces la bandeja con un poco de ansiedad y al advertir el guiso caliente recuerdas el vino que probaste en esta línea alguna vez. Era un vino tinto grueso, con sabor ligeramente acre y consistencia. Ahora te viene el nombre y le consultas a la azafata si lo tiene. Ella hace un gesto solícito y deposita la pequeña botella sobre tu bandeja.

Lo probaste en el vuelo anterior —ahora que lo saboreas aparece el momento con nitidez— cuando volviste al continente y permaneciste del lado del Caribe. Hacía varios años que estabas del otro lado del mar y viniste para quedarte aquí porque necesitabas la cercanía. Lo habías hecho con la seguridad de llegar a un lugar que te dijera cosas del medio al que perteneces, en donde tu condición de extranjera no fuese lo primero en aparecer cada mañana.

Y avistada la tierra dimos gracias a Dios, y echamos al agua los botes, y con 16 hombres fuimos a tierra, y la encontramos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa no sólo su tamaño, sino su verdor, que nunca pierden las hojas; y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos, daban tanto deleite al olfato, que nos producía gran placer.

La tierra nueva no tiene un descubrimiento, la noción misma de descubrir sitúa la perspectiva del que habla desde el poder. Para ellos y desde ellos los descubrimientos son en todo caso sucesivos. Comienza siendo la tierra nueva la reedición de las Indias, el destino de la nueva ruta tan buscada y así se le impone el nombre de ellas. Pero pronto Vespucci revela la verdad: contrariamente al pensamiento de los antepasados, para quienes *más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente*, la tierra recién

encontrada es el *Mundus Novus* que cambiará la concepción de la geografía del universo y también de la historia.

No te resultó extraño que encontraras de inmediato la sensación de pertenecer también allí de alguna manera. Ignorando todo de este país podías sin embargo relacionarte con facilidad, —“No tienen ley ni fe ninguna, viven de acuerdo a la naturaleza, no conocen la inmortalidad del alma. No tienen entre ellos bienes propios, porque todo es común; no tienen límites de reinos ni de provincia; no tienen rey ni obedecen a nadie: cada uno es señor de sí mismo” — compartiendo las formas en que la gente experimenta el mundo en estas latitudes.

Los primeros meses no fueron fáciles. Un país nuevo en donde tu vida tomará un destino tal vez definitivo es una mezcla de aventura y desafío, también de temor y desazón, tranquilidades momentáneas, estremecimiento atravesado por imágenes lejanas.

Fue el Andrés de los primeros tiempos, la historia que hoy quisieras clausurar en la memoria y que recuperas sin quererlo en perfiles fugaces: todo dolor, destrucción. El Andrés de las largas conversaciones, la angustia compartida del fracaso. El amor que se hizo al ritmo de la denuncia, del hábito de la desgracia, de las canciones de nostalgia, de la búsqueda de sabores familiares o de la noticia esperada. El encuentro que se hace sólido en la referencia al país común, porque aún las fronteras nacionales son las fronteras de ustedes mismos. Hasta el día en que te descubres nacer de nuevo, como los bulbos en primavera, dispuestos a enfrentar lo que sea. Entonces la memoria te devuelve el color de los dientes blancos, la piel oscura junto a las explicaciones reiterativas en las que ya no reconoces tu historia, las urgencias que ya no son las tuyas. El cariño que pierde las complicidades, la mirada de solicitudes silenciosas a la que ya no respondes. La memoria del largo día frente al mar, los arbustos inclinados por la dirección del viento sobre las dunas, más acá la maraña de hojas de plátano.

El mar es transparente, otro que el océano profundo y oscuro del sur. Bajo los cocoteros retorcidos, como modelados por un escultor planetario, Andrés mira el mar y no lo ve. Hoy, a través de la ventanilla del avión lo sientes temer que el drama pierda intensidad. Sus certezas se han vuelto absolutas, sus juicios definitivos,

el país, imaginario. Sus frases de victoria te remiten a una representación de mimos, ecos distorsionados de voces que ya no se alcanzan a oír. En el ritual de la ausencia, lo que fue virtud arriesga convertirse en vana beatería.

A veces un lapso prolongado puede significar muy poco. Otras, por el contrario, las experiencias importantes no tienen mayor duración que un instante: la vivencia de un cuadro, una frase musical, el tiempo de una palabra, la iluminación de un estímulo fugaz que te abre todo un período, una vida, una época, la comprensión de un problema. Esa tarde, cuando el sol ya se escondía, una multitud de pájaros ciegos salió de una cueva cercana al mar e inundó el cielo en busca de alimento. Los guácharos viven en la oscuridad y cuando salen a la luz no la ven. Un destino aciago los condenó a la sombra, que les transmitió su sino, y ya sólo viven para sobrevivir.

Te tranquiliza pensar en esto ahora sin la aprensión de los primeros meses. Es una sensación de descanso que se vuelve casi distensión muscular. Apoyas en tu mano derecha el botón y reclinan tu asiento con la intención de escuchar un poco de música y tal vez dormir. Algunos pasajeros lo hacen pero no es fácil: habías olvidado la cantidad de niños que viajan en estos trayectos. Se escuchan llantos de bebés cansados de permanecer en brazos, niños que juegan por los pasillos, reprimendas de tonos leves. El vuelo que parecía vacío parece de pronto haberse poblado de inquietud infantil. La azafata se esmera por calmarlos con poco éxito y los lleva con discreción de cuando en cuando a sus asientos. Buscas en el programa musical, con los ojos cerrados, la cabeza ya reclinada contra el respaldo, y te parece reconocer el metal breve y ligero del clavecín, la marcación nítida de los compases.

Pronto fuiste encontrando a la gente del país, la que se abría con rapidez al afecto, que respondía con sencillez a la sofisticación, con alegría al contratiempo. Comenzaron los programas comunes, y en las primeras vacaciones formabas parte de un grupo que se organizaba para partir hacia el interior del país.

El interés por la sabana pertenecía más a la mirada externa que a la de los nacionales. Te habían hablado en varias ocasiones de las posibilidades de acceso y la información era necesaria por el

riesgo de la empresa. La sabana, extensión sin límites va adquiriendo en su avance caracteres de selva, hasta volverse inexpugnable. Al cabo de unos días estaban partiendo provistos de mapas, informaciones, datos, mensajes, recomendaciones.

Ignorabas entonces hasta qué punto volver al continente constituía un insensible reconocimiento de ti misma, de sensaciones y límites, de espacio y libertad. Los primeros caminos eran rectos: percibías las diferencias del trayecto sólo con el cambio de perfumes vegetales en medio de un ámbito de arbustos medianos que se extendían hasta el horizonte. A medida que avanzaban el calor iba en aumento. De pronto hubo una zona de pequeños lagos formados por la crecida de los ríos, y más allá el camino no era sino una huella en medio de los matorrales, en donde no era extraño observar con tranquilidad a los búhos, los gabanés, uno u otro tucusito, o a las garzas a la orilla del estero. Eran garzas blancas, moviéndose como espuma en el borde del agua, con la tranquilidad y el tiempo de las aves. El transcurso parecía allí detenerse. Pero de pronto un sinfín de corocoros invadió el cielo. Las garzas rojas parecieron surgir de un encantamiento para pasar sobre las cabezas del grupo y perderse en la espesura de los matorrales. La vida tomó con ellas por un momento otro ritmo, para volver luego a la lentitud de lo vegetal.

Por las noches, anidados en torno al jeep, colgando algún chinchorro cuando los arbustos se hacían suficientemente fuertes para resistir la hamaca, caían pronto en el sueño necesario a la plenitud de la jornada. Cuando la fogata había dejado de chisporrotear ya nadie podía escuchar el silencio de la sabana, cortado por algún graznido, el silbido de los grillos o el canto regular de los sapos.

Más tarde recordarán las contingencias de ese viaje y la memoria será para todos mayor, definitiva. En el caso tuyo no era fácil de explicar. Adentrarse en ese medio fue oler, percibir, ver, palpar, sentir la experiencia del origen. Llegaban, en efecto, a través de la selva a las formaciones primarias de la tierra, descubrían en medio de la sabana las expresiones elementales del hombre. Habían sido informados por los escasos conocedores de la zona de lo que buscaban y se adentraban allí hacia lo que tenía más aspecto

de leyenda que de realidad, pero que sin embargo aparecía en los documentos bajo la forma del mito: el petroglifo de Los Gemelos.

La memoria no logra rescatar el detalle, hay un momento en que se pierde el contorno y todo se vuelve ahora fragmento, sensación, se disuelve en laberintos verdes, en humedad de rocas resbaladizas, barro, calor, hasta abrirse en sensaciones mínimas que van poco a poco articulándose.

Silencio. No son tus manos que palpan nuevamente para percibir las savias, el discreto movimiento de las raíces: es la piel entera que está absorbiendo la tibieza del aire, los aromas vegetales, hasta ir deviniendo la continuidad de este mismo territorio, derivación de su fertilidad, suerte de su suerte. Silencio. El aire enrarecido se levanta apenas. La solidez del calor pesa y se desliza por entre las ramas, lianas, arbustos, helechos gigantes, que exhalan humedad. Pasan las horas en un tiempo sin tiempo, el camino es a tientas e innumerables veces es necesario retroceder y volver a intentarlo en una dirección diferente. Se avanza lentamente, abriendo y descubriendo, maravillados a cada instante —a veces temerosos— en un impulso que lleva a un objetivo transformado ya en un absoluto, una especie de destino que atrae como un imán casi sin la posibilidad del retorno. De pronto, con la naturalidad de las relaciones esenciales que construyen a este ámbito al que han logrado acceder, aparece allí sobre la roca, allí mismo frente a ustedes grabada contra la piedra enorme y horadada, la figura de Los Gemelos.

Un espacio abierto y la línea se va construyendo paso a paso en la elementalidad del trazo sobre la piedra. Va diseñando dos figuras frontales cuyas piernas abiertas denuncian la plasticidad primigenia de la imagen. En medio de la tierra pródiga, la roca enorme, vestigio de glaciares, rémora de otras eras, evidencia la estirpe del relámpago. Centenares de años después nació la perspectiva. La línea dibuja sin temblar y te atrae, y es como si te tomara, como si las anudara a las dos nuevamente. La visión te estremece. El trazo se estira, se prolonga, hasta plasmarlas allí en ese gesto que las inmoviliza desde antes de las denominaciones. Los gemelos son dos y uno al mismo tiempo. Uno que es otro y que es el mismo. Vuelves aquí, de este lado del mar y ahí está ella nuevamente, tú y

ella, en el grosor de la línea que los proyecta contra la roca y con la roca, contra el tiempo y con el tiempo, en la negación del futuro y en su evolución sin embargo, allí inmóviles y móviles, transitando los siglos. Los Gemelos los llaman y es como si algún espíritu o ángel hubiera remontado el aire para esculpirlos en la pared, contra el olvido.

Origen del origen, los gemelos sobrevivieron el ronquido enorme del río cuando hizo palpitar la tierra. Entonces los animales y las plantas se golpearon contra las montañas. Desde la cima miran, casi tomados de la mano, suspendidos en el gesto atónito y elemental. Entonces la verdura se convierte en lodo, pasan los troncos desgajados y los cadáveres putrefactos. De esa existencia sólo ellos constituyen el recuerdo. Atónitos y expectantes contra la piedra, suspendidos en el tiempo, los gemelos ven caer la semilla de la palma moriche, en donde germinan los hombres de la nueva era.

En este origen te reencuentras y la reencuentras. De él dan cuenta estas figuras que se esculpen en la piedra a una altura imposible de alcanzar por hombre alguno. Ellas marcan el nivel tempestuoso de las aguas. Se moldean en símbolo de un comienzo en donde el hombre y el vegetal son uno solo, unidad imperturbable y primigenia de la gestación de la materia. Ahora ya lo puedes pensar y es como si esa magia se rompiera. Pero sí sabes también ahora que desde entonces el mundo no se agota en lo humano y la superioridad del espíritu, la que hermana plantas y animales, es capaz de espigar el maíz y engrosar la yuca. Sólo así se puede regir los destinos, luchar contra la oscuridad de los eclipses y conducir la guerra.

Ahora que puedes recordarlo con tranquilidad te dices que la vuelta al continente, al territorio mayor de él, te devolvió el tono de la vida. Hito de un tránsito hacia la corriente helada del viento austral, el que realizas hoy, la vivencia aquella te hizo advertir que ese espacio forma parte de tu ámbito, es aire de tu atmósfera. Esta primera estación de un esperado retorno te entregó la dimensión de la diversidad. Experimentaste al mismo tiempo la sensación de pertenecer a un continente mayor en donde la pampa, el páramo o el sertón generan, cada uno en el tono específico de su lenguaje, un

discurso común de relación del hombre con el espacio de la aridez sin límites.

Te retiran la bandeja ya casi olvidada, y la instalan en el carro rectangular, hecho para deslizarse por el pasillo del avión, copando todo el espacio. Detrás de él una mujer joven espera con su pequeña. En la lentitud del desplazamiento la niña comienza a llorar y a manifestar su necesidad de llegar pronto al baño. Tiene el cabello rubio y suelto y su vestido de flores pequeñas te recuerda las fotografías antiguas de los álbumes familiares. La azafata, que continúa su labor, le pide ir del otro lado con una sonrisa a medio camino entre el formalismo y la cordialidad. La mujer joven y su pequeña, ahora en brazos, se vuelven hacia la parte de atrás del pasillo.

La ventanilla te entrega ahora un azul intenso. Al fijar la vista percibes el mar. Adviertes que vuelan cerca de la costa y una sensación cálida te surge desde dentro hasta la piel. El destino próximo está allá abajo en las corrientes heladas que imprimen a las algas colores oscuros, penetrantes olores a yodo. Por un momento te pareciera ver las formas, palpar la consistencia, y reconoces la cercanía de esta angustia placentera de mar frío y lluvia en la evocación de los pescadores envueltos en gruesos gorros de lana y bufandas. Por un momento parece olvidar dónde te encuentras y te dejas llevar por una excitación que te impulsaría a hablar si no debieras disimular tu reconocimiento frente a la mirada de los demás pasajeros cuyos rostros evidencian sólo el cansancio del viaje.

El destino próximo se ve cada vez más inmediato.

Al retirar las maletas, en el aeropuerto, llamarás para avisar que ya estás aquí. Ellas estarán seguramente ansiosas y se habrán informado del horario de los vuelos. Mamá y Pepa ya no están en condiciones de viajar desde el sur para ir a encontrarte, de modo que nadie te estará esperando. Este vacío será ya la expresión de la historia pasada. Ellas no necesitaban hacerlo, es cuestión de esperar algunas horas y las encontrarás en casa.

Luego de recoger el equipaje verás si existe un autobús o tendrás que tomar un taxi para llegar a la ciudad. Seguramente en todos estos años se habrá instalado algún servicio de ómnibus, pero en realidad el equipaje es mucho porque has debido encerrar veinte años en dos maletas y preferirás buscar un taxi.

Recorrerás entonces el camino inverso del recuerdo, que siempre apunta a las sirenas del autobús y la vía hacia el aeropuerto. Cuando llegues ya habrá comenzado a anochecer y en el camino se divisará el titilar de las luces del poblado que se acerca. Primero encontrarán un sector industrial. La memoria se esfuerza por recuperar el perfil entre sombras que cambian de volumen, chimeneas de fábricas, galpones, sí, y una larga población, muy baja, a la orilla del camino. Eran pequeñas casas improvisadas, frágiles, parecidas entre ellas. Ahora lo recuerdas con claridad: había en medio de las casas muchos niños jugando, con las mejillas rojas y los pies desnudos, montados unos sobre otros, empujándose para hacerse caer. A veces aquello era un paisaje de otoño desolado, en donde el color de la cordillera se vuelve violeta oscuro y las puntas de los montes son pequeños conos blancos.

Será curioso volver a sentir el tránsito de las estaciones que esta etapa en el norte del continente te ha hecho olvidar. Será diferente guardar la ropa cada vez que va muriendo el verano, prever lo que habrás de usar en el invierno próximo, sentir el otoño en el crujido de las hojas del parque, cuando has vivido estos últimos años en un mundo en donde no existen las estaciones. Será tal vez el menos importante de los cambios, pero te parecerá hermoso volver a experimentar la primavera como la revitalización entera de la existencia. Cierras un momento los párpados y el recuerdo de la sensación toma forma en la oscuridad.

Con la cabeza apoyada aún en el respaldo estiras el brazo hasta el asiento del lado en busca de tu cartera. Al acercarla te das cuenta que es más bien un gesto antiguo: hace mucho tiempo que dejaste el cigarrillo y ya nunca cargas en el bolso. Deberías hacerlo porque a veces, como ahora, la necesidad te lo impone. Una sensación de vacío que te hace sentir las manos desocupadas te asalta por un buen momento. Luego te dices que no tiene sentido fumar a estas alturas, después de tanto tiempo. Incluso después de haberlo abandonado es posible que el cigarrillo ya no sea un placer y se le encuentre un sabor diferente.

Ha sido otra gente estos años, otros mares.

Esta experiencia de vida en el Caribe te ha abierto hacia otras formas de tu cultura, hacia otra relación entre los hombres. No

imaginabas al llegar allí que ibas a ganar un horizonte de llano y sabana, que el verde de tus pinos se iba abrir a matices, dimensiones, formas y espesuras que no conocías. Has podido aprender de la espontaneidad y de la alegría y has vivido en la palabra y en los rostros la historia real de un universo mítico que apenas conocías de oídas.

Como al Colón que conociste en su diario de viaje, te maravilló el Orinoco y pensaste en el paraíso. Pero lo que para él fue una penetración audaz, una arremetida en el centro de lo desconocido, para ti fue el primer instante del desgarramiento. El adentramiento vino después, y fue lento, cuando te fuiste curando de nostalgia y naciste a la vida de un espacio mayor. Cuando juntaste lo que allí quedaba de patria, mordida por la gangrena — ¿lo leíste en Martí? — a esta patria amiga en donde fuiste, en soledad acomodando el alma.

Así es. Este drama también puede ser un crecimiento y no hay duda de que vuelves con el alma ensanchada por ríos, colores, tierras y seres humanos diferentes. Vuelves con cimarronadas a cuestras, con historias de piratas y otras formas de despojo. Con nuevos espacios de libertad que ahora puedes valorar. En ellos El Dorado asume entonces su cabal hondura mítica, su plena contradicción.

Se hace necesario escribir ese libro. Todo parecía tan fácil al comienzo. Es un texto de difusión, para nórdicos, te dijeron. Tomar sólo lo fundamental, yo sé que lo harás bien, un libro de divulgación es casi un texto periodístico, vos no te metés adentro, recopilás información y chao. Lo necesitamos pronto. Además con la paga te las arreglás casi un año allá. Piénsalo, nena, no es para botarlo así no más.

En realidad, visto así parecía sencillo, y te pusiste a buscar el material.

El problema es que te dieron el período del Descubrimiento a la Colonia, que parecía simple porque es sólo el inicio. Pero cuando entraste en materia te diste cuenta que la complicación era

enorme. Ya no podías llegar y contar: cada vez más era necesario deslindar y definir. No. No sería fácil.

Todo se complicó cuando empezaste a fichar. Aquello que parecía algo tan mecánico empezó a adquirir espesor. Empezó a adquirir consistencia, significación. En un comienzo era difícil encontrar los límites del texto que ibas a marcar. Tenías intuiciones, lo releías, intentabas encontrar una función que la mayoría de las veces se te escapaba. Ubicar esa ficha en un renglón determinado era el problema siguiente. ¿Cómo encontrarle un rótulo para ubicarla? ¿Cómo, dentro de esa disparidad ir formando series que te sugiriesen algún sentido?

De pronto empezó a dibujarse sólo un conjunto que adquiriría una especie de perfil. Luego de un número de lecturas los textos asumían una personalidad, una delimitación más nítida, una vida propia. Los cortes saltaban, se te imponían, sin saber demasiado por qué ni para qué. Estaban allí y era imposible no reconocerlos. Pero el proceso no se detenía ahí. El transcribirlos tampoco fue una operación inocente. Al ir escribiéndolos era como si se fuesen apoderando de ti. De pronto eran voces, caras, gestos. Tampoco te importaban los demás lectores de la biblioteca sentados en las mesas largas de esos edificios enormes, centenarios, de bóvedas y óvalos, de escaleras de mármol. Todo desaparecía frente a este mundo abigarrado que iba brotando, saltando por entre las letras impresas. Era una referencia que te pertenecía. Tu mundo. Reconocías a cada paso formas, relaciones, actitudes, percepciones de la vida que te remitían a un universo próximo-lejano de corazas, estandartes, de cortes, de adelantados, de bandeirantes, también de indianos, montuvios, cimarrones, caribes, mapuche, chibchas, mayas. No podías, pues, quedar al margen. Cada ficha, cada unidad iba adquiriendo su pleno sentido, si no en la racionalidad, por lo menos en una vivencia que te estremecía.

A medida que el regreso se aproximaba todo aquello iba asentando mayormente su importancia. Las horas que le dedicabas aumentaban y salías por las tardes de la biblioteca tomando partido en polémicas centenarias, admirando tal o cual posición, indignada por acontecimientos que el desarrollo histórico no había evaluado suficientemente o había simplemente olvidado.

Sentada hoy en este vuelo, recién comenzado hace algunas horas el regreso tan esperado, esta tarea se hace a cada momento más necesaria, y te dices que el libro deberá ser escrito. Pero no lo será como la simple opción que te ofrecieron. Deberá ser hecho de otro modo: comprender la historia, asir la dinámica verdadera de una experiencia común.

Manseque manseque manseque laculeque Pepa está muy triste la gallina la gallina la gallina Pepa está sacando brillo al piso del corredor como si estuviera cansada el anillo el anillo el anillo que me diste no sabes qué tiene pero es como si estuvieran tristes los canaritos, el zorzal las plantas fue de barro fue de barro fue de barro y se rompió. Ni el perro quiere moverse del rincón en donde está acostado, sólo levanta la cabeza por momentos y la vuelve a apoyar sobre las patas traseras y la cola. Quisieras que ella juegue abrazando la escoba, o con una mano en el corazón y el otro brazo estirado como si estuviera bailando con alguien —lo mismo que en el *Para ti*, quiero volver a empezar porque sin tu amor mi vida no es vida— y se deslice por el piso recién encerado con las alpargatas rojo y azul. Cuando lo hace te da mucha risa y ella se ríe contigo con su pañuelo en la cabeza como Carmen Miranda. Pero ahora es como si le costara caminar cuando te lleva a dormir por la noche, cuando el aroma de Crema del Harem te envuelve y te pone la muñeca al lado ves que tiene los ojos hinchados.

Hay imágenes que se repiten, que insisten en estar presente por períodos, que reaparecen porfiadamente. Algunas producen dolor y has aprendido a evitarlas, a interponer otras en su camino, a cambiar de actividad, a negarlas. Pero no se destruyen, como la memoria del miedo, el de la sombra que surge detrás de las sillas, por la puerta entreabierta del ropero, debajo de la cama, detrás de los juguetes, el de las formas de la ropa sobre la silla, que puede saltar de cualquier parte y que ha reaparecido estos últimos años. Otras han estado siempre allí.

El hijo del carnicero se llama Jorge, pero la abuela dice este sinvergüenza. Pasan los días y ahí está Pepa llora que llora, llora

que llora. Le has dicho varias veces, cuando deja de mover los pies en la máquina de coser que le haga costuras a la pollera de tu muñeca que se rompió y es como si no te oyera. Sigue ahí callada como cuando no quiso ir más a la escuela. Cuenta la abuela que se puso callada y no fue más. Es que empezó hace días a ser callada y parece que ya nunca más va a bailar con la escoba. Te subes al triciclo y das otra vuelta. Le vuelves a pedir mostrándole el vestido roto y ahora te escucha porque se pinchó el dedo, y tú te vuelves a ver si la abuela oyó porque no le gustan las malas palabras. Entonces recién te mira y ahora sí te ve con sus ojos grandes que se le han puesto rojos y toma el vestidito que le pasas.

Nada hace reconocer el verano ahora: aunque el jazmín del cabo está lleno de flores blancas de pétalos gruesos parece que esta vez no hubieran dado el olor que perfuma el jardín otros años. El mundo se ha puesto triste desde que Pepa está así, y sólo le importa la comedia de la mañana, que pone bien alto mientras hace el aseo. También le importan las plantas porque nunca ha dejado de regarlas, pero ahora no les conversa.

Ahí está la ilusa dice la abuela, moviendo la cabeza cuando ella no está cerca. No sabes entonces a quién le está hablando. En las tardes, cuando empieza el fresco ella se sienta afuera de la puerta de calle, en la vereda, con su silla y habla sola. Tú la escuchas al lado en el asiento pequeñito de paja que mandó hacer para ti. Entonces dice ahí está la ilusa cuando no tendría que hacerle caso a este sinvergüenza. Dice: bien hecho que lo hayan obligado a casarse. Para qué anda metiéndose donde no debe. Aunque José tenía la sangre dulce en eso era bien responsable.

El hijo del carnicero se llama Jorge, pero Pepa ya no lo nombra.

Pasa la azafata por tu lado con paso rápido, hacia atrás. El pasajero del abrigo y el sombrero se despierta con un ligero sobresalto porque su cabeza se ha ido deslizando hacia el lado del pasillo. Reacomoda sus anteojos, toma nuevamente posición en el asiento y sacándose los ahora pasa la mano de dedos largos por la cara intentando recomponer su semblante. Ordena entonces su cabello hacia atrás con ambas manos y se vuelve a apoyar sobre el respaldo, con los ojos abiertos y los anteojos bien asentados sobre

la nariz. Se escucha por los micrófonos una voz masculina que en distintos idiomas señala la necesidad de abrocharse los cinturones porque habrá turbulencia durante el trayecto que falta para llegar. *Fasten seat belts*. La luz roja se ha encendido. Miras el reloj y calculas el tiempo de vuelo: queda una hora y diez minutos.

Capítulo II

Creo que estas tierras que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sean grandísimas y haya otras muchas en el Austro de que jamás hubo noticias.

Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos e sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes.

La mano del Almirante se estremece en el *raconto*, se eleva en la fantasía, se solaza en el erotismo de una escritura que necesita dar vueltas, llenar a la minucia la descripción, utilizar con frecuencia la comparación para remitir a sus altezas, los primeros lectores de esta ficción que se desarrolla del otro lado del mar océano a un universo que a pesar de todo es real. Proliferan entonces las similitudes con Castilla, con Valencia, con Murcia, en un intento —el primero— de asimilar esta realidad otra, esta Tierra Firme que aún no toma el nombre de tal a la vivencia europea. Entonces se buscan los parámetros que la expliquen y la escritura se le escapa en acumulación de elementos, en búsqueda de vocablos, porque el español se revela insuficiente. ¿Cómo encontrar un término que baste para expresar este río-serpiente-enroscada cuyas enormes aguas dulces entran al mar en sonos de batalla y luchan hasta el agotamiento?

Se va generando así la digresión, el discurso arborescente, plural, excrecente, el discurso en torno a empresas y razones que es necesario nombrar por primera vez en su lenguaje para informar

a sus altezas de estas Indias recién alcanzadas, asiento, seguramente del paraíso terrenal.

El Almirante viene por el oro, sin duda. Explícita intención que se apunta con la ingenuidad de una empresa autorizada social y económicamente: se trata de la expansión del mercado, ni más ni menos. Se comienza pagando con baratijas, es sabido: plumas de regocijo, dicen los textos, cintas de resplandor, cascabeles de tercero, de segundo y de primer falcón, de autor, de tercelete y de surtidor. Pero luego ya no se paga siquiera con las minucias que tienen nombres tan hermosos: se esclaviza, se encarcela, se engaña, se masacra. Toda una historia se afínca en la relación que se establece allí.

Con todo, hay dimensiones del Almirante que es necesario rescatar. Audaz y ambicioso —endeudado— intenta una especie de juego al todo o nada. Resulta el todo. Para ello ha necesitado generar mil universos de la imaginación, aventurar mil posibilidades, y sobre todo, crear. Crear argucias frente a la tripulación, claro. Crear poder para manejar al grupo, cierto. Pero también crear paraísos de la fantasía en donde esta audacia pudiera asentarse, y darle fuerzas para lanzarse al corazón de la utopía.

El Almirante del Mar Océano estaba, sin duda, desamparado por el viento, por todos los vientos conocidos hasta entonces, en este otro lugar de la historia y de la geografía. Debió razonar su imaginación para dar forma a una realidad que escapaba a todo parámetro, a una fantasía que no daba cabida a la imaginación. Es por eso que confiesa: “Para la hesección de la Impresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemática ni mapamundo”. Supo entonces que comenzaba una historia diferente.

Fasten seat belts. Habrás subido al avión entonces, hace quince años, con la sensación de estar ya afuera. Arriba, la azafata tendrá atenciones especiales con el grupo. Habrá puesto un ejemplar de un periódico extranjero del día anterior entre tus manos, y sus titulares de primera página te habrán entregado la imagen de la

condena general al horror que origina esta fuga, esta búsqueda de sobrevivencia, este éxodo masivo.

Habrás recibido de esa manera el primer gesto solidario y al comenzar a leer en otro idioma tratando de entender por lo menos lo esencial y no lograrlo habrás vivido también la primera desazón de la existencia futura.

Entonces, el primer sitio en donde experimentarás el destierro. La vida del suburbio ajeno. La gente por la calle en las mañanas, la *baguette* debajo del brazo, evaporando el frío por la boca. Las conversaciones del café de la esquina, la hija del conserje bajando las escaleras, la vida de la editorial, la última novela premiada. Todas las preocupaciones, aspiraciones, actitudes tan dignas, tan laudables y sin embargo tan ajenas. La calle de los árabes, la panadería, *Vous voulez monsieur dames?* Quisieras interesarte ¿Cómo lograr hacerlo? No te será posible. Dos planos, a veces más, muy alejados derrumban cualquier intento. Tu vida inmediata de aquí, a la que habrás de responder día a día y cueste lo que cueste: levantarte, comer, tratar de leer lo necesario para tu trabajo, prever las incidencias de la editorial, tratar en lo posible de pensar la contingencia, resolver problemas prácticos. No te será posible hacerlo a cabalidad. Interferirá —interfiere aquí aquello que en realidad es lo fundamental— la vida de allá, a cada instante.

Es el primer momento en el que muchos se van quedando. El recuerdo te estremece aún, y pasa fugazmente la imagen de Andrés. Pero con un pequeño esfuerzo volteas la cabeza, miras por la ventanilla las nubes que se extienden hasta el horizonte y la sensación se aleja dejando paso nuevamente a la reflexión, que percibe ese período inicial como historia pasada, afincada en un tiempo doloroso, pero lejano.

No, no quieres pensarlo ya, has decidido desde hace tiempo evitar la memoria del estremecimiento. Bastó con vivirlo, ahora no más. Ha habido otros momentos, otra gente, otros lugares: este transcurso ha sido también un tiempo de alegría y muchas veces a pesar de todo de plenitud. Esto es lo que hay que guardar como memoria. Es lo que por lo menos tratarás de conservar. El resto basta con saber que existió. Hacer lo que puedas para que no se vuelva a repetir.

Tal vez porque desde que nació siempre pareció superior fue que la llamaron Agustina. Tu hermana había ido mostrando mientras crecía una rara belleza. La abuela paterna le había dejado como herencia la dulzura de sus rasgos jóvenes. Era hija de franceses que habían hecho fortuna y habían olvidado seguramente los comienzos en donde los ojos están puestos del otro lado del mar. Tal vez vinieron por pocos años, y luego permanecieron en la placidez de la vida cómoda que habían logrado con un esfuerzo pertinaz y les había creado un cierto cariño por estas tierras nuevas en donde hacer la América les había significado una posición y un respeto que las condiciones del viejo continente nunca les habrían permitido. La infancia de la abuela paterna entonces se desarrollaba entre fotografías, imágenes del esplendor de la otra patria, cartas con noticias de parientes ignotos, algún mensaje urgente y lágrimas por la imposibilidad de volver. Seguramente hubo atardeceres lentos llenos de historias y recuerdos familiares, relatos para niños que pertenecían al lugar lejano de donde provenían y la acunaron canciones que hablaban de Pierrots que no eran de esta tierra y barquitos caprichosos que rehusaban navegar. Seguramente hubo en su infancia tardes de tristeza por la patria lejana de sus padres y momentos de indecisión en donde su futuro oscilaba entre uno y otro continente, pero ya cuando asomaba la adolescencia el éxito había coronado el *savoir faire* de su padre. Entraba a sus dieciocho años en condiciones de niña mimada por su belleza en toda la zona, belleza que ella sabía realzar con el uso de corssets estrechados al mínimo, trajes blancos muy llenos de vuelos y encajes, y botines de charol que asomaban bajo la falda dejando ver el tamaño de sus pies pequeños, cuando se decidió el casamiento apropiado a su condición. Acababa de enviudar el que sería tu abuelo y su situación como sus maneras de gran señor, que manejaba con comodidad en su figura delgada y sus ojos tranquilos lo indicaban como el candidato posible. Nada impedía la nueva situación, que unía a dos fortunas moderadas en un linaje de tradición. Siempre se había pensado que quienes venían desde Europa a instalarse aquí lo hacían trayendo viejos títulos de nobleza o por lo menos el nombre de una familia tradicional de gran respeto local, de acuerdo a las historias que cada cual se encargaba de dar a conocer cuando era

el momento en que hacerse un futuro significaba no sólo limpiar el presente sino también adornarse de un pasado adecuado a las circunstancias.

Del matrimonio ya hay testimonios concretos: fotografías de contornos ovales en donde su cabello claro se anuda sobre la nuca y surgen de allí mechones que se desprenden en voluntaria rebeldía del moño alto. Es ella sentada y levemente vuelta, con los brazos apoyados en los del sillón Luis XV que le sirve de asiento, mientras el abuelo de pie, con una pierna en ligero movimiento, observa la cámara con tranquilidad.

Las historias que han llegado la muestran atravesando el pueblo tras la cortina del coche tirado por caballos en donde a veces asomaba su perfil y hacía a los vecinos ponderar su belleza. La muestran en la inclinación ligera de la cabeza mientras abría con gesto desenvuelto la sombrilla al atravesar la calle. Es ella tocando el piano de cola en los salones de su enorme casa situada a las orillas del pueblo, casa de fondo tradicional con techos de molduras y maderas labradas de nogal. Es ella recibiendo, niña aún, las decenas de invitados en las noches de los fines de semana, en donde los sirvientes corrían entre la cocina y los salones, mientras ella ordenaba las muñecas de porcelana de manera diferente sobre las cómodas de su alcoba, y una empleada se atareaba en apretar su corset, en dar forma al almidón de sus vuelos. Es ella haciendo abrir, frente a sus hijos, lo que era el motivo de fiesta cada ciertos meses: los baúles traídos del barco con la ropa que venía de Francia. La casa se llenaba en esos días de una alegría enorme, mayor de la que su risa, todavía infantil y descuidada, prodigaba a diario, y había regalos, nuevos perfumes, y ella se esmeraba en dar a los maquillajes flamantes el tono justo y sobrio que su belleza merecía. En esas ocasiones se encargaba de vestir ella misma a los hijos, de acomodarles los trajes según su figura y personalidad, y el niño que era tu padre en esos momentos, en que los diez hermanos pugnaban por su atención, sabía internamente, sin el más mínimo aspaviento, que a pesar de que las miradas de ella se entregaban con igual esmero a cada uno, había una secreta complicidad que en las noches de pesadilla le permitía correr por los pasillos y entrar a su cama para descansar en la placidez de su abrazo.

No había dejado de ser niña, a pesar de los diez hijos, cuando una enfermedad violenta la llevó al cementerio del pueblo en menos de un mes. Eran tiempos de ensalmos y ventosas en donde las cataplasmas de mostaza desempeñaban con celo el papel que los medicamentos más sofisticados asumirían más tarde. Había sido víctima de una infección simple, una caries dental que su capricho de niña no quiso curar a tiempo por temor a los dentistas de la época y que pocos años después no habría resistido el más mínimo embate de la penicilina.

Nuevamente viudo el abuelo no resistió ya el peso de los años y de la soledad y la siguió enseguida, dejando a tu padre y a los hermanos mayores, aún adolescentes, a cargo de los más pequeños. Tu padre debió entonces abandonar los estudios de canto a los que un previsible gran futuro parecía destinado con su voz enorme de barítono bajo y una naciente sensibilidad estética que el necesario trabajo en un banco se encargó prontamente de frenar.

En su vida posterior la figura de la abuela fue para él definitiva, de modo que cuando nació tu hermana y poco a poco se iban afinando sus rasgos en la línea familiar, él se acercó a ella con un cariño que iba más allá de su condición de hija pequeña: su presencia le remitía a un pasado que a tu madre nunca le pudo transmitir en su integridad.

Agustina heredó entonces una belleza extraña, de tez clara y ojos pardos cuyo tono variaba de acuerdo a sus estados de ánimo, y la línea suave del mentón en donde se enmarcaban labios gruesos de mueca levemente caprichosa y dientes muy blancos hablaba de una sensualidad poco común. Había también heredado la frescura y la inteligencia, el movimiento dulce de la cabeza, la esbeltez de su figura erguida que no hubiera necesitado de corset, y el tono castaño de su cabello, que dejaba suelto sobre sus hombros o sujetaba en un moño y que la asemejaba a las fotografías de la abuela.

Poco recuerdas del período anterior a la adolescencia. La memoria en ese espacio es débil y flota en una nebulosa que se esclarece de pronto en imágenes de una agresividad compartida, de tedio o celos, que se mezclan con momentos de complicidad, de diversión, de juego. Si existe un lugar en donde ella se asienta con nitidez es en el campo, en el sur, en donde la existencia se

desarrolla en un ir y venir frecuente a la ciudad por las actividades y preferencias de tu padre.

La muerte de tu padre no cambió la vida en lo fundamental. Sin embargo pareciera haberlo hecho: ella acaeció en un momento de tránsito en que la vida adoptó otro ritmo y ahora puedes decir casi con alegría que él no alcanzó a saber hasta qué punto la historia iba a transformarlo todo.

¿Qué es escribir una historia? ¿Quiénes escriben la historia? Al mirar los documentos la pregunta se ha ido formulando con lentitud. Es que has encontrado textos diversos, escritos desde distintas perspectivas, desde diferentes posiciones. Textos que te han hecho dudar y tomar distancia, a veces por el contrario compartir las formas de pesar los acontecimientos, de evaluar la vida. Son textos disímiles que abordan sin embargo situaciones similares o incluso la misma situación. Sin duda cada uno de los que escriben están realizando una selección de los datos que ha encontrado, de los acontecimientos que observa, está llevando al escribirlos su propia reflexión: pone así de relieve lo que le parece más importante, calla aquello que juzga poco relevante para su perspectiva.

Los problemas que plantean las fichas que has recogido con el esmero de una estudiante minuciosa te van mostrando que la relatividad de la información es bastante grande. La historia, finalmente no es una. La historia es una interpretación de los acontecimientos, de los documentos, que como has visto, tienen diferencias importantes según si el que escribe es el copista, el transcriptor, el traductor, el testigo que hace el relato. Es cierto, la versión de la historia que recibimos está de alguna manera siempre escrita desde una posición de poder. El que escribe lo hace porque puede hacerlo. Lo hace desde alguna forma de autorización que se enmarca en ese ámbito. Hay formas de la escritura que se diseñan desde el poder oficial. Hay también formas que toman su espacio en terrenos otros, alternativos, marginales. Son formas que encuentran otros modos de autorización en el campo del contrapoder, el espacio que abre la lucha.

¿Quién podría haber escrito en favor de los indígenas en el momento de las grandes masacres? Desde luego la voz de los defensores no podría haber surgido desde los encomenderos, cuyo peso es más fuerte que el del monarca en el continente. Quien lo hizo se sitúa en un ámbito que lo respaldaba: la orden de los dominicos, en el caso de Fray Antonio de Montesinos y el Padre Las Casas. Es decir, se situaban en el marco de las órdenes que dentro de la Iglesia pesaban, y lo hacían en lo que era una instancia fundamental en ese momento. Tú piensas en la Iglesia como una institución única, pero en realidad se trata de la compleja lucha que se lleva a cabo en su interior y en donde Las Casas es finalmente derrotado porque la fuerza de los encomenderos es superior. Es decir, no eran los indígenas los que podían escribir su versión de los acontecimientos, aunque a veces los pintaron. Su cultura era la de la oralidad y escribir es más bien un modo de decir. En realidad sólo fue posible escuchar su voz en la medida en que ella estaba autorizada por otra escritura, que sí tenía acceso a una forma de poder: Las Casas o Sahagún. Incluso el caso del Inca Garcilaso es diferente.

La otra voz, la que se yergue desde el Estado, nos entrega lo que conocemos. Nos entrega la historia militar: las batallas, los acuerdos, las invasiones. Nos escribe la historia política: los gobiernos, las declaraciones, las actas. Lo que no se escribe es la historia de las sociedades en todo el complejo movimiento de sus grupos, en las luchas de sus sectores, en el enfrentamiento de sus etnias, en las dimensiones múltiples de su vida de todos los días. ¿Cómo es este desarrollo? ¿Qué hace la gente en su historia cotidiana, de qué se enferma, de qué se alimenta, cómo vive y piensa la vida? ¿Cuáles son las formas de imaginar y qué imaginan los seres comunes, la gente?

¿Pudieron dejar su palabra los esclavos en nuestro territorio? ¿Habló alguno de ellos del martirio de esa condición infrahumana que los llevaba en el Caribe a las profundidades del océano a buscar las perlas codiciadas por los salones europeos y en donde morían en explosiones sangrientas por la presión del agua?

¿Escribió el esclavo de la plantación, agobiado por el calor, el trabajo y el látigo? ¿Escribió el que no sabía escribir? ¿El que no podía escribir?

Sí tuviese que defender el derecho que tenemos de hacer de los negros esclavos, diría lo siguiente:

Habiendo los pueblos de Europa exterminado a los de América, han debido esclavizar a los de África para utilizarlos en el cultivo de tantas tierras.

El azúcar sería demasiado cara si en la planta que la produce no se hiciera trabajar esclavos.

Sólo un francés de clase tradicional como Montesquieu podría utilizar la ironía con tanta seguridad y agudeza. Es que las voces de defensa vienen en general más tarde y desde otros ámbitos. Entonces, en el momento del esclavismo la situación es diferente. Allí están los buscadores de perlas, los trabajadores de las plantaciones en el Caribe y la zona atlántica, con la piel escamosa y los cabellos enrojecidos por el salitre, los peones negros de las charqueadas a la orilla de los ríos Jacuí y Guaiíba trabajando semidesnudos y bañados por el sudor del calor riograndense. Los documentos te han entregado de estos un cuadro alucinante de cabezas de animales colgando y sangre mientras la carne fresca de la muerte a gran escala se amontona en lotes al lado de los mesones entre el vapor y la confusión.

Allí, en el asiento esclavista el lenguaje es más directo, más descarnado en la violencia del cartel que anuncia la fuga:

Río Grande. El Barón de Piratini da cuatrocientos mil réis a quien capture y venga a entregarle en la ciudad de Pelotas al criollo Zacarías, su esclavo, que huyó la noche del 10 de agosto de este corriente año, el cual es de estatura regular y con 25 años de edad. Tiene barba cerrada y espinosa, es retinto y con cabeza puntuda para atrás; en el rostro tiene una pequeña señal de quemadura; las orejas pequeñas, habla bien y tiene mucha vivacidad; maneja las boleadoras y es buen campero.

Los destacamentos de esclavos parten desde puntos diferentes: el Castillo San Jorge de la Mina en Zaire, desde el Puerto San Pablo de Luanda, de San Tomé, Angola, Cabo Verde, Mozambique, hasta donde han sido llevados desde el interior por los cazadores que disputan como empresa exitosa el botín. Parten también desde la isla de Gorea. No hay escritura: allí está el fuerte, el monumento a la ignominia, la cárcel con una sola entrada y una sola salida que conduce directo a las bodegas de los barcos en donde la mercancía hacinada y desgarrada por la cacería perderá el nombre, el grupo de pertenencia, perderá a su familia y su identidad para convertirse en instrumento del hombre. Un instrumento necesario para extraer la riqueza del Mundo Nuevo, traído al continente por portugueses, franceses, por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales.

Escribir la historia exige entonces leer también otros textos: el texto que entrega la arquitectura, la alimentación, la agricultura, la minería, el dato presente y el dato silenciado por la palabra que logró enunciarse. La historia va apareciendo entonces como un texto múltiple. ¿Cómo entregarlo sin traicionar?

Al llegar a la pubertad fue el traslado al sur. Tu padre se había vuelto un funcionario de éxito. El ascenso lo alejaba del lugar de origen pero le devolvía parte del prestigio social perdido por los avatares familiares. Esto le permitía vivir con holgura en una situación que él alcanzaría a disfrutar los pocos años que precedieron a su muerte.

Ahora que haces el balance de esa época no sabes cuándo te fastidiaba más, si cuando Agustina te espiaba mientras ensayabas el rock and roll, el ritmo desaforado que había lanzado un americano que se despeinaba y transpiraba sobre su guitarra eléctrica llamado Elvis, de rigor en las fiestas con muchachos, para después reproducirlo, burlona delante de los mayores —lo que te parecía una flagrante traición— o cuando tomaba tus vestidos de flores grandes para usarlos en sus primeras fiestas bailables. Era de suponer que después aparecieran como por magia en cualquier lugar,

arrugados y sucios. No sabes mucho qué pasaba, pero de pronto te sentías enfurecer, gritarle, lanzarle objetos encima. Pero después te enternecía con sus actitudes de niña y le enseñabas a poner un poco de rouge sobre los labios de modo que casi no se notara, la acompañabas con bolsas de agua caliente cuando los dolores de vientre de sus primeros períodos hacían surgir la solidaridad de las vivencias comunes.

Recuerdas un momento en que te sobrepasó su desparpajo y sentiste que aquello ya no era posible. Fue cuando la viste bañarse cubierta sólo por un bikini. Lo discutiste con tu madre, quien puso cara de duda. Le hablaste de los límites y las imprudencias, y el verano siguiente te viste tentada — cuando ya todas lo hacían— de hacer lo mismo, usando uno que era de todos modos menos escotado y que te hizo experimentar la frialdad del agua del mar sobre las caderas, por vez primera.

Pronto te haría comenzar a escuchar su música: eran las canciones de un grupo inglés que había transformado el rock en aras de una libertad queregonaba a todas voces, gritando ayuda para poder amar porque decían que todo lo que se necesita es amor. Habían transformado la mezcla de música negra y country que hacía el carácter de Elvis para imaginar un mundo desafortunado en donde se podía vivir dentro de un submarino amarillo.

El ritmo era, a decir verdad, más agradable. Pero cuando ya casi te había llegado a gustar ella ya estaba en otra cosa. Había empezado a sacar notas de la guitarra para entonar ella misma lo que la juventud de esos días comenzaba a tararear: un ritmo de samba tradicional con el final inconcluso y la cadencia triste, que hablaba de pagos lejanos, de malvones, tinajas bajo el parrón y de sapos enamorados de la luna.

Ahora la imagen se aleja y no puedes evitar la nostalgia. Algo como una mano te cierra la garganta, y es su rostro inclinado, absorto sobre la guitarra, es ella frente al espejo, arreglando su pelo en lo alto de la cabeza, es ella frente a los libros cuando recién ingresa a la universidad, es ella cruzándose la bufanda y apretando el abrigo contra el cuerpo porque es invierno y el viento corre muy frío.

La tarde que encontró a Daniel era también de invierno.

Sintió la fuerza de su mirada apenas él entró al hall. La observaba con ojos como sorprendidos por el descubrimiento. Ella estaba con el grupo de estudiantes que habían tomado la facultad. Pasaban el tiempo conversando y cantando a ratos para darse ánimos, por la necesidad de mantener la moral alta. Lo reconoció desde la entrada, y cuando lo vio venir debe haberse inclinado de nuevo sobre la guitarra. Pero un recato no frecuente en ella le hizo no comenzar con una nueva canción sino dejar con cuidado el instrumento de lado, apoyándolo contra la pared.

No, tal vez no fue así.

Cuando Daniel entró dio una mirada rápida para percatarse de la situación en su conjunto, de acuerdo a su costumbre. Ella se encontró con su mirada y la guardó suspendida. Él era un dirigente siempre preocupado por el colectivo. Ella entonces afirmó los dedos y comenzó a rasguear con lentitud, pero con seguridad y la voz fue desplazándose —cuando te empecé a querer no sabía de la noche— y capturando el espacio con la ternura del timbre claro.

Es posible también que no lo haya percibido al llegar, que las cosas hayan sucedido de otro modo y más bien se haya sorprendido de pronto al encontrarlo a su lado.

Lo había visto antes dirigiendo los grupos, o en algún discurso desafiante en las reuniones estudiantiles. Seguramente el resto del grupo estaba allí amontonado, rodeándola —con los años la memoria no captura el relato sino las imágenes de esos días— en medio de frazadas, sacos de dormir, vasos con café a medio tomar abandonados a la orilla de la pared y deben haber reclamado porque querían seguir, querían pasar cantando la noche larga de la ocupación de la universidad. Si alguna vez el tiempo calla para siempre tu guitarra, sobre mi pecho irá el viento tocando maderas de jacarandá. Se trataba también de dejar el temor un poco de lado y transformarlo todo en aventura.

Él se acercó al grupo, que bajó el tono de las voces, hizo alguna broma de paso sobre los que dormían y los sorprendió sentándose cerca. Su personalidad no se enmarcaba del todo allí: se le veía más bien en las reuniones, en la organización, siempre moviéndose entre la discusión y el estudio. Todos sabían que era un estudiante de los que se destacaban en los últimos años de medicina. Entonces

la miró y le pidió que siguiera cantando, dijo que continuarían allí todos un tiempo más y harían la reunión un poco más tarde. Se escuchó entonces alguna broma cariñosa relativa al jefe, seguida de risas y aplausos de satisfacción. No permaneció mucho rato sin embargo. Alguien vino a decirle algo al oído y se levantó rápido, perdiéndose en los salones de clase en donde se había instalado la dirigencia.

Quedan de entonces las canciones, los rostros, los recuerdos. Había por cierto intransigencia, pero ¿cuáles eran los aciertos?, ¿cuáles los errores? Para saberlo ni siquiera bastaría tal vez en la historia de aquellos días la perspectiva de estos años. Entonces en cambio se juega en esa partida de ajedrez la vida, el destino y los destinos y cada actitud tiene la trascendencia de lo definitivo. Hay momentos en la vida de las sociedades en que el exceso es una virtud de todos: son los instantes de los grandes cambios. Ahora, sentada en este avión que te lleva a la geografía en donde se asienta la memoria adviertes las dimensiones de esa grandeza: lograr concebir el mundo como un todo y abrazarlo, como se sostiene, aferrada, la esperanza.

Llegaste a sospechar que ella no te lo confesaría nunca y sentiste celos. El amor tiene sus gestos, sus límites, sus debilidades y el enfado es sólo una mueca. Parecía como si no importase que tú la hubieses asomado a la vida, mostrado casi el nombre de las cosas para que ahora fingiese que nada nuevo sucedía. Pero finalmente tuviste que aceptar que en la niña había ya la mujer futura y debías respetar su intimidad. Entonces comenzaste a mirarla de modo diferente, a escucharla con mayor detención, a observar con interés sus reacciones.

Luego de un tiempo te explicó este cambio que acontecía en su vida, con seguridad, pero también desconcertada por el carácter que tomaba la situación.

Ahora que los años te han enseñado tantas cosas te preguntas si podrías responder de otra manera, si aquellos días no fueron marcando para cada uno momentos que, aún no se sabía, no tendrían reedición. Quedan en la memoria de entonces sus salidas furtivas, las idas a la universidad a horas desacostumbradas, la necesidad de usar blusas blancas con bordados de artesanía que

pusieran en evidencia la belleza suave de su rostro, que iluminasen los ojos pardos, la sonrisa de los labios gruesos. Quedan las costuras que se hacen al blue jeans para que ciña mejor las caderas redondeadas de adolescente, las piernas largas y delgadas.

Te levantas, ahora que sale alguien del toilette y la luz del *occupied* se apaga. Necesitas refrescarte la cara para que se te vaya el sueño ya que no es posible dormir. Al ponerte frente al lavabo te topas con tu rostro enfrente en el espejo. Entonces te acercas a él y te observas con detención tratando de verte con ojos ajenos. ¿Cómo te encontrarán al llegar? Nada te dirán seguramente del paso de los años sobre tu rostro. Es lo que harán por discreción. Será preferible que así sea: Nunca responde la imagen exterior a la que uno tiene de sí mismo por dentro. Es por eso que hay que estar alerta: para envejecer con dignidad.

Por suerte ese día Pepa se había pasado la peineta hacía poco rato. Cualquiera pensaría que lo había sentido. Estaba haciendo el aseo del cuarto del lado del de la abuela, en donde ella dormía siempre, el de la cómoda con el espejo, el lavatorio y el jarro grande con agua y flores azules que después se perdería en alguna venta cuando deshizo la casa y guardó sólo la cómoda de espejo con volantes a los costados, que le permitían verse de perfil y el peinado por atrás. Ahí se había mirado y arreglado el peinado, dejando la escoba apoyada en la pared, porque era su costumbre desde antes que muriera la abuela. Ella hacía desde entonces el aseo una vez por semana, aunque nadie ocupaba ese cuarto, ni el resto de la casa, por lo menos una vez por semana porque el polvo iba acumulándose ya que no habían pavimentado aún la calle de enfrente de la casa. Desde que había muerto la abuela vivía sola, y ya habían pasado varios meses. Todos los días se levantaba temprano, como antes, porque tenía un trabajo enorme en la casa y lo tenía que hacer ella. Nunca había querido la abuela tener empleada, para vivir tranquila, y Pepa había seguido su costumbre. No había que dejar acumularse el polvo que entraba por las ventanas abiertas del verano a través de los barrotes. Porque tampoco se podía ese año

con el calor. El calor hacía que las horas pasaran más lentas y que ni el aire se moviera: no había una gota de viento. También había que dar comida a los pájaros. El zorzal no quiso tragar nada luego de la muerte de la abuela y la siguió al otro mundo pocas semanas después, pero estaban los canarios que son muy frágiles y se enferman con nada. Luego era necesario empezar a hervir las cáscaras y el afrecho para la comida de las gallinas, ocuparse de las plantas, una por una porque cada una de ellas tiene su necesidad, su forma de alimentarse, su crecimiento, vive según la estación. Son como los humanos. Luego los papeles de la abuela, la visita semanal al cementerio, el cuidado del perro ocupaban un tiempo enorme que poco a poco se iba desplazando hacia los chalecos que había que tejer para mandar al sur, porque ustedes crecían.

Ese día estaba haciendo el aseo con la radio en la comedia de las tres y al limpiar el espejo de la cómoda se había acomodado el cuello de la blusa, ordenado las cejas y arreglado un poco el pelo cuando escuchó el timbre. El sonido le produjo un sobresalto porque en realidad no esperaba visita. Desde que ustedes partieron al sur y desde la muerte de la abuela nadie venía a la casa. Sin embargo un moscardón que había rondado incesantemente a la hora de la siesta el día anterior ya algo le había advertido. De todos modos fue la sorpresa del instante la que le hizo quitarse el delantal y cruzar el corredor con premura, pero con inquietud. Cuando dobló hacia la puerta de entrada divisó la figura tras el vidrio de la mampara. Estaba afirmado en la muralla con la mano dispuesta a apretar nuevamente el timbre, y vestía un traje azul, como en los días domingo, pero con una camisa sport abierta, de las que se usaban en esos días.

Ella disminuyó la velocidad cuando se dio cuenta que era él y avanzó lentamente hacia la mampara. El perro, que había corrido a su lado, no ladró sino que movió la cola. Al abrir la puerta de calle Pepa se dio cuenta que Jorge había envejecido. La piel de la cara parecía un poco ajada y se le hizo evidente cuando esbozó una sonrisa, con un gesto nervioso que más parecía timidez que alegría verdadera. El cabello tenía ahora un tono grisáceo. Siempre había recordado la belleza de sus dientes y reconoció también la manera como expresaba ternura con la mirada.

Ella mantuvo la perilla de la puerta en la mano, apretando fuerte, y no sonrió. Más bien lo miró de frente y fijamente. Seguramente enarcó las cejas, ahora no lo recuerda. Él aguardó unos instantes y aventuró la pregunta: ¿Todavía me guardas rencor? Ella continuó con la mirada fija, con la mano en la perilla de la puerta, y su rostro no se inmutó cuando le respondió: Sí.

No lo vio alejarse por última vez porque entonces cerró la puerta y caminó hacia adentro, mientras que el perro se quedaba allí moviendo aún la cola. Desde siempre supo que iba a venir y por eso lo esperó allí largo tiempo después de la muerte de la abuela. En tantos años se le habían secado las lágrimas y después de escuchar tantas novelas había llegado a la conclusión de que los hombres son todos unos maricones. Entonces decidió continuar ahora con el cuarto de la abuela y sacarle lustre con un paño a las fallebas y al bronce de los catres.

Lejos de la casa de los patios, cuando finalmente abandonó el lugar para ir al sur a cultivar el cariño de ustedes, todo aquello permaneció en su recuerdo como la imagen del sol frente a la lluvia y el frío australes. Ni una noche dejó de pensar antes de dormirse en las plantas, las gallinas y el palomar, pero aquello quedó en sus ojos como la vida otra, la que pudo haber continuado, si no hubiese cambiado el curso de la historia. Así se integró ella a la vida de ustedes, con discreción, siempre dedicada a algo que no fuera ella misma y, como la abuela, tuvo en ustedes a los hijos que no gestó.

El vuelo ha estado tranquilo en el último rato, sin embargo, a pesar de los anuncios de turbulencias. Esta situación te tranquiliza porque nunca es agradable la inestabilidad del avión. A pesar de haber volado bastante ella te produce aún una inseguridad que cuando se prolonga puede llegar incluso a angustiarte un poco. Seguramente van bordeando la costa y ello ha hecho evitar la turbulencia. No puedes ver qué hay abajo porque está nublado. El pasajero de enfrente lee ahora un libro en inglés. Por momentos retira sus anteojos y dormita. Te resulta curioso su modo de vestirse y te remite a una tendencia a la formalidad que estos años del Caribe te han hecho olvidar. Allí la vestimenta no tiene gran variación con la edad y es parte de una informalidad que te ha parecido cómoda y has aprendido a gustar. Como si hubiera despertado con

el peso de tu mirada, que retiras de inmediato, el pasajero mira hacia ambos lados y vuelve a la lectura.

Cuando habías escuchado hablar por primera vez de una revolución que se llevaba a cabo en un país del Caribe no habías dejado de experimentar cierto temor.

Los periódicos tenían titulares amenazantes y hablaban de un peligro rojo, de tanques extranjeros en las calles si todo esto avanzaba por el continente, de niños que, si la amenaza se cumplía, serían llevados a lugares lejanos para ser instruidos en doctrinas totalitarias.

En esa época percibías sin embargo aunque levemente que existía una distancia entre las palabras y las cosas. Que no siempre lo que estaba escrito en los periódicos o lo que mostraban los afiches en la calle tenía que ver con la realidad, que las declaraciones de las que toda la gente hablaba no siempre afirmaban lo que tú lograbas entender del mundo. En ese tiempo no te interesaba demasiado leer el periódico. Estabas acostumbrada a escuchar la información desde las conversaciones, a oír lo que decía la radio, que te parecía preferible porque no te exigía un tiempo especial dedicado a esa actividad. En cambio así podías continuar con tu trabajo.

Pero ahora las noticias engendraban discusiones generalizadas y la campaña que se había desatado en contra de la dirección de los sucesos era muy fuerte. Era imposible permanecer como si nada sucediera. Aún más. Fue la época en que Pepa se enfermó.

Era por el mes de abril, cuando el otoño había principiado a desnudar los tilos de la plaza y un viento helado levantaba la humedad desde el lado del río para traerla hacia el centro de la ciudad. La atmósfera ya se respiraba en bocanadas de bruma, anunciando el rigor del invierno que se avecinaba ese año y el frío se deslizaba subrepticamente por entre las mangas, los intersticios que quedaban entre las botas y las piernas, las aberturas del cuello. Ya se hacía evidente la necesidad de usar bufanda.

Es por el frío de la noche seguramente que comenzaron a darse cuenta de movimientos que había en la casa hasta tarde como si alguien deambulara sin hacer ruido. No parecía normal porque la temperatura ya estaba obligando a acostarse temprano, a usar bolsas de agua caliente, a agregar unas frazadas a la cama. Entonces se dieron cuenta de que era Pepa, que permanecía cosiendo u ordenando ropa, haciendo y deshaciendo tejidos. Le hicieron notar que no era ya la estación para trabajar hasta tan tarde, que no había necesidad de hacerlo y los primeros días se fue a acostar temprano, como el resto de la casa. Pero luego continuó quedándose, buscando excusas para estar sentada cerca de los cuartos hasta muy tarde. Era una época en que inundaron la casa sus pañitos tejidos a crochet. Primero los había sobre las mesas, luego bajo los floreros, después sobre los veladores, enseguida debajo de los vasos, uno para cada plato y cuando ya no había más en dónde poder instalar los que iban surgiendo como por encanto de sus manos laboriosas ella acomodaba objetos en desuso de manera que pudiese instalar debajo un pañito adaptado a su diámetro y ligeramente sobresaliente. Después comenzó a tejer un mantel que parecía tener dimensiones enormes porque a pesar de estar siempre tejiéndolo no lo terminaba nunca. Parecía tan entusiasmada que a veces no dejaba su labor sino hasta cuando comenzaba a amanecer. Sin embargo, en las mañanas amanecía cansada, con los párpados hinchados y el rostro demacrado.

Fue este cansancio la razón que encontraron cuando comenzó a hablar menos. Se dijeron que se estaba dando un trabajo desproporcionado, que ni la situación económica ni las necesidades de la casa lo justificaban. Pero no hubo modificación sino que más bien la situación se fue agravando hasta que Pepa se quedó callada durante semanas. No había manera de hacerla hablar, contestaba con gestos vagos o con monosílabos, si le contaban historias no sonreía sino que tomaba su labor y continuaba. Al final ni siquiera la detenía para escuchar. No sólo negaba que algo le sucediese sino que no quería escuchar hablar del tema. Fue la época en que dejó de teñir sus canas y el pelo grisáceo le dio realce a sus cejas negras y a sus ojos grandes.

Entonces salía en las tardes cuando comenzaba el crepúsculo, a pesar del frío, para volver un par de horas después, dando a entender que le hacía bien dar un paseo y le gustaba ver los árboles de la plaza. Entonces pensaron que le hacía falta su casa del norte, el patio, las plantas y el mundo que estaba con ellas, que ya a ustedes les parecía historia lejana. Habían empezado a inventar un viaje sin estar demasiado seguras del efecto que le produciría cuando una tarde en que volvías de la universidad apurada para escapar al aire frío la viste salir de la iglesia. No dejó de ser una sorpresa porque en la familia había poca tradición religiosa, pero te decidiste a hacerla hablar y te acercaste a ella. No querías que la nueva situación la hiciera sentirse alejada. Necesitabas que supiera que la apoyarían en lo que decidiera.

Entonces estalló en sollozos y te contó. Desde hace mucho tiempo vivía aterrada por las noticias y no lograba dormir. Ya casi no lo hacía. Escuchaba en la noche a los tanques rojos que pasaban por la calle, temía que a ustedes las llevaran a países lejanos y más de una vez vio entrar en su cuarto a hombres encapuchados de ojos brillantes y feroces que, escondidos detrás de la cama, saltaban de pronto intentando clavarle sus cuchillos. Desde entonces tenía noches de espanto y en las tardes la aterrorizaba la idea de las horas que se aproximaban. Por eso es que hacía unos meses, al escuchar las campanas que llamaban a la novena cuando se escondía el sol, salía a mirar la calle para no angustiarse. De pronto se le ocurrió entrar a la iglesia y comenzó a sentirse mejor, porque en la oscuridad del insomnio ahora cerraba los ojos y rezaba, invocando a aquello que podía existir en otros mundos todavía de belleza y bondad. Mientras te hablaba abrió una antigua cajita de Crema del Harem que aún conservaba trazos de la figura art nouveau sobre la tapa y te mostró un rosario.

Fueron meses de médicos y clínicas en donde te viste enfrentada por primera vez y desde muy cerca al poder de la propaganda, al impacto del discurso dirigido en las imágenes, a la libertad que se perdía con el auge de la radio, los afiches, los periódicos y el nuevo aparato que ya se estaba usando en todas partes y alguna gente poseía, en donde las noticias eran ahora puestas en imágenes y se podía mirar en su casa como si fuera cine el acontecer del

mundo durante horas. Pepa se recuperó lentamente hasta lograr vivir como antes, pero quedó aferrada a la religión, donde aplacó seguramente con la fe el universo de las dudas que tal vez nunca logró formular y pudo pertenecer así a una familia mayor que la que el destino quiso depararle.

La nueva situación internacional que tanta agitación estaba produciendo en el país y el impacto tan cercano de la discusión te llevaron a interesarte en la lectura de los periódicos. Comenzaste a acercarte a través de los documentos gráficos, que mostraban jeeps con jóvenes barbudos saliendo por los costados, alegres, mientras sujetaban con su brazo un fusil. Los rodeaba gente también sonriente y de color. Ellos te transmitieron una imagen simpática, te entregaron la alegría de los que allí participaban y te comunicaron su juventud. Esto fue importante. Sentiste por una vez que los jóvenes tenían la posibilidad de adivinar un universo de justicia, de equidad y de impulsarlo.

Más tarde te darías cuenta de lo que entonces no lograbas percibir: que desde que comenzaste día a día a seguir el acontecer, el universo fue de a poco agrandándose. Habías aprendido así a interpretar las noticias, a criticar la información, a desconfiar, a leer los discursos que subyacían en ella, a analizar situaciones y es como si desde ese tiempo la historia hubiese iniciado un curso de mayor rapidez. Es tal vez por esto que puedes recordarlo tan nítidamente.

Ahora se estaban produciendo hechos nuevos e inquietantes, que mantenían viva la discusión general. Había sido por el mes de septiembre del año anterior cuando empezaron a aparecer símbolos pintados por todas partes. Eran dos manos que se estrechaban, y que según anunciaban los periódicos era el signo de una gran alianza que se establecía a partir de ese momento entre los vecinos del Norte y los países del Sur. Había declaraciones, fotografías de mandatarios con sonrisa de dientes amplios, de firmas conjuntas, en un clima de gran jolgorio. Ahora seremos como ellos, decían los dirigentes locales, estamos en un pie de igualdad que tiene que ver con la hermandad de nuestros pueblos: un continente común, un futuro común.

Tu madre, que tenía el nombre de las flores de otoño comenzó a mostrar ya en esos días que también poseía su fuerza lenta. Había brotado de esa estación en el momento en que el mundo da el último suspiro y así era capaz de permanecer erguida en los peores tiempos, adquiriendo mayor vigor cuando las circunstancias le eran más adversas. Hortensia no percibía la palidez de los álamos y el tono del cielo cuando el azul era desplazado por las nubes grisáceas que anunciaban las tormentas próximas. Ella abarcaba el mundo con sus ojos claros y la mirada cándida y sólo más tarde te darías cuenta que ella siempre sintió que era capaz de todo.

Ahora leía el periódico temprano por las mañanas y hacía los comentarios mientras desayunaban. A la muerte de tu padre había acomodado su vida a intereses y amistades diferentes de las de su vida de pareja y se la veía tranquila, cómoda en el espacio que se iba forjando, en donde por vez primera entregaba opiniones tímidas que parecían sin embargo fruto de una reflexión callada y lenta que no había podido hasta entonces encontrar su forma de expresión. Se quejaba en esos días de la carestía de la vida que había restringido el confort a un límite de estrechez evidente. A causa de los gastos de estudio ustedes hacían el trabajo en bibliotecas y no estaba dentro de las posibilidades la compra de los libros. Ella les ayudaba por eso, copiando a máquina los artículos necesarios a la lectura más minuciosa, de manera que no por falta de materiales fuesen a fracasar ustedes en la universidad. Ya tienen suficientes problemas las mujeres, decía, para ser profesionales y no les vamos a agregar este suplementario.

De esa manera comentaba que se iba enterando de cosas que ni siquiera hubiera imaginado. Por eso se la veía de pronto argumentar con una información sorprendente y sus opiniones destilaban cada vez más una reflexión digerida, madura, que ubica sus intuiciones en un cauce de percepciones muchas veces inusitadas.

Esta alianza de la que hablaban los periódicos no la convenía. Con ellos no se puede estar seguros porque nunca han hecho algo que nos beneficie, murmuraba mientras leía. Había que ver el precio de las cosas, el descontento general y ahora parecían no tener país porque todo lo que se veía tenía nombres en inglés: había instituciones que observaban las aspiraciones de la gente, que

tenían en estudio a los grupos que reivindicaban. Cuándo se había visto que vinieran desde afuera a mirarles como bichos raros.

En la universidad las opiniones no eran muy diferentes. Las reuniones habían comenzado a multiplicarse y las asambleas discutían con indignación la ayuda exorbitante que se entregaba a las Fuerzas Armadas, los cursos especiales a que los llevaban en el exterior en donde incluso habían establecido escuelas especiales dirigidas por el Norte. Algunos estudiantes de la Facultad de Derecho argüían en cambio la necesaria modernización por la que debía transitar el país y comparaban a este proceso con una verdadera revolución, que contrariamente a las que se conocía se llevaba a cabo, decían, en plena libertad. Era necesario entrar de una vez por todas, aprovechando que ahora les llevaban de la mano, a la modernidad que ya era una realidad en las naciones más avanzadas.

Tú escuchabas estas discusiones un poco sorprendida por el curso que había ido tomando la experiencia universitaria. Desde que habías comenzado allí la vida era para ti el asombro de los descubrimientos.

La universidad está en un costado de la ciudad, junto a los cerros y sin embargo la marca con su sello, la estremece, la domina. Ahora caminas con la lentitud de las horas de la siesta bajo el sol que entibia tu cuerpo por la avenida amplia y en diagonal que conduce hasta el campus. En el recuerdo la avenida es enorme, amplia, luminosa y vuelve a menudo en otras primaveras menos tibias y en donde el cielo no es tan azul. Es un lugar común la belleza de la universidad y no hay pudor en hablar de ella. Es de hecho, en primavera, uno de los espacios amenos de la memoria. Allí las avenidas interiores se superponen con los tonos diferentes de un verde que reposa en el fondo oscuro de los pinos y contrasta con los rojos, los violeta nacientes, mientras las enormes colas de zorro imponen su postura antojadiza, rebelde, en giro voluptuoso junto al lago. Allí descansan los estudiantes, discuten, leen, se acarician. La universidad es un lugar feliz y caminas hacia ella guiada por el campanario que se divisa desde cualquier punto de la ciudad, con la sensación de ir adquiriendo paso a paso un espacio mayor de libertad.

Allí has conocido instancias de la vida y formas de percepción difíciles de encontrar en otros ámbitos. Allí te estremeció la poesía, aprendiste solidaridad y supiste que el amor es breve. Allí fuiste creciendo poco a poco en el aprendizaje de la libertad. Te enseñaron a escuchar la palabra valiosa, a distinguir la que no lo era, a saber del continente, a discernir lo que estaba demás. Le dieron con el estudio la seguridad a tu condición de mujer y muchos años más tarde sentirías aún este período como fundamental. En esos días recién te habían abierto los ojos a las técnicas de investigar, te iniciabas en interrogantes filosóficas que parecían fundamentales y ensayabas con torpeza la preparación de una entrevista.

La frecuencia creciente de las asambleas se te manifestó primero como una pérdida de tiempo. Sentiste que te desviaba de tus actividades esenciales de modo que en un comienzo no participabas. Sin embargo al llegar Agustina a la universidad las discusiones y la realidad de las asambleas también alimentaron las conversaciones cotidianas. Comenzaban ya a serlo asimismo en otros ámbitos de la ciudad. Así te diste cuenta de otras cuestiones fundamentales que no formaban parte de los programas y percibiste que esta actividad universitaria tenía que ver con una actitud generalizada en el país. Fue el momento en que empezó a observarse un descontento creciente.

Ese malestar comenzó pronto a tomar forma.

Ahora las imágenes golpean, se escurren, se suceden. Los estudiantes empiezan a discutir la situación política, a apoyar paros, huelgas, peticiones por alza de salarios, a participar en manifestaciones. Se habla entonces de un problema habitacional grave. Allí se ubica el centro de las preocupaciones. Frente a la promesa de solución que lleva adelante la propaganda oficial hay grupos de gente sin vivienda que inician formas de organización e intentan realizar soluciones de emergencia, levantando especies de campamentos improvisados en sitios vacíos. Son ya soluciones de fuerza llevadas a cabo por la desesperación y su señal es una bandera que se instala como signo de triunfo. En esas construcciones improvisadas, sin luz ni instalaciones necesarias para vivir buscan organizar sus vidas los humildes y van generando al mismo tiempo una conciencia de poder hacerlo por sí mismos.

En la memoria las figuras adquieren nitidez y las pequeñas banderitas montadas en cualquier madera sobre construcciones precarias son como pintas de color en un paisaje gris. Hay niños descalzos jugando en la tierra, algunas mujeres tienden ropa en hilos improvisados que atraviesan el paisaje como manchas descoloridas moviéndose con el viento. Hombres vestidos de oscuro y sombreros negros se desplazan aquí y allá. De pronto la imagen se transforma y todo adquiere un movimiento inusitado. Ahora son carreras, uniformes verdes con cascos y escudos transparentes que se desplazan en filas e intentan entrar allí. Es humo, gritos, perros que ladran, una choza en llamas, piedras que vuelan por el aire, retirada.

Y los hijos del pueblo fueron con sus dioses por delante y por detrás.

Su espíritu no quiso a los Dzules ni a su cristianismo. No les dieron tributo ni el espíritu de los pájaros, ni el de las piedras preciosas, ni el de las piedras labradas, ni el de los tigres que los protegían.

La palabra directa, despojada, la palabra sin artificio. El pueblo no quiso a los extranjeros ni a su doctrina, todo los rechazó. Detrás de este lenguaje el desgarramiento de dos percepciones de la vida que se enfrentan y no logran entenderse. En este discurso está la otra palabra, la que nunca nos enseñaron, la palabra vencida, acallada, silenciada.

¿Dónde se escondieron estos textos durante cientos de años? ¿Dónde y por qué, quiénes lo hicieron y bajo qué órdenes, quién autorizó? ¿Por qué salieron de la oscuridad recién en nuestro siglo? ¿Qué enorme confabulación se ha tejido en torno a esta historia nuestra? ¿Qué se ha hecho con nuestra vida cultural, con esta parte de nuestra vida cultural, raíz de raíces, eje de un modo de percibir la vida?

Aquí se trata del espíritu de los pájaros o de las piedras preciosas. La valoración que se hace de ellos tiene que ver con la belleza: están en un pie de igualdad. Son consideraciones inauditas

para quien ve en ellos la diferencia establecida por el intercambio comercial, por su valor en moneda. Es por este desconocimiento que se acusa a los habitantes primeros de estas latitudes de bestialidad, de ignorancia. Los conquistadores no descubrieron estas tierras nuevas sino un territorio y las meras formas de un enriquecimiento posible. Después de todo y frente a la historia son ellos los que se pusieron al descubierto, fueron ellos los descubiertos en esta empresa de Conquista. Es curioso cómo la noción de “descubrir” implica que hay un centro establecido y autorizado que “descubre” de acuerdo a la historia del que escribe. La historia se orienta desde la perspectiva del que venció.

Escribir una historia novelada. Para nórdicos, te dijeron. Qué absurdo va apareciendo todo eso ahora. A cada momento surge la imposibilidad de hacerlo como te lo pidieron. Un libro de divulgación es casi un texto periodístico, vos no te metés adentro, recopilás y chao. Te asombra ahora haberlo podido concebir así en un primer momento. Es imposible reflexionar sobre todo esto como una historia que se mira desde afuera, desde lejos, tomando la distancia del documento frío, objetivo, sin necesitar mostrar la complejidad que hace a su verdad. Imposible expresar en linealidad acontecimientos que se van develando poco a poco en toda su contradicción.

Levantas los pies y los instalas con disimulo en el asiento de al lado. Es una comodidad que el aparato no esté lleno. Te sientes dueña de los dos asientos, lo que en un vuelo largo no deja de ser una suerte. De todos modos cubres con el saco que traes para el tiempo fresco de la llegada tus piernas que se acomodan con dificultad al espacio en todo caso estrecho.

La nueva experiencia la ha hecho crecer, adquirir independencia y las actitudes de Agustina se han vuelto más vitales, sus movimientos tienen la prestancia ligeramente voluptuosa que se atribuía a la abuela paterna y tal vez nunca ha estado más hermosa que ahora. Su expresión exhala felicidad y el tono de su voz es más grave y reposado. Su amor está hecho de decisión, de firmeza. Querer a

Daniel es llevar adelante el sentimiento contra todos los obstáculos, es un acto de voluntad. La voluntad de superar la angustia de un cariño inasible, hecho de un presente que no permite pensar demasiado en el mañana. Cariño hecho de ansiedades, de esperas, de encuentros furtivos, de la plenitud del instante. Cariño en donde el futuro es posible sólo en el de todos. Es por eso que se va construyendo sobre la ruptura, en un espacio en donde no hay tiempo para amar porque el mañana está ahí impaciente golpeando la puerta.

Daniel está hoy aquí, mañana en otro lugar. Me voy contigo, Daniel. Horas de reunión. ¿Sabes lo que abandonas? La cortina se mueve, primero palpitante, luego violenta, alentada por el viento que viene anunciando lluvia desde el río y entra a grandes bocanadas por la ventana entreabierta. Me iré contigo, Daniel, adonde sea. Un beso dulce se posa en su frente, luego la mejilla, y se arrastra hasta alcanzar la boca que se deja vencer porque quiere ser vencida mientras el temblor comienza y se prolonga suave. ¿Te das cuenta lo que es el futuro conmigo? El viento que entra por la ventana trae olor a mar. Nada me importa sino tú. No te engaño: es una aventura en donde estarás a menudo sola. A lo lejos se escucha el pito ronco del tren. Sus manos recorren la geografía de espacios redondeados, deslizándose con ternura. Te amo, Agustina. Es un cariño con atisbos de dolor quieto que la anima a esta vida, a esta espera, a esta entrega dulce y compartida cuya perspectiva es siempre la mirada hacia adelante. Horas de reunión. Daniel lee, estudia, escribe. Te amo. El estremecimiento se vuelve ahora temblor y ya no se percibe el golpe de la cortina contra el vidrio entreabierto, sólo el rasguño de su barba en la piel tierna del cuerpo que va adquiriendo con lentitud las pulsaciones de este mar que se rompe contra las paredes del cuarto. Es olas pausadas primero, luego olas enormes y espuma y rocas húmedas que se vuelven torbellino, tempestad, hasta perturbar el curso de los astros. Luego, lentamente, el ritmo jadeante recupera el movimiento suave del océano. La espuma llega hasta la playa entonces absorbiéndose en la arena que calma el golpe de su impulso y alcanza el nivel cotidiano de las aguas.

Daniel la observa mientras duerme y le cuenta sin hablarle historias dulces de días juntos en el monte en donde se despiertan con el ritmo ronco de las torcazas, con el ruido de la loica, el aleteo breve y prolongado del colibrí, los sonidos que organizan en los bosques del sur el silencio y la soledad. Historias de días a orillas de los lagos, en donde las puntas nevadas de la cordillera se reflejan temblorosas, como en espejismo. Historias de hijos por venir con rasgos de ambos que vivirán un mundo más justo que habrán construido para ellos. Cuando lo hace, recorre dulcemente con el dorso de la mano la figura tierna de sus rasgos jóvenes mientras Beethoven, enorme, golpea en los timbales y la entrada de la orquesta recoge la vida entera en un tutti magistral. Los vientos llenan los espacios con su tinte grave y estremecen la ventana de este cuarto pequeño de estudiante en donde comparten la vida y las ausencias, la ansiedad, el amor. Son momentos breves, en donde la plenitud es también la fugacidad del presente. Y de pronto Daniel entrega la última caricia y parte apurado porque teme llegar tarde, hacia el futuro.

Mientras te encierras en tus libros de periodismo ella se sumerge en la vida universitaria. Su existencia transcurre rápida entre los libros de ciencias sociales y el movimiento de la vida real. Es el momento en que se organizan grupos de discusión para las materias difíciles que desembocan a menudo en alegatos sobre el acontecer cotidiano y se va definiendo la actitud de cada uno. Es el momento de las manifestaciones, las marchas. El país entero ha comenzado a reivindicar, a acelerar el paso porque hasta ahora parecía ir demasiado lentamente marcando las etapas de una eclosión que se siente venir. Está en las caras, en los gestos, en las voces, en las discusiones, las consignas. Hay un bullicio de fondo que envuelve a la vida cotidiana.

De pronto las noticias golpean: un grupo de pobladores en el extremo sur ha tomado un terreno para construir sus viviendas. Su reclamo no es escuchado ni la acción se percibe como la manifestación de una necesidad imperiosa y es atacado por las fuerzas policiales. Hay muertos y la consternación se ha apoderado de las opiniones. Renacen con ella viejos temores y comienzan a circular historias antiguas que parecían olvidadas de fusilamientos en

la zona norte, en la pampa del salitre, cuando estaban surgiendo en los comienzos de siglo las primeras manifestaciones masivas de reivindicación. El país susurra, habla, canta su historia y hoy es ayer y es mañana en la mirada azorada de la gente.

Hay lugares en la historia, hay momentos, en donde la muerte constituye un objeto de reflexión, un tema filosófico, entonces se discute en la academia o incluso en el café. Hay momentos en donde no se piensa en ella sino como un episodio que sucede a otros, como una instancia lejana y final. Hay lugares, hay momentos en donde la muerte es una presencia sólida y en donde se convive con ella del mismo modo como se lo hace con los ense-
res cotidianos.

En estas ovejas mansas y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos, y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy lo hacen, sino despedazallas, matallas, angustiallas, aflijillas, atormentallas, y destruillas por las estrañas y nuevas e varias e nunca otra tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad.

No va a ser fácil en absoluto cumplir con la editorial. Quizás para otra persona hubiese sido más sencillo. Para ti no lo es. Enfrentar una escritura de la historia aun cuando en un comienzo pensaste que el período estaba tan alejado es de todos modos enfrentar la historia. Ignorabas entonces lo que sólo ahora logras percibir: que el hombre es contemporáneo a todas sus edades. Que se lleva siempre la infancia y la adolescencia auestas, que la historia presente es siempre también la historia anterior.

La España que conquista y coloniza es la de Sepúlveda, el que propicia la “justa esclavitud”, pero también la de Las Casas, el defensor de los indígenas. Es también pues la de la otra historia, la que reclamó la crueldad de la Conquista frente a la Corona, frente

a las Cortes, a los Concejos, la que propició las Nuevas Leyes, la que excomulgó a encomenderos y condenó repartimientos.

No bastará con el dato informativo, con la acumulación de fichas que llevas en el bolso de mano. Al delimitar su texto ya hiciste una selección que estaba de algún modo interpretando a esa historia. Escribir es siempre tener que enfrentar. El escritor de la historia, el que reúne sus datos no es un lector pasivo de ellos, necesita sin duda asumir el papel de intérprete.

Ya pasó el tiempo en que se pensaba que la verdad era inmanente a la palabra escrita. De la verdad única se pasó a la verdad múltiple, la verdad que se construye en la interpretación de las fuentes. Fue en nombre de esta verdad única, que era moral cristiana venida con los galeones que se condenó a los textos que conducen a la locura, a los que encienden los fuegos del cuerpo, a los que desvían de los preceptos con que se debe vivir la vida cotidiana. Es por este afán de apego a la verdad que acarrea en su defecto las sanciones inquisitoriales que la carta de relación y la crónica afirman: “Yo lo vi”. Así Antonio de Guevara escribe a su alteza Carlos V insistiendo “que todo lo que dixere en este vuestro libro este vuestro siervo no lo ha soñado ni aún preguntado, sino que lo vio con sus ojos”. No. Escribir es tener que darle forma a la realidad. No cualquier forma: la que tú piensas que ella tiene. No será fácil.

El movimiento de la historia va apareciendo como más complejo que los esquemas con que empezaste a ver el período. Son tentadoras pero no sirven las delimitaciones tajantes. En el momento de Las Casas cada cual brega por lo suyo: el rey contra los nuevos señoríos, el encomendero por su posesión sobre tierras e indios, Las Casas apostando a políticas de alianza con sectores del clero, de las Cortes, con el mismo rey en contra de la encomienda. Su lucha es la más radical posible en medio de la Iglesia, las Cortes, el rey, los encomenderos y finalmente es vencido por el poder de éstos. Tendrás que dar cuenta de esta dinámica, negar la idea de la España monolítica, asumir toda esta marejada en una acción, quizás en un personaje. Deslindar la complejidad de la historia, escribirla con la perspectiva que te da el presente, allí pareciera residir el problema. Aunque sea “para nórdicos” como te dijo con

displacencia el editor. Su tono te produce ahora el rechazo contenido en tu desconcierto del comienzo. Sólo que entonces no lo graste reaccionar porque tu propósito era solucionar el problema de financiar la llegada. No puedes lanzarte a escribir una historia, aunque sea de divulgación, sin asumirla. Ni aun dándole el carácter de novela. Escribir es siempre asumir. El problema de fondo es enfrentar el papel porque sabes que allí te entregarás del mismo modo, aunque hables de rebaños de ovejas atravesando el arcoíris. El dilema real es hacerlo o no hacerlo y ahora ya has decidido la necesidad de su ejecución. No queda pues sino asumirla, pero en su complejidad.

Cuando al comenzar el vuelo las azafatas dieron las instrucciones para usar las máscaras de oxígeno no escuchaste lo que decían y preferiste tomar el periódico. Siempre has pensado que esas indicaciones carecen de sentido porque debe ser difícil recordarlas en un momento de apuro. Es curioso observar que el tono rutinario con que las recitan, los gestos repetidos de los brazos y los índices indicando los lugares por donde aparecen en caso de descompresión, el modo de colocarlas sobre la boca, la ubicación de los salvavidas y las puertas de escape, permite aceptar la existencia de la posibilidad de accidente o de muerte sin ningún dramatismo. Es lo que sucede también con este cartón impreso en donde se dibujan los modos de usar el salvavidas. Parece más bien una tira cómica que un objeto de uso imprescindible en situaciones estremecedoras. Te preguntas si en esas ocasiones lograrías llegar a leerlo, si lo entenderías aunque lo leyeras o si el terror más bien te impediría hasta coordinar los movimientos. Es posible que en casos como ese sólo se reflejen en tu mente las letras sin movimiento de este cartel de enfrente en donde se lee *Life vest under your seat*.

Tratas de dejar de lado estas ideas que de nada sirven cuando ya estás en pleno vuelo y te ayudan a hacerlo las voces que se alzan desde las filas de adelante. Se trata de un par de alemanes ya mayores, acompañados de un muchacho más joven, que se han despertado y vuelven a una especie de conversación o discusión

—es difícil distinguir en el tono de las voces— que te llega con cierta nitidez. Los habías olvidado porque han dormido durante varias horas, pero ya los advertiste al comienzo del viaje en que te fastidiaron con su tono desaprensivo y la risa fuerte. Hay que decir que el tono comenzó a subir desmesuradamente luego de los primeros wiskis y la pronunciación adquirió un dejo más marcado y gutural. Sólo el muchacho habla un español fluido, sin acento, que escuchas cuando se dirige a la azafata y pareciera ser el hijo de uno de estos hombres, inmigrantes seguramente que han hecho una posición comfortable en el trabajo agrícola —su vestimenta no indica otro oficio— y están cumpliendo por etapas su visita anual al lugar de origen.

Aunque el tono de las voces no es ahora tan alto, en realidad te interfieren y no quieres escucharlos. Entonces tomas los audífonos y los instalas bien en los oídos hasta que el bullicio deja de violentar tu espacio, se convierte en murmullo y desaparece en este tiempo sabiamente organizado que está llenando ahora el aire. Comienzas a entregarte de a poco hasta sumergirte en esta construcción, sí, en esta estructura casi arquitectónica. Bach, sin duda. No. Es posible que sea Telemann, es antes aún. Es la construcción que comienza ya a configurarse, en donde superando la linealidad de la polifonía, el paralelismo, transforma las voces en instrumento y busca la estructuración en una voluntad casi sistemática que impulsa, pero al mismo tiempo limita el desborde y se vuelve medida y continuidad. Es la nueva armonía, generadora de nuevas convenciones, buscando la estructuración vertical. Sí, es la *Oberatura para oboe y trompeta* de Telemann, lo ves en la programación. Piensas entonces que tienes suerte porque en general en los vuelos el programa está armado con una serie de lugares comunes. La trompeta sube y te absorbe, en un movimiento liviano, marcando ritmos similares, mientras las cuerdas entre tanto van levantándose de a poco hasta generar su tema propio y entrar en el esquema propuesto por la trompeta. El tiempo se vuelve vivace y parecen estarlo protagonizando las cuerdas en movimiento lírico cuando entra la trompeta nuevamente y se inserta con sabiduría. Es el ritmo cortado del tema que se asienta en el basso continuo: el clavecín se vuelve ahora una permanencia casi monocorde, necesaria.

Siempre te atrae ese bajo casi ignorado que aparece como presencia ineluctable y que construye no sólo la composición entera sino el cuerpo y la fuerza de los tutti.

Recuperas el bajo entre las frases de la trompeta y lo sigues ahora, dejándote llevar por la permanencia, la presencia definida, sólida.

La universidad está consternada. Las discusiones y las manifestaciones en este momento se hacen eco de acontecimientos que atañen al continente entero y es como si desde un rincón absorbieran sucesos que ocurren lejos y que sienten suyos.

En un país cercano han muerto al Guerrillero.

Hay quienes desdeñan la utopía. Hay quienes la niegan por comodidad. Hay quienes entran en compromiso con ella y sobreviven medianamente: hay quienes mueren de su utopía y entran a la muerte como grandes. Él era de los últimos. Estaba enfrentando con el combate artesanal el oprobio y luchaba para un pueblo que no lo alcanzó a ver. En la universidad es como si en ese instante el mundo se hubiera detenido y un duelo cubriera las constelaciones. Hay quienes no aprueban su quehacer. Ellos saben sin embargo que él estuvo a la medida de su alma. Entonces sólo permanecerán sus ojos, la mirada de frente que tiene intensidad de mundo recién nacido y desde entonces ustedes sólo le hablarán en poema.

La universidad está estremecida por el rumor de sus hazañas que transforman la vida. Tú observas que lo que parecía ser el ámbito de la gente mayor, de los hombres, de algunas familias tradicionales, de gente de la capital del país, empieza a ser un espacio de consignas nuevas que reivindican opciones diferentes y dejan ver otros rostros. Ahora es también una posibilidad de los jóvenes.

Entonces te dejas sumergir en la aventura apasionante de inventar la vida. Emergen así poco a poco en la imaginación universos de igualdad, sociedades en donde la justicia se descubre como la ley oculta de los hombres y todo se vuelve equilibrio, los ojos son solidarios y las manos edifican el mundo de todos. La reivindicación se transforma en una fuerza y en ese movimiento ascendente los jóvenes tienen cosas que decir. No más una sociedad de lobos: hay que construir una sociedad de hombres.

La mirada de pupilas oscuras permanecerá allí sobre el campus, sobre la ciudad, sobre el continente, y ustedes habrán leído en ella que no hay más patria que la esperanza.

Lo suyo no fueron los cuentos a la orilla de la cama, la ropa planchada en el armario ni la entronización de la norma. Hortensia les leyó poemas cuando las madres cuentan cuentos, les orientó en el desprecio de los gestos vacíos, les entregó la transparencia del agua y la vastedad de la atmósfera. Ella no fue de las tareas minuciosas ni las esperas lentas en la madrugada para asegurarse del sueño de las hijas, o tal vez lo hizo y no lo advirtieron. Les enseñó que cada ser humano decide su vida sin pensar en el límite de sus condiciones y que cada acto es una elección que lo define. Les explicó la vida y les abrió la puerta, les señaló que la esperanza había que construirla y que en su fuerza se elabora el presente. Tal vez entonces, tempranamente en la pubertad adquiriste la certeza de que no bastaba con vivir la vida sino que también era necesario soñarla.

La memoria evade la imagen del dolor y sobre todo aquel hondo, infinito y de orígenes ignotos en la historia de la infancia que nace con la experiencia del primer niño que ve las discusiones de los padres y ello lo sitúa en un universo sin asidero del que ignora la razón, el comienzo, la profundidad, el término. La memoria entonces salta y apresa otros instantes: los de aceptación, aquellos en que ella sonríe, en los que se rebela con gesto contenido, pero también en los que canta porque la memoria tiene una fuerza propia que privilegia los momentos buenos. Aunque ellos sean más el atisbo de un gesto que una situación precisa. Las más de las veces son los párrafos en voz alta que ella te lee, que no te dicen nada entonces, pero que recuperarás de a poco a lo largo de los años. Una imagen, un matiz o la tenue percepción de un movimiento te traerán entonces de nuevo su voz quieta y el gesto dulce y de quien te está prodigando en el lenguaje ilustre de los otros la hondura de su percepción inefable.

Ahora puedes imaginar su figura de rostro claro en el campo del sur en donde transcurre la mayor parte de la vida porque en la

ciudad cercana sólo se cumple el ritual del estudio para escaparse a lo que se piensa el vértigo en cuanto se da la ocasión. Allí en el campo del sur experimentan entonces el agua del río que entumece los miembros, observan las oscilaciones lentas de los pinos con el viento que anuncia el temporal, escuchan el galope acompasado y seco de los caballos, prueban el pan hinchado, voluptuoso que sale del horno de barro, sobado por manos expertas hasta llegar a su forma definitiva.

Lo suyo no son las certezas: son las conjeturas, los atisbos de afirmación, la instancia que precede a la certidumbre. Cuando la consecución es larga y trabajosa no se duda en cómo obtenerla porque se logra siempre refiriéndose al ser humano. Allí se asienta su seguridad. Allí su grandeza.

Con los años algo habrá cambiado y la que conociste debe haber sido la belleza heredada de la juventud, tersura de flor silvestre que no exige sino el maquillaje mínimo sobre las pestañas. Así pone en evidencia sin saberlo la limpidez de la mirada, la claridad de los ojos niños, siempre extraños en su medio. El matrimonio con tu padre no transformó sus actitudes, ni el movimiento ligero de sus cejas pese a la sociedad que debió conocer, que siempre le pareció hostil y de preocupaciones innecesarias. Era el medio de los rostros inexpresivos, en donde los códigos estratifican el movimiento de las manos, la postura corporal de dejo tedioso, las inflexiones de la voz y las conversaciones estatuyen el artificio, girando en torno a sucesos significantes sólo para la pequeña sociedad: el confort de las casas, la servidumbre, el uso de la ropa, las actividades de fin de semana.

Mucho más tarde, lejos del país habrás conocido a grupos similares. Muchas veces admiraste en ellos el refinamiento de una percepción estética de la vida. La belleza de los objetos y de los espacios no era sino expresión del universo exquisito de otros espacios, los del espíritu, en donde los versos de los poetas hindúes exigían la actitud y el silencio necesarios, en donde se dialogaba sobre el matiz de tal expresión del teatro isabelino, en donde la pasión por la poesía de la epopeya japonesa ritmaba con los guisos menudos y deliciosos, cuya sugerencia era más importante que el

sabor mismo, y la música elegida más que música era vuelo, instancia, suspensión.

Podrías haber criticado en ellos la sensibilidad espantada frente a un ciervo herido en una cacería que no sufría alteración con la mendicidad abismante de la calle. Pero el refinamiento de múltiples dimensiones estéticas que constituían su sentido placentero de la vida y que era el producto de generaciones de bienestar y ejercicio intelectual era indudable. El de los sectores privilegiados de tus latitudes en cambio parecía frente a ellos un pálido remedo. Era un refinamiento pretendido más que logrado, en donde la banal ostentación de la riqueza era la sobremedida de la violencia, en donde el refinamiento carecía de contenidos del espíritu y por lo tanto carecía de nobleza. Era un medio arrogante, en donde la soberbia podía llegar hasta la vulgaridad.

Ella no cayó en el tramposo prestigio de los códigos: los observó y los rechazó con rapidez. Tampoco distinguió entre el manejo de las maneras como comportamiento básico que tienden a romper con desaprensión los formados en esa clase de aquel de los aspirantes, que intentando el cumplimiento cabal de ellas en sus urgencias exageran los rasgos. No les prestó siquiera atención: había otros imperativos. Entonces ni siquiera lo pensaste, pero ahora sabes que fue seguramente la casa de los patios, el aletear de los pájaros y la figura de la abuela siempre latentes en sus pupilas los que la alejaron pronto de esta vida, parte del medio familiar de tu padre y necesaria en su trabajo. Llevó entonces con él una relación tranquila logrando concertar la sumisión y la independencia en una entente cordial en donde ambos tuvieron vidas de curso paralelo y se encontraron sólo en los momentos necesarios. Continuó sin embargo amándolo, con un sentimiento que se permitió pocas manifestaciones, admirando en silencio el movimiento gentil de su cabeza, el gesto noble y reposado y la postura de sobria dignidad del hombre maduro que de joven hubiera tomado el camino de la ópera y que llevó la alternativa de burócrata con una mezcla de prestancia y honestidad que no mostraba resentimiento.

En poco tiempo más, en sólo unas decenas de minutos todo habrá cambiado. No bastará seguramente con mirar, necesitarás palpar los objetos en su solidez: la casa, los muros, los muebles.

Palpar sin interferencia, experimentar su espesor: el pétalo sólido de las calas voluminosas, el musgo húmedo sobre las piedras. Seguir con la mirada el perfil verde oscuro e intenso de los pinos fundiéndose enfrente de la casa. No debes sin embargo dejarte llevar por la ansiedad. La impaciencia tiene la capacidad de arruinarlo todo.

Necesitas prepararte también porque mucho habrá cambiado en el paisaje de la memoria.

Ahora ha llegado la primavera y desde distintos puntos de la zona indígena, en el territorio vasto de los lagos del sur se escuchan noticias de una efervescencia social.

No es esta vez el estallido de los volcanes reflejando sus figuras blancas y erguidas, patriarcas de los lagos que dibujan su geografía azulada en las latitudes del austro. Más de alguna vez ha sido el ruido ronco de su vientre grávido de fuego y lava ardiente el que ha estremecido a ciudades enteras, aniquilando a las poblaciones. Entonces, cuando su presencia impone la detonación o el silencio son los amos de la zona. En los períodos de calma en cambio son los guardianes. No es tampoco la efervescencia de los pájaros que se desplazan sin fronteras desde el tronco rojizo de los arrayanes, insensibles en el vuelo a la frialdad de la savia que guarda siempre la temperatura del invierno. Así pasan sobre los coigües de ramas tupidas para ir a remolonear entre las hojas múltiples del maqui y saborear sus frutos pequeños, morados, de dulzor ácido. Ha llegado la primavera y en el sur una explosión larvada se extiende a la orilla de los lagos, hace sonar el cuerno silenciado durante décadas y golpea el cultrún en un ceremonial que convoca a los espíritus y aún a las voluntades en la lucha.

Durante siglos el pueblo mapuche ha conocido la guerra contra el invasor de sus tierras, el destructor de aldeas y creencias y ahora parece anunciarse un nuevo ciclo. Los estudiantes comienzan a ir a la zona indígena en tono de observación, pero con ánimo solidario. Es un momento en que los jóvenes viven con

dificultad la injusticia, la desigualdad y quieren formar parte allí de la reivindicación.

La historia de los países del sur casi no habla de ellos y sin embargo ustedes recién logran percibir que el pueblo mapuche es una continuidad en su curso. Los “indios de las antárticas regiones” son los habitantes originarios de la zona austral. La guerra contra el invasor de sus tierras y sus vidas —los hombres barbados y malolientes cuyo rostro claro fue primero español y luego criollo— se extendió por cerca de trescientos años. La lucha siguió, sin embargo, después.

¿De dónde vinieron? ¿Cómo nacieron?

Sigues ahora a Agustina en tu admiración por su capacidad de entender y de absorber las realidades nuevas, quien te ha empujado a venir a la zona mapuche a través de una nota arrugada enviada con alguien. Ella ha comprendido desde hace tiempo que no se vive la historia porque se habita en ella solamente y que también se puede pasar a su lado como se mira un jardín ajeno. La vida desde entonces no es una corriente que la arrastra sino a la que ella asume en profundidad y de la que hace un caudal que logra navegar con presteza, en el que se sumerge en conciencia o desvía a voluntad.

Aunque te sabe diferente Agustina quisiera lograr que tú lo hagas de la misma manera.

Entonces te sumas a este brote reivindicativo que está levantándose en el país desde hace un tiempo. Ella ha partido antes con el grupo que se adentrará en las regiones más altas de la cordillera, allí en donde se avistan los pasos estrechos entre los montes que conducen al país vecino. Allí en donde se trafican animales por los senderos mínimos y escarpados, donde circula la gente cuando hay temporadas favorables de trabajo en la otra ladera.

¿De dónde vienen los mapuche?

Miras a tu interlocutor con un interés que teme expresar el desenfado urbano y que trata de ajustar los gestos a un respeto que acabas de aprender.

Un día cruzieron las montañas, un rayo gigantesco iluminó la llanura y el viento se azotó contra los acantilados mientras un ruido enorme surgía del fondo de la tierra. Era un estruendo sideral que transformó los montes y los ríos. Comenzó entonces

a crecer el mar, por designio de Cai Cai, la culebra que lo habita y rige su destino. El mar, que estaba en bonanza vio mudarse de pronto el tiempo en nubarrones y cambiar el viento de dirección, desorientado. Entonces tomó formas extrañas, se alzaron en él grandes figuras como si una ballena enorme estuviera allí y se hubiese despertado. Se cerraron las nubes y rompieron los relámpagos mientras los truenos hacían temblar la tierra. Entonces Ten Ten, la culebra que vive sobre los cerros, ofreció refugio a los hombres y algunos pudieron subir y calmar las aguas mediante sacrificios. Los que permanecieron abajo se convirtieron en peces. Luego aquellos bajaron de los cerros y así nacieron los mapuche.

De este nacimiento, el segundo, cuenta su memoria, y de él te habla Juan Antinao, que ha heredado en la voz y en el gesto la modulación del *hueupife* que hacía de su padre el hombre más escuchado de las comunidades de la zona. Era el que sabía las historias más antiguas de los mapuche. Le habían sido transmitidas por sus abuelos a través de una enseñanza minuciosa de repetición y disciplina porque era necesario no olvidar ningún detalle, saber imitar a la perfección el sonido del cuerno y muchas veces repetir sin insistencia de manera que el oyente siguiera el hilo del relato con atención y en su integridad. Sabía de sus vidas y de sus guerras y las entregaba a su pueblo para guardar la memoria herida. Sabía cómo fueron en distintas épocas usurpados cómo se los transformó de amos del espacio en peones del latifundio. Sabía cómo combatieron.

Así es el mapuche anterior. Entrego mi sangre, no entrego mi lugar, que dice. La voz de Juan tiene una modulación grave y él está sentado a cierta distancia de ti, sobre un tronco enorme, que han botado seguramente para hacer leña. Madera resistente, te ha dicho Juan cuando admirabas su superficie y no preguntaste más para no dejar en evidencia tu ignorancia. Mientras habla saca filo a una vara de mimbre que primero ha ido despojando pacientemente de la cáscara, dejándola suave y brillante, buscando una textura que comprueba a cada momento con el frotamiento de sus dedos sobre la superficie.

Vivieron en el ámbito del trueno, deslizándose entre maítenes y araucarias en el frío del austro, despejando a su paso la

zarza, las ramas rotas, los arbustos, que no lograban arañar su piel de arcilla. Saltaban entre los alerces y vivían desde el alba de las constelaciones en medio de la caoba y el raulí, en medio del follaje y la lluvia, preparando su flecha de coligüe en la inmensidad y el silencio. Nacían sin saberlo del cuarzo, del carbón de piedra y el mineral les proyectó su consistencia. Desde temprano sondearon los volcanes y se deslizaron por el misterio húmedo de los pasos cordilleranos dispersándose por la vastedad de la pampa. Ríos enormes delineaban sus dominios y eran hombres de aguas dulces, aguas quietas que enmascaran la turbulencia. Eran también hombres de mar, que no se internaban en su vientre pero que arrancaban al arrecife las algas, los moluscos, la fuerza de la tempestad.

Cuando fue necesario prepararon su disciplina de guerra en las tinieblas de la selva y no los hizo temblar el fuego de las armas sino que los hizo acrecentar su destreza. Sabían que la fuerza verdadera sólo anida en Pillán, que está en los montes, los volcanes, las nubes, las alturas, allí en donde el espíritu de los guerreros valientes sube para convertirse en trueno.

Juan espera con tranquilidad afinando su varilla de mimbre hasta dejarla flexible al extremo mientras tú no puedes disimular tu inquietud por el atraso del grupo. La situación es tensa. El país entero está estremecido por el despertar indígena y el miedo puede acarrear consecuencias graves. Vamos a encontrarlos, dice Juan levantándose cuando advierte tu nerviosismo, pero si algo malo hubiera ocurrido, agrega sonriendo para tranquilizarte, ya lo sabríamos, y te indica el camino con ademán de afecto.

Obligado por la inundación del año anterior que hizo perder las cosechas, partió a la ciudad a buscar trabajo. Todos quieren irse para allá, comenta con ritmo lento. Yo preferí volver. Me fui poniendo triste. Era como si me apretaran la garganta. Sentía como un viento que venía de lejos. Un viento con voces antiguas que cuando llegaba allí chocaba contra los edificios. Se detiene un momento y permanece con la mano sobre la superficie, observa la vara y luego continúa su labor mientras avanza con lentitud.

Ya cerca del mediodía, cuando caminan del lado de la entrada del fundo y él te espera mientras vadeas los charcos se escuchan voces acercándose. No lo dices porque sabes que en estas

circunstancias queda mal expresar el temor, sabes que se comienza a vivir la hora de la temeridad, pero te invade una tranquilidad enorme al divisarlos. Entonces apuran el paso hasta encontrar al grupo. Hay entre ellos campesinos mapuche que se distinguen por la ropa oscura, el sombrero negro y los ponchos. Los estudiantes usan blue jeans y se ven más jóvenes, a pesar de la barba de varios días, los zapatos con barro y los ponchos que esconden casi sus cuerpos. Cuando los ves relacionarse sientes que el grupo ha ido encontrando una forma de entendimiento que te parecía difícil antes de venir aquí. Comparten y bromean con una simplicidad casi infantil y están contentos de llegar a tiempo a la reunión. Sólo algunos de ustedes tienen la piel más clara, pero ellos los consideran blancos. La tez de Agustina se distingue de todos modos en el grupo. Allí parece más hermosa y la has visto sonreír, contenta de verte, desde lejos. Luego ha proseguido la conversación con alguien que está a su lado y su gesto ha vuelto a la seriedad expresando la negación con el movimiento de la cabeza y sus manos blancas.

Los extraños, los extraños, los huincas como decimos nosotros. Los huincas no son malos, pero como tienen plata ellos, la plata lo hace malo al huinca, al rico. Las voces de los grupos que se van encontrando se cruzan en la atmósfera transparente. Al fondo, más allá de la arboleda, la punta nevada de un volcán mayor se yergue con perfección.

Cuando los han acogido ha sido en plenitud, como parte de ellos. Ustedes ya no son huincas. Tienen allí otros padres, otros hermanos, una nueva extensión de la familia y de sí mismos. Aunque se saben distintos y su comportamiento deja sentir a menudo la diferencia con el medio, luego de pocas semanas las palabras y las miradas se van encontrando en una forma de comprensión. En el acercamiento de las esperanzas comunes.

El encuentro con la risa espontánea, con la alegría simple y los comportamientos básicos te ha hecho renacer sensaciones que tenías en la vida con la abuela y ello te confirma la necesidad, en una construcción futura, de recuperar formas de relación con la vida y con los hombres necesarias para imaginar una forma distinta, ojalá superior de humanidad.

Se han sentado en rueda sobre el pasto debajo de un grupo de eucaliptus que esparcen su olor intenso. Algunos de ustedes juegan con las semillas y las huelen por momentos mientras escuchan. Otros comparten con los recién llegados los cigarrillos que les quedan y los fuman repartiéndose las últimas bocanadas. Juan mordisquea una hierba mientras habla y explica al resto la experiencia del grupo.

La comunidad ha tomado hace cuatro días el fundo Los Maitenes, unidamente, como hijos de un sólo padre. Ha sido un grupo de familias que no tenían tierras por el despojo centenario y esa parte había pertenecido a la comunidad. Un golpe de viento que viene de la cordillera mueve a lo lejos una línea de álamos que corta el paisaje. Hay gente inclinada sobre un arado tirado por bueyes que parte la tierra en dos y la deja abierta mirando al cielo. Como mapuche que son reclamaron durante años en el Juzgado de Indios para que les devolvieran la tierra usurpada. El padre de Juan murió reclamando. Se perdieron los expedientes. Después se quemó el Juzgado. Nunca les respondieron nada. El fundo estaba abandonado hacía más de veinte años porque los dueños vivían en la capital. Una bandada de tijuques cruza el cielo y lo llena con sus graznidos. Luego permanecen algunos por allí cerca en vuelo circular, lento, dejando desplazarse sus sombras sobre el suelo.

Entonces vinieron los mapuche y se instalaron. Tomaron posesión. De esa manera tendrá que empezar el trámite de la expropiación. Ahora lo están trabajando: comenzaron por el roce de las retamas y la zarza para poder hacer el barbecho porque hay que recuperar las tierras cultivables.

Pero han comenzado los problemas: la noche anterior vino gente en una camioneta y comenzaron a disparar contra las casas. Un murmullo se levanta abrazando el espacio, la materia inasible. Hubo que poner a las guaguas y a los niños en la parte de la cocina que queda protegida en el interior y armarse de palos y herramientas para defenderse.

La comunidad está recuperando lo suyo, nada más, porque con lo que tiene no puede vivir. Algunos que estaban cerca de la entrada pudieron arrancar y esconderse en el trigo de al lado.

Desde allí los vieron: eran gente de la ciudad y algunos policías de uniforme.

Hay que hacer algo rápidamente para que se lleve a cabo la expropiación.

La discusión es acalorada e intercambiaban experiencias. No es el primer caso. Los ataques armados a los mapuche han comenzado a ser comunes.

Hace cinco siglos, cuando se escucharon los choroyes bajando del cerro en gran bullicio ellos supieron que algo sucedería. Se reunió la gente y consultó a la machi. Ella subió por los peldaños del canelo tallado e invocó a Ngenechén, el de la alta sabiduría. Entonces se supo que los presagios eran funestos. Al llegar los españoles el pueblo mapuche identificó rápidamente al enemigo. Desde ese instante comenzó a preparar su defensa.

Los loncos, que gobernaban al grupo en tiempos de paz y cuya virtud era la equidad fueron reemplazados por los toquis, jefes de la guerra, elegidos entre quienes tenían la fuerza del relámpago, la sagacidad del puma, la rapidez de la liebre, la dignidad del cóndor. Comenzó entonces a sonar el cuerno en las distintas comunidades y el llamado a la lucha apresuró la formación de los jóvenes en la construcción y el manejo de la honda, en el ejercicio de la puntería, en el uso de las boleadoras, en la rapidez para atravesar a nado el río.

Cuando el primer grupo de españoles llegó a la vera del Biobío, el majestuoso, el río enorme y apacible que esconde en su rumor nocturno una historia de remolinos, oscuros ojos silenciosos los observaban desde la tiniebla del follaje. Una infinidad de montes suaves protegía el acecho y el enemigo no veía sino la inmensidad azul del agua calma y el cielo más límpido que en lugar alguno de la tierra porque el sol, el de los últimos días del verano, caía de frente en el fulgor de las hojas y en la paz engañosa de las aguas.

Los mapuche no le dieron tregua al viento. Reconocido el enemigo la junta diseñó la estrategia. Entonces no sabían que estaban llevando adelante una guerra del futuro e inventaron para enfrentarlo una lucha de guerrillas, diestra en el desempeño militar en grupos pequeños, de movimientos, decisiones rápidas y posibilidades de dispersión.

La reunión ha terminado y en los rostros hay preocupación. Es más evidente en los estudiantes. Tratas de averiguar qué piensan los mapuche pero en ellos la expresión tiene algo de impenetrable. Miras entonces a Juan con disimulo y percibes en su rostro una mezcla de gravedad y resignación que parece remontarse en el tiempo mientras juega con la hierba mordisqueándola entre los dientes.

Hay que continuar la movilización, te dice al ver que lo interrogas con la mirada, tiene que alcanzar a todos los mapuche. Es la única forma en que podemos recuperar las tierras.

Buscas entonces entre los grupos pequeños que conversan, se informan sobre amigos, acontecimientos recientes de la vida nacional. Allí está Agustina en la discusión, mirando mientras habla de cuando en cuando por sobre el grupo para encontrarte.

No habrá mucho tiempo para conversar, sólo el tiempo necesario para que circule el mate entre todos y recuperen así la fuerzas para el retorno. Los que vienen de arriba tienen un camino largo por recorrer y es importante que no los encuentre la noche con el frío de las alturas sin haber llegado. En los escasos minutos en que se logran separar del grupo le preguntas a Agustina cómo está. Hace varios meses que no la has visto y quisieras saber todo en un par de frases. Ha adelgazado en este tiempo y su rostro muestra una palidez que desaparecerá seguramente con la cercanía del verano. Ya pronto el calor secará la lluvia amarilla de las retamas que cubren las laderas y brillantará la superficie de los lagos.

Te contesta que está satisfecha con el trabajo. Se avanza, hay una conciencia cada vez mayor de los problemas y eso es bueno para todos. Le insistes en que quieres saber cómo está ella. Entonces te mira un poco sorprendida y te reprocha tener preocupaciones de ese tipo, en todo caso menores al tremendo viento de la historia que lo está moviendo todo.

Lo que está sucediendo hace necesario que Daniel y yo estemos lejos. Es una determinación que busca protegernos a las compañeras. Ellos necesitan tener esa seguridad. Hay tantas cosas que decidir a cada instante cuando nos toca el momento de las grandes transformaciones. Esto se resolvió así.

Todo te parece aplastante en ese instante, tu pequeñez te pesa como un lastre y balbuceas frases confusas que se quedan entre la excusa y el cariño. Cuando parece aceptar que tus preocupaciones son poco importantes y lamentas haber tocado el ámbito vedado de lo personal, el rostro de Agustina ha perdido el gesto del comienzo, ha ido endulzándose y sus ojos han tomado un tono casi gris. Entonces continúa, despacio, como si hablara consigo misma. ¿Quieres saber cómo me siento? Te lo voy a decir: sola, muy sola.

En ese momento llegan los demás con el mate, la requieren para solucionar el problema de la harina que es necesario llevar consigo y le insisten sobre la partida inmediata.

Mientras la ves alejarse entre el grupo y desde lejos se despidе con un ligero movimiento de la mano algo cierra tu garganta. Entonces Juan mide el peso de los bolsos de provisiones levantándolos del suelo con uno y otro brazo y te entrega el más liviano, ofreciendo la mano para ayudar a levantarte. Todo parece indicar que hay que comenzar el camino de vuelta.

Brota la frase de las cuerdas como de una boca profunda y va adquiriendo fuerza lentamente, buscando los espacios con la lentitud y la consistencia del limo espeso. Se desdibuja en la superficie el vuelo retorcido de los vegetales que se inclinan, lo rodean, cuelgan en lianas que palpan la materia densa y la penetran. Los violoncellos se levantan sobre los bronces y pareciera que pronto va a romper esa densidad la voz clara, limpia, de la soprano que la memoria asocia con estas *Bachianas* de Villalobos entre las que no logras aún identificar la introducción. Pero ahora el movimiento da paso al prelude en donde los violoncellos parecen arrastrarse y buscar aún en este Bach que se transfigura, asume el cuerpo y la nobleza nueva del espacio vigoroso en donde ha sido trasplantado, se extiende y asume el espesor, la transparencia, hablando en idioma de espumas, de grumos, de floraciones, savias, parpadeos, pulsiones y metamorfosis que de pronto van adquiriendo nuevo ritmo, obedecen a otra legalidad, hasta lograr de a poco la dignidad impuesta

por la fuga. Las cuerdas están ahora con los bronces marcando lapsos regulares.

Ya no surgirá el flujo limpio, nítido de la voz femenina que trae consigo la fuerza de la madera y el mar, el cargamento de los naufragios. Es otra bachiana que la que esperabas la que va llenando el espacio de latidos, de espesor, de fecundidades.

Todo el movimiento que parece penetrarte a través de la piel y ya supera la música como instancia auditiva te hace pensar en el curioso carácter de esta cultura de vocación pendular que ha buscado las formas múltiples en que se transforma un legado para encontrar una voz, en donde el hombre nacido del barro se superpone a aquel que nace del maíz o al que brota de la semilla de la palma moriche. Te parece ir descubriendo un carácter disparatado y aglutinante, bárbaro, monstruoso y refinado, violento y dulce. Cultura múltiple y una cuyo movimiento aparece como la permanente búsqueda de un centro, de una síntesis que no se logra y es lo que quizás se proyecta en su tono de dinamismo y plasticidad.

El pasajero del costado se inclina hacia adelante y revisa el equipaje de mano que ha puesto bajo el asiento, desplazándolo hasta colocarlo entre sus pies. Abre el cierre, busca algo con la mano derecha y saca un libro. Luego vuelve a colocar el bolso bajo su asiento y se acomoda. Abre el libro para comenzar a leer pero algo le molesta. Ahora levanta el brazo para dar vueltas la perilla del aire acondicionado, se acomoda nuevamente, saca los anteojos del bolsillo pequeño de su chaqueta y comienza a leer. Desde tu asiento ves dibujarse con nitidez su perfil aguileño y sus rasgos delgados contra la luz de la ventanilla.

Daniel ha ido creciendo ahora más allá de la dirigencia universitaria. Las exigencias del proyecto que impulsa lo van construyendo en el arrojo, en la intrepidez, en la temeridad. Ellas no son sin embargo fruto de la imprudencia o la improvisación. Se van elaborando en una historia colectiva en que se avanza con lentitud y en donde se busca los caminos de la seguridad. Es lo central de su actividad ahora: consolidar el camino recorrido para no dar el menor espacio a la vuelta atrás. Es el producto que brota de una elaborada racionalidad. También de una enorme capacidad de crear, del estudio, del análisis, la disposición, la discusión permanente

sobre la realidad nunca percibida con complacencia sino asediada con fervor.

En esos días se discute a menudo sobre la estrategia. Se buscan las vías de la construcción y a menudo las vías parecen más relevantes que el destino adonde se llegará.

Los modos, los caminos. Mucho más tarde quedará en evidencia la vana importancia de esas discusiones, cuando otras historias muestren las posibilidades plurales, las que suman las vías en lugar de dividir las, las que las muestran no en su alternativa sino en su complemento porque la esperanza es la misma y es lo que todos intentan realizar.

Descubrirán recién el rostro del enemigo real de la construcción social erigida sobre la solidaridad, el de adentro y el de lejos, irguiéndose como árbitro que rige desde el poder para imponer el sistema de la competencia, el valor central de la otra construcción, en donde los objetos se imponen sobre los hombres y los hacen a su medida.

Ya el movimiento de los estudiantes quedó atrás para Daniel, otros tomarán el relevo. Es en este momento la organización de los pobladores la que lo reclama, los que buscan techo y dignidad. Pronto serán los mineros que en su historia secular han acuñado combates ciegos como el mundo subterráneo de donde emergen envejecidos, en las tardes de una vida gris.

Daniel multiplica sus actividades exigiendo hasta las fronteras de la resistencia a los minutos de su aliento joven. Él no ignora que mientras entra más de lleno en su proyecto y accede a las instancias del poder necesario para realizarlo va perdiendo las dimensiones hermosas y cotidianas de la libertad individual: la que permite abandonarse a las exigencias del placer, la que permite dormir una tarde bajo los árboles sin premura o da el tiempo para derrochar el día en juegos fútiles, demorar la aspiración de un perfume agradable o regodearse en las actividades plurales de lo cotidiano. No ignora que en ese camino de a poco las personas abandonarán el abanico inmenso de las dimensiones humanas para diversificarse en las jerarquías de la lealtad. No lo ignora pero lo siente necesario: es una de las pérdidas inescapables del camino a

una construcción futura de cuyo diseño esos rasgos serán sin embargo constitutivos.

En el país se escuchan voces en sordina que hablan en palabras de futuro. Hablan de juntar los esfuerzos para impulsar la posibilidad de un gobierno popular. Son voces que murmuran bajo, callan si es necesario y continúan si encuentran asentimiento. La historia de sus victorias ha sido escasa en un país que afirmaba con seguridad su tranquilidad porque era la forma que permitía asentar a los poderosos sobre los que no podían hablar. Murmuran bajo porque en ella no han participado, aún con el esfuerzo sostenido que las ha llevado a organizarse poco a poco y tempranamente.

Ahora los titulares de periódicos condenan las manifestaciones masivas. Sin embargo el costo de la vida empuja a los trabajadores a juntarse y protestar, a tomar las calles como su espacio porque no tienen otra tribuna. Realizan entonces acciones públicas que pongan en evidencia sus problemas, que golpeen la opinión de los que parecen ignorarlos y desde las fábricas los trabajadores, los mineros desde distintos lugares caminan en columnas hacia el centro de las ciudades: la marcha del hambre conduce a mostrar la evidencia a familias enteras que arriesgan enfrentar la represión de grupos especiales formados por la policía, grupos móviles que se desplazan de uno a otro lado en vehículos, protegidos con cascos, con escudos, provistos de armas contundentes. Las huelgas cobran amplitud. Ahora son los campesinos, mañana los obreros de todo el país. Frente a las manifestaciones masivas los grupos especiales comienzan a cobrar víctimas: los que caen son jóvenes, son obreros, son estudiantes.

Ya las voces no hablan en sordina. Ahora las voces se levantan. Es necesario organizarse, formar comités que aúnen estas luchas, que defiendan las victorias. Este crecimiento comienza a exasperar. Los defensores del poder lanzan ahora sus panfletos. Es necesario cuidar el orden que entrega todas las garantías. Hay que apelar a lo sagrado para librarnos de todo mal. La propaganda combate al ascenso popular. Grupos armados destruyen sus locales. Se ataca a los participantes. La policía golpea con más fuerza y hace nuevas víctimas.

Daniel ha debido transformar su vida en desvelo, ha debido endurecer sus opciones y necesita vivir en la protección del sigilo.

Ahora viene a la zona mapuche. El mensaje corre entre las bocas de los que deben reunirse. Que baje Agustina de los cerros. Sólo estará dos días y habrá que multiplicar entre las reuniones los minutos del amor.

Hoy quisieras que la memoria te devuelva la instancia del arrebató, del equívoco, de los errores. Buscas los recodos en donde pudiera asomarse la debilidad. Allí en donde la humildad se transforma en soberbia. Todo se mezcla, se disgrega y entre los atisbos de lo que pudieras acusar de debilidad brota la grandeza como un chorro de agua subterráneo, que rompe, impone, salta por sobre las cabezas, va más arriba de los árboles, por sobre los edificios y sube hasta perderse para desde la altura devolver la transparencia, la limpidez del agua clara y humedecerlo todo. Entonces viene la ternura, la honestidad de la mirada y del gesto, la vocación a la historia que vibra en registro mayor, de duración enorme. Allí se sumergen las vidas y es el papel que nos tocó. Hay quienes viven mal desde hace tiempo. A otros les correspondió otra historia, a nosotros esta. No hay alternativa: o lo asumes o lo niegas. Y el movimiento brusco de la cabeza para quitar el cabello que cae sobre la frente mientras los dedos juegan febriles junto a la palabra que afirma, enroscando en el índice las mechas que asoman sobre el cuello.

Hay la frase de Pepa que te golpea aún la vista cuando lees la carta de tu madre.

Ella no acostumbra a escribir, sólo transmite a través de la otra escritura mensajes cortos que has debido siempre aprender a reconstruir durante estos años. Situar en el contexto, deslindar la significación y traer todo lo que la memoria pueda informar para así lograr la transmisión máxima, que nunca será plena pero que investigas con ansiedad para intentar aprehenderlo cabalmente.

Pepa dice que se le está olvidando su rostro.

La frase similar está en la memoria —si las cosas andan mal comenzaré a olvidar mi rostro— y hay aún otra en la infancia.

Has oído decirlo a Pepa varias veces, como murmurándolo y no has prestado atención porque el ritmo de los días que vuelves a casa te impone una agitación extrema. La oyes mientras Hortensia te insiste que debes cuidarte. No es tanto la alimentación irregular de este tiempo fuera de casa lo que a ella la preocupa como el abrigo. Sus noches de insomnio giran en torno a la imagen de las hijas con frío, que la estremece y la hace llegar a amanecer sin cerrar los ojos.

De pronto te das cuenta de lo que Pepa está diciendo porque la imagen que viene de la infancia te vuelve, te golpea y la angustia de entonces horada la memoria. Por eso vas a su cuarto para saber qué es lo que la aflige, y cuando te explica le contestas que está loca. Todo es pasajero. Agustina recuperará pronto la fuerza de siempre, la alegría. Es el camino que ella eligió y está contenta. Es una decisión conjunta, una opción. A los jóvenes en estos años nos correspondió vivir otra vida que la que ella conoce. No debe preocuparse.

Pero sabes que si la duda persiste ella llevará adelante la promesa. Entonces será inflexible. Por eso inventas el engaño y serán las tarjetas puestas en el correo con la firma de Agustina: allí envías la alegría que necesita para permanecer tranquila. El engaño entonces produce su efecto.

No sabe cómo es, no tiene cara, se le está olvidando su rostro. La señora Elena, la costurera, camina por la feria y ya todos lo saben: la verdulera, el pescadero y hasta en la carnicería. Mientras Pepa elige los tomates con cuidado tú ves cómo murmuran al paso de doña Elena, cómo la observan en silencio y pareciera que cuando habla para indicar que le pesen las habas todos estuvieran esperando que dijese algo más. Pero sigue al puesto siguiente para elegir las cebollas más pequeñas y no hay explicación.

Sólo Pepa sabe que el marido está mejor. Que no se murió a pesar de todo. Los médicos aseguraron que así sería cuando tuvo el accidente y quedó bueno para nada. De esto hace seis años. Fue entonces cuando ella hizo la promesa y sacó todos los espejos de la casa. Nunca más se miró la cara y así él pudo salvarse. Así fue.

Quedó el hombre en la cama pero no murió. Lo salvó la fuerza de ella. Y las infusiones. Uno nunca se cansará de decir que no hay médicos ni remedios que valgan: todas son mentiras. Se salvó con el poleo, la menta y la hierba del platero, con la salvia viscosa que limpia el hígado y con el toronjil que le ha quitado la tristeza.

Doña Elena ha olvidado su rostro y ni el agua mira cuando lava la ropa porque así ha ido salvando a su marido. Ahora recuerda poco. Sabe que cuando joven era un poco bonita. Sabe de su rostro anguloso porque todavía lo siente cuando lo palpa para lavarlos. A veces también lo palpa para recordarlo porque ya se le ha olvidado cómo es ella, y es lo que más le duele. Siente como si no tuviera cara y es como si no tuviera alma, pero pronto se asusta y quita las manos del rostro. Del cabello no se preocupa demasiado. Tuvo que cambiar de peinado porque no supo qué seguir haciendo con el pelo corto. Entonces lo dejó crecer y lo recoge en las mañanas en un moño detrás de la nuca. Sabe que debe tener el pelo blanco pero sólo reconoce su suavidad.

Es el temor a verse y no el peso del moño lo que la hace caminar con la mirada baja por la calle. Pero ahora casi no importa porque ya no puede coser, ve muy poco y su promesa no corre peligro. Así su marido seguirá viviendo.

Nada permite suponer que Pepa pueda recapacitar si se lo ha propuesto. Cuando lees la frase en la de carta de tu madre te corre un escalofrío que viene de la infancia y sabes que poco tienes que hacer. De todos modos has enviado durante largo tiempo nuevos mensajes por correo. Allí le has transmitido tu alegría, que el tiempo ha ido transformando en tu verdad.

Ella sabe que entonces la engañaron. ¿Lo creerá esta vez? Cuando diseñaron el proyecto de realizar una serie prolongada de programas radiales sobre la movilización indígena que mostrase frente al país las formas de conciencia, la palabra, las dimensiones de una historia que ustedes mismos ignoraban te imaginaste que verías a Agustina en los días próximos. Necesitarían venir, para realizarla, diferentes grupos a dar sus testimonios.

Han logrado a través de un esfuerzo tenaz y de mucho riesgo poner la cuestión mapuche en la discusión general del país y el interés por ella es creciente. Prevén que este interés así como

un poco más de claridad ayudarán al proceso de recuperación de tierras. Es por esto que en los días previos han venido comisiones a investigar en los Juzgados del pueblo próximo a las comunidades, se hará un extenso informe de las ocupaciones flagrantes de los últimos años, se intentará mostrar la historia de la usurpación secular, se buscará interpelar las conciencias para generar apoyo en este problema que cuando se soslaya se ignora.

Terminas de ultimar los detalles de la grabación, has hechos el recuento de los presentes y organizado las sesiones cuando te avisan que ha llegado el grupo de la alta cordillera. Al ir a encontrarla está dormida en su saco, junto a los bultos y los demás sacos de dormir en el recinto escolar en donde se alojan en habitaciones separadas hombre y mujeres. La reconoces de la entrada del gran dormitorio en su postura de siempre, apoyada sobre un costado y con los brazos cruzados tapándole el rostro, como abrazándose a sí misma. Sabes que ha llegado exhausta del largo recorrido de montaña pero te sorprende sin embargo la angulosidad de su rostro que pareciera tener un gesto nuevo en donde se han borrado las proporciones dulces que le había entregado la plenitud.

La dejas descansar a pesar de la necesidad que tienes de abrazarla después de tantos meses y partes rápido porque ya es la hora de la primera sesión de grabación. Entonces te vuelve a asaltar la preocupación por la relación que pueda establecerse en las entrevistas, por el cuidado necesario sobre todo con los ancianos que han aceptado hablar pero para quienes todo es demasiado nuevo. Temes por la función que pueda desempeñar el micrófono. Han decidido no realizar las grabaciones en las salas especiales de la radioemisora para que la situación se viva con mayor normalidad y lo están haciendo en las salas de la misma escuela.

Atraviesas rápido los corredores, cruzas la cocina en donde hay compañeros que preparan al grupo la cena de la noche, saludas a uno y otro de los recién llegados y te alegra, te sorprende, te enternece encontrar nuevamente a este o aquel, hasta llegar a la sala de grabación.

Cuando entras alcanzas sin hacer ruido el asiento que te han reservado porque ya la sesión ha comenzado. Todos escuchan en

silencio hablar a una mujer anciana en un español que modula con dificultad.

Así es el mapuche anterior. Entrego mi sangre, que dice. No entrego mi lugar. Así es el mapuche anterior. Los que murió.

La historia comienza a fluir paso a paso en la voz despojada y solemne en donde las palabras tienen todas el mismo tono y sólo se insiste sobre algunos de los términos repitiéndolos. Nada cambió en la situación indígena con el establecimiento de las repúblicas: ellos no fueron considerados en la reivindicación en contra de España del siglo anterior. Fueron utilizados a veces como cuerpo del ejército, pero cuando las repúblicas nacientes se independizaron los nacionales continuaron el hostigamiento con prontitud. Se trataba de someter a las leyes de la nación a los salvajes, había que poner en la vía de la civilización a los bárbaros, a los que mostraban por naturaleza sus instintos de robo y de pillaje.

Es así como comienzan de ambos lados de la cordillera las maniobras militares y el nacionalismo creciente, el que ha sido producido por la victoria de independencia y la necesidad de construir las respectivas naciones impulsa a las jóvenes burguesías criollas a desconocer el ancestro indio, a olvidar el mestizaje para reivindicar en su lugar la occidentalización, la herencia de la metrópoli que han combatido pero que los ha marcado con su impronta.

Brillan entonces profusamente los armamentos, se apresuran las compras en grandes cantidades de caballos y mulas, se acopian los suministros necesarios para lo que se denomina la Gran Campaña y el ejército se apresta para la Guerra de Pacificación.

Mientras lo oyes piensas en la reedición de las luchas de cristianos contra moros y judíos, en donde lo cierto es la voluntad de expandir el territorio, y esto te aparece como una cruzada criolla en donde la conquista de las tierras indígenas es necesaria para el proyecto de país que se diseña, para la expansión de su futuro agrario.

En tanto se preparan los ejércitos invasores de ambos lados de la cordillera, la usurpación lenta de los colonos ha atravesado ya la línea de frontera más allá de las márgenes de los ríos Biobío por un lado y Negro del otro lado de la cordillera.

Los caciques son informados con rapidez de la nueva ofensiva y el cuerno, que es señal de peligro, suena entre los distintos grupos. *Lape lape huinca tregua*. Hay que matar al perro blanco.

Comienza a correr entonces entre ellos el mensajero. El huerquén lleva en su muñeca el hilo rojo cuyos nudos anotan los puntos del mensaje, los días que faltan para la reunión, la junta de los loncos. Él ha sido instruido largamente en el recorrido al galope de grandes distancias. Sabe retener largos parlamentos y ha sido entrenado en soportar el hambre durante días. Conoce los valles, las lomas, los pasos, las cortadas como conoce su cuerpo y tiene la velocidad de los pudú subiendo la montaña.

La capacidad guerrera adquiere nuevo ímpetu frente a la agresión, entonces los mapuche apostan sus guardianes en la boca de los pasos cordilleranos. Los combatientes se concentran: los mocetones, los capitanejos. Se dividen los lanceros, los honderos, se organiza una red de vichadores para que observen desde lejos e informen a los guerreros sobre el enemigo. Es el momento en que ellos afilan sus cuchillos, tensan el cuero de las boleadoras y diseñan la nueva estrategia.

La grabación se ha detenido y la anciana sigue hablando como un torrente que hizo estallar por una vez los diques y ya no puede detenerse. Nadie se atreve ahora a hacerlo, pero es necesario romper la intensidad del momento para cambiar la cinta de la grabadora. Les parece absurdo interrumpir y se consultan entre ustedes con la mirada: la cinta ha magnetizado en su movimiento circular no sólo a la voz que monologa sino a ustedes mismos. Finalmente alguien se atreve a hacerlo con una pregunta de actualidad que se escucha como una piedra rompiendo un cristal, pero que no tiene más finalidad que dar el tiempo al cambio del carrete. La respuesta es tajante y la escuchas mientras te deslizas hacia la puerta en busca de Agustina.

Ahora los mapuche somos todos mudos. Los caciques murieron.

Corres por los pasillos y la traes somnolienta aún. Recién despertaba cuando la hiciste poner su blue jeans y acompañarte sin tener siquiera el tiempo de explicarle gran cosa: no quieres que deje de vivir lo que tú estás experimentando con tanta intensidad.

Llegan a la sala y buscas nuevamente tu lugar mientras ella se ubica en las filas de atrás y se sienta con una pierna encima y la cabeza inclinada.

Ahora es un mapuche mayor el que ha tomado la palabra. Tiene el rostro arrugado e impassible. Habla con lentitud y al hacerlo pareciera no mover sino sus labios delgados. Por momentos hace un gesto casi imperceptible con su frente angosta y el surco parece ahondarse aún más mientras el cabello negro y liso brilla hacia atrás.

Los huincas pisotearon a los mapuche. El extranjero se puso por delante para conseguir el lenguaje, para usurpar la tierra. Los huincas obligaron al castellano y mataron al mapuche. No hay lucha mapuche sin lengua mapuche como no hay buey sin patas. Cuando el huinca quita la lengua quita la tierra, quita la planta, quita el animal, quita todo. Mandan a los niños a la escuela para que aprendan a olvidar su lengua. El huinca con una cruz fue robando la tierra. Nos cortó la lengua. Nos cortó los senos de las mujeres para que se hundiera la raza. Así contaba mi abuelita. Nos cortó los brazos, nos usurpó la tierra. Nosotros hemos estado bajo el dominio de ellos.

Pero nosotros tenemos otra idea. Otro conocimiento. Porque nosotros hemos sido. Fuimos desde que los antiguos nos dejaron. ¿Cómo vamos a estar? ¿Cómo vamos a continuar?

Así contaban los antiguos, mi abuelito, mi abuelita, de las luchas anterior de los mapuche. Cuentan que aquí por esas lomas que ven ahí, por ahí venía el coronel Saavedra. Por el bajo. Entonces los mapuche aquí con el cuerno tuut tuut para avisar a los demás. Así se fueron despacito, agachados entre las matas. Prendían fuego, miércale, a la pasada entre los dos cerros. Así el ejército no podía pasar. Y les prendieron fuego por atrás, para encerrarlos. Hacer cerco, *gualqui*, que le decían. Y así los que pudieron arrancarse se fueron lejos.

Las primeras columnas del ejército avanzan en el despliegue táctico del ablandamiento. Su finalidad es hostigar. Los indígenas ya estaban advertidos y los han conducido con escaramuzas hasta hacerlos caer en la trampa del desfiladero.

No había pasado más de un plenilunio cuando la máchi en lo alto del canelo había ido transmitiendo con voz entrecortada su lenguaje al intérprete. Este levantó la voz y cantando casi anunció la gran batalla al golpe del cultrún. Su voz dio paso al ritmo ronco de las trutruucas y el golpe del cultrún que acompaña a la Palabra ha estremecido las cabezas, las conciencias, las almas, las voces y ha indignado al espíritu, el que sueña y muestra al hermano que está lejos, muestra a los parientes, muestra a los antiguos. Los mapuche han buscado la posición del círculo y han formado otros círculos exteriores. Los mapuche han hecho danzando guillatún para rogar. También para unirse. Para asirse fuerte y desatarse el corazón porque cuando se desata descansa. Es por eso que tiene que empezar a desatarse lo que siente el corazón y hacer círculos y danzar, otro y otro día, con la pifilca que es de aire y lleva al aire el sentimiento, con el sonido ronco de la trutruuca y el golpe del cultrún.

Al segundo día de haber cercado a la avanzada del ejército llegan al galope veloz los vichadores: se avista una nueva columna.

Comienzan rápido los preparativos y parten los guerreros. El sol de mediodía se estrella contra el filo de las lanzas y se disemina entre las araucarias. Los quinientos lanceros se movilizan por grupos, unos a pie otros a caballo, de acuerdo a la cantidad de bestias que han logrado reunir y desaparecen pronto entre las lomas y el follaje. Luego se levanta un viento frío, que viene de los volcanes y arremete por sobre los canelos, llega a deshojar el litre de ramas espesas y eleva por los aires la flor del amancay. Pronto asoma una nube espesa que se desplaza con velocidad y trae las primeras gotas de lluvia de la estación que se avecina: la que hace morir las plantas y empalidece al sol.

El paso de los cerros está ahora cerrado con los restos de la batalla anterior y ya no será necesario colocar árboles, llevar hasta allí rocas o entrampar con palos cortados a pique para impedir el paso del enemigo. La columna del ejército ha debido desviar su camino y está contorneando el cerro por el lado del río. No necesitará atravesarlo, pero al contornearlo su posición será débil porque el espacio es escaso entre la ladera y las aguas torrentosas. Habrá que inmovilizarlos en ese sitio y empujarlos hacia el

río. Será necesario actuar rápido porque las fuerzas que se ven son muy superiores.

La marcha de la columna se ha hecho lenta con la lluvia. Se ha ablandado el terreno y las patas de los caballos se hunden en el barro produciendo un chapoteo que devuelven en eco los cerros vecinos. De tanto en tanto se escuchan las voces de alto y la columna se detiene. Se ve galopar un jinete hacia la parte de atrás, adelantando luego un grupo de mulas, cambian las posiciones de algunos soldados y luego la columna vuelve a emprender la marcha. Detrás de los matorrales hay ojos que siguen el movimiento y cuando ellos se desplazan el ruido que producen es tan leve como el de las hojas de los arrayanes.

Ahora ya han tomado la curva y la vanguardia de la columna comienza a acercarse al plano previsto. En ese momento los soldados despliegan movimientos rápidos y algunos se apostan frente al cerro porque perciben las debilidades de su posición.

Es en ese momento, cuando la columna está situada en medio del terreno, que se escucha un gran estrépito mientras los soldados se detienen con gesto desconcertado. La columna comienza a deshacerse, los caballos titubean, y es un ruido enorme, un estremecimiento de la tierra, una especie de terremoto que de pronto se hace visible. Por la ladera comienzan a desprenderse piedras enormes, rocas ancestrales incrustadas allí desde siempre y luego del primer movimiento van deslizándose cerro abajo hasta tomar gran velocidad y pasar por encima de soldados, caballos, provisiones. Caen entonces al río torrentoso, hundiéndose, desapareciendo en el fondo de las aguas con el peso de la muerte. El ruido de las rocas acalla el del tumulto, la desbandada, el estrépito de los caballos que huyen, los ruidos del pavor y ahora el campo junto al río es miembros esparcidos, cadáveres en gesto estólido, restos de uniformes, animales destrozados, huida.

El capitanejo con algunos mocetones bajan a revisar el campo y un grupo se lleva a los prisioneros que desde ahora son los cautivos de la guerra. Su destino se definirá en alguna negociación próxima con el enemigo.

La batalla ha sido victoriosa para el pueblo indígena. Sin embargo los vencidos no permanecerán impasibles mucho tiempo: para el gobierno esta guerra es de exterminio.

Las noticias llegan ahora con rapidez a la capital porque se ha instalado el telégrafo y los regimientos son desplazados con la misma velocidad de las decisiones. Es así como desde el fuerte más cercano parte un nuevo destacamento a la zona de agrupación de los guerreros mapuche.

El enfrentamiento reciente no les ha significado a los combatientes indígenas el desgaste de las armas, de modo que esta vez no hacen más que buscar el sitio propicio para la nueva batalla. Ya saben que el ejército no se dejará sorprender por una situación desfavorable del terreno y el destacamento que los informes de los vichadores traen no parece numeroso. Preparan entonces una batalla en ataques rápidos por grupos pequeños que cuentan con el desgaste de las municiones, atacando en el espacio que queda luego de la primera descarga masiva. Aprovecharán así el lapso en que los militares deben volver a cargar sus armas. El aprendizaje de la estrategia militar se ha ido desarrollando con la misma guerra. Es así como han podido generar la respuesta apropiada a la superioridad del ejército logrando una ventaja que hará hablar al futuro de su valentía, su habilidad, su arrojo. Lo cierto es que cuando un pueblo defiende su existencia es capaz de imaginar lo imprevisible.

Los mapuche se hacen entonces presentes a través de un primer grupo que sale al enfrentamiento desde el bosque, en la llanura. Otros grupos embestirán sucesivamente desde distintos flancos.

Parte el capitanejo Luciano Calitrán y ataca con las primeras luces de la aurora, dirigiendo a un grupo numeroso de mocetones. Es necesario que el primer impacto sea demoledor. Se escucha la primera descarga y surgen enseguida uno a uno de la espesura los demás grupos.

Para sorpresa de los indígenas sin embargo las descargas continúan sin parar y los guerreros comienzan a caer sorprendidos, como en una ratonera. No entienden qué sucede y ni siquiera hay tiempo para llamar a retirada: no hay espacios de silencio.

Ha llegado a manos del ejército la carabina a repetición y a partir de ahora será la superioridad tecnológica, ya insuperable, la que derrote al pueblo mapuche.

En medio del tumulto que ilumina el sol de la mañana Luciano, herido de gravedad, es lanzado al suelo desde su caballo y rodeado. Tiene el rostro ensangrentado porque una bala le ha volado una parte de la mejilla y se mueve con dificultad por las heridas de arma blanca. Entonces, ante la sorpresa de los que lo rodean quienes lo dan por casi muerto, se levanta del suelo, se quita con un movimiento de la mano izquierda el poncho con arrojo dejando a la vista sus heridas, recoge con dificultad las armas caídas y los enfrenta desde allí, solo, con la lanza y el cuchillo en un gesto que no deja dudas de que no habrá entrega porque la suya es una lucha sin retorno.

Así murió Luciano Calitrán. Así mueren los mapuche.

Algunos se lanzan al precipicio en masa. Otros, al ser derrotados se arrojan al río. Hay quienes cruzan los pasos cordilleros hacia el país vecino para enfrentar una lucha similar.

La voz del que entrega el relato seguramente muchas veces repetido no ha tenido ninguna inflexión desde el comienzo. Ha sido una locución pareja que ahora se detiene por un momento. Luego sólo se mueven sus pupilas que buscan entonces la luz de la ventana y permanecen allí ancladas, antes de continuar.

El mapuche sabía que su suerte no era florida como la primavera. El mapuche que vivía como los pájaros en los árboles cuando los huincas tiraron sus rucas entonces ya se quedó mirando y no dijo nada. Porque tenía toda la verdad que es posible tener sobre la tierra.

La voz se silencia y una especie de manto se extiende sobre los presentes. La luz de la tarde ya se está perdiendo y no necesitan indicar el final de la sesión para que algunos se vayan levantando lentamente. Con el rostro sobrecogido y en la puerta comienzan a encender los cigarrillos que han abandonado durante estas horas para no entorpecer la atmósfera ya suficientemente densa.

Cuando todos han salido Agustina permanece allí esperándote, al fondo de la sala. Tenemos que hablar, te dice. Ahora está aquí su rostro claro de sonrisa dulce y la mirada que parece

siempre ver más allá de lo presente. Está aquí y casi puedes rozarlo con la mano cuando relees la ficha que permanece en el archivador frente a ti y la grandeza del poema de Ercilla te traslada por encima de los años, por encima de los siglos. Tenemos que hablar, dice. Y es el poema de Ercilla y el rostro de Agustina. Es el poema aquí:

Iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba
y no fue menester general bando,
que el deseo de la guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo que tardaba,
para el decreto y áspero castigo
con muerte y destrucción del enemigo.

Y el rostro de Agustina en la memoria.

Todos han salido. En la memoria la sala está vacía y de súbito se te impone como un espacio sobrecogedor de paredes gruesas y pintura amarillenta, decadente, de muebles desgastados de escuela en desorden. No puedes recordar una conversación porque la conversación no existe: hay gestos, intentos de evitar las lágrimas, expresiones entrecortadas, palabras truncas, hay tu intento de saber qué sucede, hay preguntas sin respuesta, hay la mirada abierta hacia adentro, hay la imposibilidad de escuchar porque el alma es torbellino, huracán, desgarramiento.

Hoy las frases vuelven, las palabras te suenan por dentro: son palabras que hablan de destino, de fragmentos, de definitivo, de postergar. La voz es por momentos tenue. Hay preguntas en torno a sí misma, la repetición de un no puedo. Hay el amor. Hay la palidez. La composición es borrosa y casi se diluye en la sombra.

Pero hoy no sabes si todo aquello es verdad, si son palabras formuladas entonces o es lo que fuiste construyendo en la búsqueda. Hoy no sabes. Todo quedó allí, entre las paredes de pintura amarillenta, el poema de Ercilla y el rostro de Agustina en la memoria.

Esa noche será siempre única: será la noche larga y extraña de la víspera.

De pronto la memoria es un día, un instante, la angustia de una mirada. Sólo podrías decir ahora cosas inútiles: que la conversación fue entrecortada, de tono incoherente. Que estaba hecha de frases sueltas que no intentabas entender porque tenías sueño. Que Agustina había llegado tarde después de viajar muchas horas y que la luz era tenue, que tenía sin embargo necesidad de hablar. Que era muy tarde y los ojos se cerraban solos. Que la conversación iba de una cama a la otra como hilo invisible que quería ser mantenido y sin embargo iba diluyéndose poco a poco. Que tenías la sensación de incoherencia, pero la luz tenue, la pesadez del cuerpo, los ojos que se cierran. No habrá más que esa noche previa que hoy quisieras retener en el tiempo y no dejar que transcurra, no permitir que llegue el alba, detenerla, detenerla como puedas. No habrá más que la necesidad de saber qué sucedía en su alma, qué se siente. Y el dolor quieto que no quiere mostrarse, que viene arrastrándose y no puedes transformar, la fuerza vencida que se vuelve sonrisa, gesticulación de los rasgos frente al apremio, la mirada lejana. Y el dolor quieto que será para siempre eso: el dolor. Sus ojos y sus manos. Todo lo demás es bruma, la mirada intensa y el tono callado de la voz, la lentitud: el gesto se confunde entonces con alguna fotografía y se queda estático, perdido allá en la memoria.

No hay la verdad, no habrá nunca la verdad, sólo datos, imágenes, gestos, palabras. No hay la verdad de las profundidades del alma, sólo intentos de aprehenderla, aproximaciones que buscan una lógica de los acontecimientos, de las acciones. Entonces comienza la indagación del gesto, la búsqueda de una explicación en su vida de niña, la carencia de la vida de los patios grandes llenos de sol en la casa del norte porque la abuela ha muerto, la ausencia de jazmín del cabo. Sin embargo está la ternura de Pepa tejiendo sus chalecos. Están tu madre y los pinos. Buscar tal vez en el traslado al sur, en la lluvia permanente y nada habrá de certeza sino la ruptura enorme de quien piensa que el cambio es posible y abandona la molición de la cama tibia y las comidas regulares. Del que rompe con la calidez del nido para acerar la voluntad, para forjarse a sí mismo en la resistencia al dolor, porque es necesario transformar

al país regido por la desigualdad agresiva, por la injusticia, porque es necesario construir una sociedad diferente. No por ambición, no por locura juvenil, no por desenfreno o capricho sino por una razón legítima: porque esta es injusta.

Buscar en la seguridad de su opción, que es la seguridad de un momento de la historia del continente. Buscar en la intuición enorme del fracaso, en la lucidez que anuncia el carácter apocalíptico de la derrota, buscar en el reconocimiento de los límites del ser humano, buscar en el gesto que busca a su vez advertir. Entonces interrogas a la memoria de su rostro que por momentos cubre en el recuerdo con sus dos manos en gesto abatido y es constelación de rostros y manos que lo cubren en secuencia repetida una, otra vez. Ahora es la espera de Daniel, el perfil contra la ventana, la incertidumbre, los días, los instantes, los segundos, la desdicha que no desaparece en la soledad sino que se acrecienta y el horror de percibir lo inminente, el terror que advierte la dimensión verdadera del poder, la conciencia de la transformación imprescindible y la angustia de la propia exigencia: siempre es posible la renuncia, hay instancias superiores en que todo tiene otra significación.

¿Qué sucede en la mirada, en la piel, en los huesos cuando se entra en esa lucha desigual contra el abismo? ¿Cómo se va destruyendo el alma en el transcurso? ¿Cómo rescatar la memoria del silencio?

Ahora es el instante tan temido. Ahora llega. Ahora es cuando tu grito se pierde, flota en la marea de los pinos de enfrente de la casa, persiste en el tiempo durante años hasta vacilar y hundirse en los espacios recónditos de la memoria. El resto es confusión, son imágenes cortadas, gestos, llantos, el amanecer inexorable en que salió resuelta, definitiva, el pito del tren rasgando el alba, y el retorno allí, todo es confuso, el ataúd sacado quién sabe de dónde, el rostro hermoso aún y el daño irreparable.

Los días que siguen son lejanos. Todo sucede en un vapor que difumina los contornos. Sólo el dolor de Daniel brota nítido en la memoria porque es el desgarramiento sordo de quien sólo muestra valor.

El dolor es una experiencia siempre única, irrepetible en su carácter. Es aflicción, desamparo, aleteo vano de pájaros

extraviados, profundidades de afectos náufragos, pero es sobre todo eso: dolor inmenso, hondo y sin término. De entonces sólo queda una actitud extraña, a veces la memoria es más un detalle que un recuerdo preciso: la necesidad imperiosa de vestir su ropa, la ansiedad de estar envuelta en Agustina, de tomar su forma, de dar vida a sus vestidos desde el interior, de experimentar el roce suave de sus chalecos de lana como ella lo hubiera hecho con la actitud que siempre envidiaste: su manera voluptuosa y definitiva de sentir la vida y de juzgarla. Luego viene el desamparo, el largo y lento tiempo de la ausencia, el monólogo y la evidencia inaceptable de la vida: las palabras, los autobuses, los comercios, la gente por las calles.

El *Adagio* de Albinoni está ya en el movimiento final y recién percibes que tienes los auriculares puestos. No quieres escucharlo ahora y das vuelta rápidamente la perilla de la programación porque en este momento el *Adagio* te hace mal. Necesitas escuchar algo que rompa el desgarramiento y te quite esta sensación que te quema la garganta y te pesa sobre los hombros. Das vuelta a la perilla incrustada en el brazo del asiento y escuchas algunos acordes, continuas dándole vuelta. Ahora son frases musicales entrecortadas que no te dicen nada, hasta que la perilla se detiene y no hay más en dónde buscar. Te levantas entonces del asiento con brusquedad. La azafata tiene normalmente cigarrillos. Te aproximas al compartimento en donde preparan las bandejas pero cuando vas a llegar el aparato comienza a moverse, se enciende el *Fasten seat belts* y antes de pedir nada la azafata te dice que vuelvas a tu asiento sin escuchar lo que de alguna manera tratas de solicitar. Al darse cuenta sin embargo responde esbozando una sonrisa y te afirma que en tu asiento serás atendida en el momento oportuno. Como parece absurdo insistir vuelves con dificultad por el pasillo estrecho hasta ubicar tu lugar, sentarte y abrochar tu cinturón de seguridad.

En la frontera en que las pulsiones de la existencia pasan a otro estadio, en el instante límite en que la fascinación del vacío impulsa a la temeridad suprema, a ese espacio abierto y sin tiempo frente al cual toda la historia del hombre es debate, interrogación, cuestionamiento, aceptación de su precariedad, en ese instante,

¿dónde quedan los pensamientos?, ¿en qué espacio del universo?, ¿dónde las esperanzas, los lugares que no vio y que hubiera querido conocer, las alegrías que no tuvo y que pudo haber tenido, las palabras que no pronunció, los errores que no cometió, el cariño que no tuvo la posibilidad de recibir, el que no pudo entregar? ¿Dónde el amor, capaz de transformar la vida, cuando la angustia se apodera de cada músculo, cuando la inmensidad del mundo se vuelve superior a toda resistencia y el suicidio aparece como único reposo?

¿Cómo es posible ese tránsito a una edad en que no hay más horizonte que la vida?

El asedio a la muerte es un gesto vano: no es posible tener más certezas que la de su existencia. Sólo sabrás entonces que a partir de ese instante la vida de Agustina y la tuya caminarán por espacios diferentes.

El camino está húmedo por la llovizna reciente. A medida que avanzas vas esquivando las huellas de las carretas, saltando aquí o allá en donde hay mucho barro. Has subido el cuello del pulóver y estirado las mangas hasta los dedos casi. La frialdad de la piel no te permite sentir la superficie del martillo y el cincel, que aprietas en el puño, pero adviertes que están muy helados, mientras continúas por el sendero de los pinos. Amas estos días grises y te invade casi una alegría por ir a su encuentro. Han caminado tanto los senderos del cerro, la alameda. Juntas han descubierto las formas, los olores, las huellas de la naturaleza, el movimiento interno del vegetal. Tú siempre prefieres caminar. A ella le gusta dejarse llevar por el caballo o alentar su galope hasta que el frío golpee la cara. A veces observan la perspectiva que dibujan los árboles de la alameda mientras avanzan de espaldas, sentadas a la orilla de la carreta que los bueyes arrastran con lentitud. Entonces ella te cuenta historias que hablan de otras constelaciones que alguna vez conocerá o se ríen juntas de los apremios del amor en la gente grande que para ustedes aparece como una caricatura.

El cementerio no queda lejos de tu casa. Rodeas las rejas blancas y entras al mundo de las latas pintadas que cobijan a las flores traídas como ofrenda. Algunas están definitivamente oxidadas, otras han sido envueltas cuidadosamente con papeles de

colores. Al acercarte van emergiendo las cruces blancas y forman un pequeño horizonte que limita con los árboles del fondo. No hay lápidas aquí. Como el pueblo cercano, este cementerio es la expresión de un mundo humilde, íntimo, familiar. Te acercas a su lugar, marcado por la gran piedra de superficie lisa que te ayudaron a traer desde el río la semana anterior. Te hincas sobre el pasto que está recién asomándose porque está llegando la primavera y comienzas a tallar con el cincel su nombre.

No hubieras querido otro lugar. Tras el dolor del que aún ignoras la persistencia y el desgarró del que todavía no conoces la magnitud te gusta saber que ella está en todo lo que brota, crece y vive. No te asusta el invierno. Tienes la certeza de que los días de invierno y lluvia tienen para ella la plenitud de un estremecimiento necesario, la turbulencia de una vitalidad cósmica que se transformará pronto en germen, brizna, hoja.

Capítulo III

Las presencias múltiples, la Presencia, el brillo surgido de una infinidad de puntos que parecen tener pulsaciones propias rige los espacios del abigarramiento. Parecería un sueño estremecedor, la alucinación de una noche de vigilia. Nadie debe quedar impasible y para eso está construido el Altar Mayor de la Santa Prisca. Has encontrado entre los documentos y fichas estas reproducciones seleccionadas como materiales de ilustración: Santa Prisca, altares de Quito, iglesias de Minas Gerais, figuras del barroco jesuítico, y San Miguel, majestuoso en el fondo tras la cruz misionera, testimonio de los Siete Pueblos que los sacerdotes y los indígenas levantaron en la costa oriental del río Uruguay.

Nadie debe quedar impasible ante la grandiosidad de la Verdad enorme, única, incuestionable. La Verdad entonces lo llena todo con piruetas, parejas de ángeles que de cada lado sostienen la santidad, querubines graciosos que rodean al Corazón Sagrado del que surgen llamas apelando al Dolor y al Misterio. Brotan de allí también rayos dorados, la figura en forma de concha hacia arriba, el arcángel más abajo, en ropaje de soldado y alas, protegiendo, defendiendo, estableciendo la norma. Por aquí y por allá múltiples, los rostros de niños rosados y estáticos, alados, nacen de un universo de volutas, hojas seriadas, retorcidas entre óvalos, racimos, superposiciones con efectos de luz y oscuridad, brillo palpitante de la pintura de oro que impone su presencia. Y es la tensión de la multiplicidad que desborda casi pero que no lo logra porque en todo caso rige en el conjunto la dialéctica de la pluralidad y el

orden y pesa mayormente la estructura central, el orden imponente, indiscutible, no dejando lugar al cuestionamiento porque lo llena todo. Allí no hay espacio: el más mínimo vacío virtual está cubierto de voluta, hoja, multiplicidad rítmica, ritmada en la perspectiva del modelo barroco que es Europa y cuyos principios comienzan a ser manipulados por los artesanos indígenas. Ellos transforman, respetando el modelo y entregan las portadas, retablos, torres, cúpulas con ojos de Mundo Nuevo. El barroco, que se impone como organización de la verdad, comienza a ser descentramiento y pronto los arcángeles tendrán rostros cobrizos y perfiles indios del mismo modo como los momentos de la creatividad que necesariamente es libre frente al látigo se convierten en regodeos de floraciones excrecentes, generosidad de frutos redondeados, enredaderas, santos sangrantes y empotrados, productos todos de una mano que vive otros tiempos, otros ritmos, otras tradiciones, una mano que posee otro cielo.

El Barroco se impone en la Colonia, la estética navega con la Conquista para ser instrumento de autoridad, patrón, norma. Se instala e irradia desde puntos clave: desde Nueva España, Nueva Granada, Quito, Brasil. Pero siempre queda el espacio para la transformación y allí se juega el equilibrio entre la dominación, la norma eclesiástica y la mano de obra indígena, la mano autóctona que utiliza los resquicios mínimos de libertad para plasmar su impronta.

Hay algo similar en este movimiento en el orden central y teocrático y las pulsiones de la sociedad comunitaria indígena que es el principio organizador de los Treinta Pueblos, luego llamados Misiones. Allí los jesuitas de avanzada establecen un proyecto de sociedad diferente, de carácter comunitario, altamente productiva y con rasgos de autarquía en la zona guaraníca.

Ahora pisas la tierra roja de San Miguel. Aquí están las piedras, aquí el silencio salpicado de aleteos, trinos perdiéndose hacia abajo en la pendiente de la colina suave que le sirve de asiento y enmudeciendo en la profundidad de los bosques. Aquí la utopía tomó un nombre y se llamó Pueblos, luego Misiones. Avanzas hacia la iglesia, la construcción central en donde los apóstoles ausentes repiten en silencio amaneceres de igualdad fraterna como una

letanía y la campana tañe desde la alta torre el llamado al trabajo colectivo.

De este lado el Paraná, río de atardeceres dorados, más allá el Uruguay inmenso y azul perfilan la geografía del territorio y los jesuitas llegan aquí en un andar de adelantado porque España es incapaz de llevar su dominio militar a tierras guaraníes. Tampoco lo hace el Imperio Portugués sino a través de las bandeiras, los paulistas, diestros en cazar indígenas para la esclavitud.

Es la latitud de las lluvias torrenciales del verano, del calor, del invierno frío en las alturas, de la soledad húmeda de los yerbales, soledad de víboras e insectos, el lugar del trabajo común que los padres aprenden de la intimidad de la cultura indígena y que provee lo necesario para el Pueblo. Aquí la propiedad es de uno y es de todos, aquí se cuida y se castiga al infractor del bien común.

¿Cómo fueron los días? ¿Cómo los amaneceres?

Hubo días de guerra y días de trabajo. Tiempos en que primó la defensa y el Pueblo se refugió tras la muralla, se hizo oficio la industria de las armas y se enfrentó al paulista. No sería ya posible aprisionar al indígena indefenso, ponerlo a su servicio o venderlo en los mercados de las costas. Aquí les mostró su decisión, alentado por la transparencia de estas constelaciones. Alto al bandeirante y levantaron muros. Alto a la encomienda y el refugio fue la misión. Hubo tiempos de trabajo en donde la destreza construyó la permanencia, hubo surcos en las praderas, se ejercitó el aprendizaje y se hicieron a la industria. Tiempos en que el pueblo floreció, como los jacarandá en la primavera y salieron a la labor de los yerbales o al trabajo del ganado con la seguridad del sustento cotidiano, la enseñanza, la habitación, la salud cuidada por la organización comunitaria.

Ahora pisas el espacio rectangular delineado por las piedras. A un lado la iglesia. Aquí iluminaron el alma los candelabros de base retorcida. Más allá el lugar de las ausencias: la talla enorme de un santo de madera a escala humana, ahuecado para hacer posible su transporte, una virgen de tez rosada y ojos fijos que en además tranquilo parece despegarse de la base. Las avemarías son un coro al infinito de voces soterradas en donde escuchas ahora el tono mayor y definido del sacerdote que inicia y guía la secuencia hasta

evarla en cántico. Del otro lado de las habitaciones de escuela y hospital la edificación simétrica —ahora la piedra, la huella, la memoria— de las casas de tamaño regular, de proporción equitativa, en donde no hay más privilegio que la paz de cada uno y la de todos. En medio del patio, sitio de encuentros, el pregonero relata los acontecimientos que suceden a los otros Pueblos: los casamientos, la enfermedad del ganado, la muerte de un vecino y describe la magnificencia de la liturgia, el arte con que la madera tallada hace nacer el rostro de los santos, la belleza del libro que elaboró la imprenta artesanal.

Todo estuvo y todo desapareció, murió en la niebla como peldaños desandados de la edificación social, como eslabones rotos de la fraternidad humana, como construcción trunca de la posible utopía.

Ahora es la guerra, el desalojo, la defensa. Ni la Corona de España ni el Imperio en Portugal aceptarán este Proyecto. El movimiento te avasalla. La resistencia indígena es ejercicio de las armas, fabricación de flechas, de lanzas grandes y pequeñas, decisión que enfrenta el desalojo y cuestiona la autoridad de los sacerdotes que lo apoyan. Esta vez no son los bandeirantes, es el Imperio. No es el encomendero, es la Corona. Su acto supremo no es entonces de defensa. La saben imposible por la superioridad del armamento, porque conocen las incursiones en donde se aniquila a la población entera. Su acto es una protesta muda.

Los guaraníes se aglomeran en silencio en lo alto de la colina esperando la masacre. Al entrar a San Miguel el ejército encontrará a la iglesia desnuda: nada habrán dejado sus habitantes para el invasor. Las esfinges, las tallas santas de vírgenes, ángeles de rostro niño, apóstoles de gesto benefactor habrán sido evacuados del desastre, esparcidos por los bosques, enterrados en refugio seguro, escondida la creatura de una sociedad que fue sueño de equidad fraterna en tiempos de destrucción, triunfo para algunos de la humanidad, asiento en todo caso de otras utopías de justicia social, de paz. Muestran los documentos de la época que, anonadado, el capitán de invasores lloró sobre estas piedras junto a la iglesia vacía.

Guardas en el bolso las imágenes que has escogido para ilustrar el texto y cierras los ojos, estremecida aún por el idioma

sepultado que brota allí. Los muros de San Miguel se quedan ahora quietos, enmudecen nuevamente y permanecen en su postura de ruina, signo de la memoria, índice de otro tiempo, esplendor silente de la utopía.

Cuando abres los ojos un rayo de sol te ilumina las manos, se escurre por el dorso del asiento de enfrente y sale nuevamente por la ventanilla, como arrancado por una fuerza sideral.

La llegada del Gobierno Popular no es el término de la movilización sino su extensión y su apertura. A pesar de conocer la situación nacional el resultado de la votación envuelve al país en la euforia y lo sorprende. El futuro parece ahora tener la dimensión de lo próximo y es el momento de comenzar a construirlo. La población ha manifestado la necesidad del cambio y el acceso a la utopía, su forma de entrar al futuro, parece ahora una posibilidad concreta.

Hay lugares en el mundo en que considerar tuyas a las riquezas que produce el suelo es una situación natural. En estas latitudes hacerlo parecía como un peligro y su acción una subversión. Hay lugares en que tener derecho a una vivienda es una necesidad. Aquí exigirlo era delincuencia. En otros lugares comer es algo normal, incluso un placer, aquí era una excepción. Reclamarlo, un acto sospechoso.

Ahora los campesinos, los humildes, los desamparados tendrán la opción de denunciar, la posibilidad de opinar, de estar en desacuerdo, de poner en evidencia el fraude que se ha hecho ley. El gobierno popular significará abrir la posibilidad. Sobre todo eso: dar la posibilidad de participar a todos allí en donde se toman las decisiones que los afectan. La opción que se ha elegido es emerger como personas al destino de todos.

Es lo nuevo y diferente.

Pero es también lo que no quieren aceptar los dueños del poder.

La gente se agrupa en consejos, grupos comunales, de barrio, de fábrica, en federaciones, sindicatos, organizaciones que

ponen de manifiesto las necesidades de una sociedad que siempre y a pesar de todo fue solidaria, una sociedad que sobrevivió gracias a la ayuda mutua, al compañerismo. Ahora estas formas del comportamiento propio del país encuentran su modo, adquieren carácter, nombre, se plasman en núcleos incipientes de transformación hacia un mundo fraterno.

Construir el poder necesario para generar un estado diferente, signado por valores humanos. En los pueblos, en los lugares de trabajo, en los barrios, en el campo, en las minas la gente habla, discute, participa y sale a la calle a manifestar.

No tienen miedo. Avanzan con paso seguro sosteniendo pancartas, banderas, lienzos de colores, estandartes que identifican a los grupos. Estos contrastan con el color de la ropa oscura que visten, los mantos negros, grises, los pulóver burdeos que los arropan. De tanto en tanto se alinean en filas paralelas que de pronto se confunden en el tumulto. Cuando entras en el grupo una fuerza nueva te sostiene, te empuja, te absorbe en su corriente de euforia.

Muchos llevan un sombrero oscuro, negro las más de las veces, que levantan y agitan con una mano a guisa de saludo prolongado y alegre mientras gritan consignas en coro en medio de risas, aplausos y vivas. De pronto el grito es unánime, luego ruidos dispersos que no permiten distinguir sino el timbre gutural de las voces exigidas en su potencia mayor. Van uno al lado del otro hombres y mujeres, viejos y niños, campesinos, obreros, estudiantes, todos con una misma voluntad, con una similar preocupación a pesar de las diferencias grupales: construir una sociedad de justicia, consolidar esta posibilidad de expresarse.

Las pancartas se mueven en la memoria, flamean banderas como pequeñas manchas de sangre entre los cuellos blancos de las camisas, el floreado de las blusas jóvenes. Los niños pequeños escapan al amontonamiento encaramados en los hombros de los padres. Las mujeres están también allí: todos participan en la euforia, en esta expresión de voluntad común, en la mirada que se desplaza hacia el futuro.

Algunos grupos se cobijan bajo los árboles, apretujados, buscando asilo frente al sol inclemente cuando se hace mediodía y toman las bebidas que han traído consigo para calmar la sed

previsible. También las compran a los vendedores niños que se apresuran a realizar su comercio entre las filas de la manifestación.

En ese momento se produce un amontonamiento bajo los árboles, de donde brotan risas y silbidos. Un hombre barbudo, de vientre grande y de tez oscura pone con gesto ostentoso su chaleco como si vistiera un abrigo de pieles sobre la espalda y coloca un periódico a modo de sombrero sobre la cabeza. Sus movimientos imitan un contorneo carnavalesco de tacones altos, miradas al espejo, rouge de labios y rímel que reproduce en todos imágenes conocidas. Ríen entonces con fuerza, con ganas, con ingenuidad. Detrás de las cortinas de los ventanales hay en ese momento sin embargo ceños fruncidos que observan acechantes. Son ojos de gesto irritado que albergan el desarrollo de un odio secreto, nutrido por el espectáculo ofensivo de la voz de los que no deben hablar, por la expansión de aquellos cuyo destino es el sometimiento, por la estética herida de la belleza no codificada. Por el miedo de ver naufragar en el interés público el provecho privado.

Sopla de vez en cuando un vientecillo leve que alivia el calor y se lleva los olores pesados del agrupamiento: la transpiración, el polvo, inevitables en estas horas de caminata. Por debajo de la fatiga sientes que se viven las delicias del agotamiento voluntario, del cansancio que tiene una razón, una finalidad.

Las canciones se mezclan con los gritos, con las consignas, con las risas. De pronto un altoparlante acerca a los oídos de todos un himno conocido y es un coro enorme el que calla el chirrido del aparato y se eleva con impulso hasta el final de la avenida. Allí se encuentra en lo alto de una escalera el estrado desde donde agradecerá este apoyo el Compañero. Así lo llaman. Ha llegado a representar para las mayorías el acceso a participar y por eso lo han llevado a dirigir el país. Es el que dice con claridad lo que los desheredados piensan sobre la injusticia.

El clamor redobra y en lo alto, a la vista de la multitud, el orador se acerca al micrófono. Lo escuchan entonces silenciosos, esperanzados. De pronto estallan en aplausos, vítores, consignas que se disuelven en murmullo y silencio porque las manos del orador se levantan para pedir paso de nuevo al mensaje que continúa,

se va elevando suavemente en la afirmación, torna fuerza en el desafío, se modula con firmeza en la defensa.

Cuando la manifestación se disuelve hay en medio de la muchedumbre que retorna a sus casas una expresión de alegría, de esperanza. Hay ahora seguridades para todos: escuela para los hijos, trabajo, vivienda, hospital para los que no lo tuvieron. La vida parece tener una cara nueva y hay que hacerse de nuevo a ella porque también será necesario el sacrificio para llegar al futuro. Daniel no se deja sin embargo llevar del todo por la alegría de estos días. Él tiene la actitud defensiva del que avizora los peligros.

Los distintos sectores del país avanzan hacia una construcción social diferente en donde las desigualdades se transformen en organización solidaria y los logros en patrimonio compartido. Los campesinos, los pobres del campo y la ciudad avanzan en el acceso a reivindicar una sociedad nueva. Pero no hay que llevarse a engaños: este es un producto de luchas seculares y para seguir avanzando es necesario consolidar lo logrado, afianzar las conquistas, construir el poder desde la base social.

El enemigo está al acecho. El enemigo ya se está manifestando desde afuera del país y desde adentro y no va a aceptar entregar sin más sus privilegios. Es necesario afianzar la movilización que garantiza en la historia las grandes transformaciones. Defender al gobierno y defender el camino ganado hacia la utopía es para Daniel la imperiosa necesidad de esos días.

El espacio no es amplio: está más bien marcado por la longitud. Lo ciñe también la cadena montañosa que lo atraviesa a lo largo, veloz como un ferrocarril, de donde se levantan volcanes mayores que nunca abandonan la identidad de las cumbres. Lo marca del otro costado la inmensidad del mar, siempre dispuesto a empezar de nuevo.

Los grupos humanos fueron asentándose aquí de a poco, en forma espaciada y nunca se apropiaron del territorio en densidad sino de manera sobria, en pequeños destacamentos que echaban raíces allí en donde este podría abrir un espacio de futuro. Así surgieron los pueblos del norte, que en los años del apogeo salitrero conocieron el lujo, la fantasía de la ópera europea en sus costas, el rigor del trabajo esclavizado en el desierto. En el centro los

pueblos se fueron también asentando espaciadamente, en la amplitud del valle que lo conforma. Allí extrajeron minerales, fueron cultivando las tierras y plantaron alamedas. Luego se hundieron en el sur en medio de los bosques, siendo primero fuertes construidos para contener el ataque, luego ciudades que nacieron de la guerra, del despojo.

Los días del gobierno popular han cubierto de pulsiones nuevas al territorio.

Las calles de las ciudades han adquirido mayor dinamismo. El tiempo parece haberse ido transformando en un transcurrir ágil que está marcado por el grito de los diareros, el tránsito vigoroso de los camiones, de los automóviles. Ya más lejos del centro ellos combinan su ritmo con el de las carretas que se desplazan rápidas al trote de los caballos o en el sur con las que se deslizan al paso lento de los bueyes. El despliegue humano ha aumentado, son muchos los que compran. El aumento de los salarios ha ido a la par con el estancamiento de los precios y hay quienes acceden por una vez a los signos de la modernidad: es el momento de los aparatos eléctricos, del televisor.

En las ciudades dinámicas se ha visto surgir entre los rostros de la calle a nuevas fisonomías. El gesto habla de una confianza mayor: están participando en la vida del barrio, de la oficina, de la fábrica, de la comunidad. Hay viejas aspiraciones, antiguas reivindicaciones que parecían olvidadas y ahora comienzan a hacerse realidad. El campo ha sido puesto en la discusión nacional y comienza a expropiarse la gran propiedad, aquella que ofendía en su extensión y en su abandono a la pobreza rural. Centros especiales se ocupan de los problemas indígenas con una mirada que orientan ellos mismos porque participan allí con sus organizaciones y pueden hacer oír su voz.

Hoy se trata de que todos tengan trabajo, se trata de que las máquinas no descansen sino el tiempo preciso y para ello es necesario que las grandes industrias y los bancos se sometan al control del proyecto nacional. El desafío es producir lo suficiente para uno y para todos, asegurar el éxito de esta transformación y exportar lo necesario para poder avanzar. Habrá que construir caminos, alimentar a la población, abrir centros médicos, aumentar

las escuelas, salir adelante en el espíritu de un quehacer que humanice a la sociedad, la vuelva más solidaria, entregue dignidad a los abandonados de la historia.

En el país en donde la miseria se fue multiplicando con los años y fue imponiendo el ritmo de las epidemias cuya discriminación posee el tono de las jerarquías sociales, el presente aligera con su promesa el corazón y hace nacer la sonrisa. Las nuevas necesidades se colman, hay las que se atenúan, pero hay las que no pueden desaparecer porque obedecen a restricciones históricas. Los mercados no logran responder al acceso multitudinario y los dueños comienzan pronto a jugar la carta del desabastecimiento, manipulando con su poder y escondiendo las mercancías a su arbitrio.

El alimento desorganiza la vida cuando falta y cuando está allí organiza a los grupos en la sociedad. El cultivo de los duraznos, de la uva, de las frutas en el valle central diseña ritmos propios de existencia. El trigo desplaza sus territorios para no agotar la tierra, los alterna, los extiende a lo largo del país. Es alimento central en una cultura del pan que conoce poco de la carne y está de espaldas a la riqueza del mar. En medio de ellos el maíz aparece como un milagro. Brota de pronto en la pluralidad de sus granos que se multiplican en un transcurso veloz. Él no es aquí el origen de la vida, sin embargo en todo el espacio del territorio la colma de sabor.

Cuando los dueños de las grandes propiedades se dan cuenta de su poder abandonan el cultivo. Cuando la gran industria percibe la fuerza del aliento popular silencia a sus maquinarias. Es necesario jugar todo para detener este avance.

Temprano parten entonces los jóvenes al trabajo voluntario. Se les ve en las esquinas esperando a los autobuses. Las muchachas se visten de blue jeans y llevan encima una blusa blanca. Peinan el cabello suelto y un bolso les cuelga sobre el hombro, cartera artesanal que ilumina su aspecto de colores. Ellos tienen el cabello largo que lleva el espíritu de la época, usan también *jeans* y tienen la barba crecida. Se les ve caminar abrazados. Les espera una jornada plena, de las que ya conoces. Juntos sentirán que construyen para todos, que su cariño y sus vidas se prolongan más allá de ellos,

que no terminan en ellos mismos y será un día alegre. Organizarán seguramente algún centro de distribución de alimentos o irán a plantar árboles para un parque comunal.

En la escasez es común ver a las mujeres salir a buscar alimentos y distribuirse a lo largo de las colas. Allí conversan, se informan sobre la actualidad, narran las enfermedades de los niños, los días de hospital, cuentan de las últimas actividades de los barrios. Avanzan a ritmo lento mientras los estudiantes pasan apurados hacia la universidad. Los muchachos de los liceos se disputan por hablar, las voces suenan fuertes, en una actividad febril que inunda la atmósfera.

Tu madre transmite las noticias del periódico en voz alta. Son informaciones que impactan día a día. Hoy los yacimientos de cobre vuelven a ser del país. No se tolerará el enriquecimiento extranjero con los productos centrales de la nación.

Son medidas audaces, fruto de la necesidad de justicia y de la voluntad masiva que las respalda. Pero entonces, el peligro del Norte comienza a aparecer con mayor claridad. Desde temprano ha buscado el fracaso de esta experiencia y ya la historia refiere otras en que su acción ha sido exitosa. Sin embargo la alerta no suena en todos los oídos, preocupados como están en el movimiento interno y múltiple de la nueva construcción.

Ahora en el norte del país los yacimientos de cobre parecen un hormiguero en plena efervescencia. En distintos niveles de la tierra abierta al cielo como teatro griego circulan maquinarias, transportadoras, hombres de cascos fuertes que extraen el mineral como la pulpa dulce de una fruta que será utilizada en su integridad. El éxito está premiando este impulso que se lleva a cabo para el objetivo común. Nunca se produjo en tal cantidad y nunca el producto fue tan suyo.

En el sur la madera eleva castillos que se apilan en las estaciones esperando ser transportados. Irán a los sitios en donde se construyen las viviendas, los hospitales, las escuelas. La madera abraza la vida, la embellece y da el tono de la arquitectura al país. Levanta también las casas de los ricos en su expresión de material noble, capaz de trasuntar la historia, alentar las permanencias. Las casas de los pobres de la ciudad, por el contrario, se elevan como

documentos sin edad que sólo cubren las necesidades de la sobrevivencia. En el campo ellos levantan construcciones de adobe, el barro cocinado por el sol que perdura en su escasa nobleza, abriga y entrega un perfil de solidez a la carencia. En las primeras es el lujo el que promueve su permanencia. En las segundas su duración tiene la impronta de la necesidad.

Conoces todo el sur y sabes de la cultura del trigo y la madera. Has visto crecer al panadero del pueblo desde tu adolescencia y convertirse en el actor de las vidas humildes. La soberbia del carnicero no las alcanza. Sólo a veces los alimentos hervidos que constituyen su comida dejan presentir su existencia. Son vidas que giran en torno a la harina, a las papas conservadas durante el invierno y pocas veces cocinan el frijol tradicional.

A diferencia de otras costas, aquí el mar deja presentir la inmensidad. El mar es un coloso que abraza el territorio, capaz de permanecer en la paz del sueño profundo durante largo tiempo. Luego, cuando menos se espera estira sus brazos, abre su boca enorme de coloso y llena de costas su barriga. El mar es historia y es presente para los pueblos que viven a su orilla. Él no sólo ha entregado a sus habitantes el tono oscuro de la piel sino que ha impregnado su vida de sabores yodados.

Ahora que es necesario producir, los mercados se llenan de olores fuertes y amontonan los colores que brotan del vientre del mar: los cangrejos de movimientos lentos, los moluscos blandos, las algas propicias al guisado, la diversidad de peces de carne blanca y suave.

Es que la vida ha cambiado y en ella hay acceso a otros sabores. La presencia de la leche es nueva en la mesa cotidiana y en todos los aspectos de la vida es necesario ir inventando una existencia de la que nunca se había tenido la dirección. Los cálculos son precisos: en poco tiempo más desaparecerán problemas que se arrastran hace un siglo, habrá caminos suficientes y será entonces una sociedad diferente en pleno desarrollo de su riqueza, de su industria, en plena expansión de sí mismos.

Tal vez nunca tu actividad como la de los demás es tan febril como ahora en que cada movimiento se proyecta a un punto no definido pero cierto, en el futuro. Hortensia se ha vuelto en este

período más ágil. Pareciera que esta experiencia presente le reconstruyera el pasado que ahora mira con ojos ajenos y le impulsara a llevar la vida en plenitud.

Te levantas un momento cuando se desocupa el toilette. Necesitas refrescarte un poco las manos, la cara, tal vez el cuello. El cansancio del trayecto de tantas horas ha dado paso, ante la llegada que ya se experimenta como inminente, a una especie de excitación que se observa en el tono de las voces. Ya nadie duerme casi y la azafata viene desde la otra punta del avión con el carrito ofreciendo bebidas, té o café.

Aprovecharás que ella aún está lejos para ir un momento al baño. Al entrar allí te viene una oleada de olor a jabón. Al cerrar la puerta te das cuenta que es el perfume intenso del agua de colonia que parece impregnarlo todo a pesar de que casi ha sido vaciada del frasco que la contenía.

Te lavas las manos con rapidez y pasas la peineta por tu cabello para ordenarlo un poco y salir del toilette, cuyo aspecto ha dejado ya de ser agradable y muestra los efectos del trayecto prolongado.

Al sentarte nuevamente te colocas los audífonos pensando en buscar algo de música. Sin embargo hay especies de compases y formas de otra armonía que te suenan más fuerte y se te imponen desde dentro de ti misma. Permaneces con los audífonos puestos pero no los conectas, buscando el silencio que permitirá escuchar esta música que parece envolverte ahora.

Brotan entonces arpegios, compases de guitarra que van diseñando un canto colectivo. Las corcheas, las negras, los bemoles se hacen voces de grupos que abren resortes de una cultura nueva y vieja en donde se reconoce el país, el continente. De pronto los ritmos suenan a etnia, suenan a historia sumergida que sale de un escondite y explota en charango, en bombo, en instrumentos recuperados por una armonía que reivindica pertenencia.

Suenan más allá las frases musicales de otras percepciones en donde la piel negra guía los ritmos a través del bongó y los

compases sugieren una relación diferente de la sensibilidad con el espacio y su vida múltiple. Las canciones hablan de manos que se juntan, nuevos actores pueblan su poesía y se agradece allí la generosidad de la vida. Hay ahora instrumentos del altiplano que sugieren vientos secos, el sonido de la zampoña corta el aire para unirse a compases de barroco y levantar voces que expresan una profundidad de historia que se va poniendo en configuración estética. Son armonías nuevas en donde se experimentan los aires doctos para expresar espacios existentes pero inéditos de la cultura continental.

La música golpea con el bombo y te despierta latencias de otros días.

El carrito de las bebidas está ya a tu lado y la azafata te está interrogando. Pides un whisky mientras te sacas los audífonos a pesar de tu escasa afición a las bebidas fuertes, sintiendo que te será reconfortante.

No era más que un alférez del ejército colonial en el Brasil cuando se arriesgó a enfrentar el poder y a organizar la rebelión.

En los Autos del proceso de la Inconfidencia Minera, la sublevación traicionada contra el Imperio portugués, el documento de la sentencia contra Tiradentes expone en toda su crueldad el destino del insurgente:

Que sea conducido por las calles públicas hasta el sitio de la horca y que allí muera de muerte natural para siempre y que después de muerto se le corte la cabeza y se la cuelgue en un poste alto hasta que el tiempo la consuma: y su cuerpo será dividido en cuatro cuartos y colgado en postes por el camino de Minas, donde el culpable tuvo sus infames prácticas. Declaran al culpable infame, y a sus hijos y nietos, siendo sus bienes confiscados. La casa en que vivía será arrasada y se le echará sal para que nunca jamás en ese suelo se edifique.

Cientos de años más tarde, cuando la noción de modernidad parecerá haber dejado en las brumas de un pasado infeliz los trazos de la barbarie la persecución de la rebeldía adquirirá sin embargo rasgos similares.

Hay actitudes básicas del ser humano que como la muerte perduran.

Daniel circula ahora entre las sombras. Supo desde siempre que cualquier intento de construir un proyecto social de carácter popular estaría amenazado por el ejército. Ahora esto no era para él una certeza por el simple análisis de la situación en el que su agudeza se ejercía permanentemente. Un ejército formado en valores propiciados por el Norte y con sus prácticas realizadas en sus escuelas especiales poco tenía que ver con una sociedad de participación popular.

La esperanza residía en algunos oficiales que habían desarrollado por circunstancias azarosas y por una sensibilidad mayor una conciencia capaz de razonar en términos de la sociedad en general y no sólo de los intereses de su grupo. Había los que eran críticos de la obediencia jerárquica ciega, la que silencia a través de la orden porque ella es la única realidad. La obediencia que abriga a los que asientan su juicio sobre el honor de casta porque el prestigio se obtiene dentro de su grupo y a espaldas de la sociedad. Eran los críticos de aquellos que han elevado un distintivo, un uniforme, una jineta, un instrumento al rango de una filosofía de la vida de validez general. Lo lees en los documentos que te envían. No, no es el simple análisis el que le hace suponerlo. Ahora se lo ponen en evidencia los informes que su organización obtiene. Es así como advierte y denuncia el complot militar que busca derrocar al gobierno.

Han abierto resquicios y mantienen un diálogo dentro del ejército en un intento de hacer permeables allí los principios de discusión, de colaboración social, de democracia verdadera que apoye el destino que el pueblo quiere darse.

De pronto los altos mandos se han percatado y hacen de ello un escándalo mayor: hay prisión, expulsiones. Daniel y los suyos deben entrar en la vida clandestina.

Te enteras por las publicaciones, los diarios que traen no sólo la información sino también las descripciones, las búsquedas. No has terminado de leerlo cuando una angustia, que te acompañará desde ahora por mucho tiempo te asalta y te hace dejar el periódico sobre las rodillas. En ese momento pasa Pepa enfrente a ti porque se dispone a ordenar unas toallas en el armario y te pregunta qué es lo que sucede. Entonces le hablas de la universidad para no alarmarla, hasta que se vaya dando cuenta de a poco y le puedas explicar las cosas paso a paso. Se trata de que el dolor no le caiga esta vez con la violencia de lo imprevisto, que es el modo como a ella se le viene encima la realidad. No hay sólo el peligro que corre Daniel hoy —que él conoce y asume—, no es sólo la necesidad que hay de él en los instantes de desorientación. Hay aún más: la nueva situación indica que la relación con el ejército es difícil y el gobierno no logra manejarla. Las páginas siguientes del periódico hablan de renuncias de ministros, de lugar político para los militares en un intento de calmar la situación.

Ruido de motor entrando al jardín. Un golpe cierra con rapidez el grueso portón de madera de la entrada. ¿Es un lunes, un domingo? No lo sabes, todo es nebulosa ahora, memoria de la ansiedad. Te asomas a la ventana y reconoces los rostros apostados junto al muro. El gesto permanece suspendido, repetido tal vez algunas veces, y luego no llegas a saber hasta dónde juega la imaginación, si agrega o quita elementos, no sabes hasta qué punto es fiel, fidedigna, porque la calle frente a tu casa vuelve con insistencia, siempre, a través de todas las ventanas. Entonces instintivamente observas hacia uno y otro lado de la vereda por si algún signo delatara que los han reconocido. Sabes al mismo tiempo que es inútil, que pueden haberlo hecho desde dentro de las casas. Sin embargo la tarde en la sombra de los árboles de enfrente, en el cerro que da a la universidad, alarga sus figuras sobre la calle desierta y te tranquiliza.

Rodean la casa y entran. La estatura de Daniel lo llena todo. La voz, la risa que se disemina por el aire colmando todos los espacios, llenando todas las grietas del tiempo. Cuando llega, la existencia cambia de dimensión: se torna relativa, se vuelve juego, plenitud. Es como si se modificaran los espacios, las alturas,

las distancias y se transformara el tiempo. Son días y noches sin hitos. La conversación no persigue término, salta de uno a otro lado hasta que el cansancio agota y se duerme a ratos para luego de unas horas reintegrarse al huracán que Daniel lleva consigo. La conversación prosigue, la anécdota se atropella en la risa, en la fuerza de la vivencia. Pon la pistola arriba, lejos de los niños. No, sácale el cargador, y que las aprendan a usar desde chicos. Hay que enseñarles que en este continente uno no se muere en la cama.

Brotan ahora las historias del camino recorrido. La velocidad de su inteligencia avasalla, los argumentos adquieren peso, se acumulan con rapidez entre el estrépito inusitado de la risa y la claridad que se abre paso, en el atropellamiento de las frases de este hablar rápido que por momento se hace burla de sí mismo y reasienta su imagen en el ser humano. Cuando el agotamiento lo desploma y se duerme, la vida misma se desvanece y va a esconderse en los rincones.

Pertenece a una familia tradicional de la ciudad, familia de hombres fuertes, de destinos mayores. Ha dejado un futuro brillante y a los pocos pacientes de un posible consultorio médico para optar por la suerte de un mundo más amplio y difícil: el de los desheredados. La dirigencia universitaria en donde se inició fue formando al orador. El trabajo político nacional consolidó al analista, al creador de alternativas y así se le fue acentuando la agudeza de la reflexión, la intuición de las situaciones nuevas, el rigor de los juicios que no parece sin embargo contradictorio con su belleza varonil de adolescente, con la simpatía que proyecta en quien lo escucha y la rapidez del discurso, que sostiene el tono de la conversación.

No habla casi de ella. Sólo a veces sientes la mirada cómplice que ilumina una situación pasada, un gesto conocido que no logra develarse en la palabra sino sólo en el brillo de los ojos —los que viste por una vez llorar— porque el recuerdo del amor viene de lejos y aumenta el vacío, porque lo que fue sentimiento, pasión, deseo, ahora es memoria y amenaza con el dolor. Por eso cuando habla de ella transforma la situación y esquiva el daño volviéndola imagen colectiva: es ella regañándolo por no saber manejarse en casa, es ella rebelándose frente al hombre público, es

ella discutiendo sus decisiones políticas. Entonces les contagia de ternura y es afección compartida lo que les hace reconocerla allí, junto a todos, en la ausencia. La amó como era en esos días: no por el amor mismo solamente, que aparecía como un sentimiento banal, sino en el amor-para-algo, algo que aún no estaba definido, pero que se sabía mejor.

Eran tiempos de otra ética, dolorosa y sin embargo feliz: *El que te escribe no es un "ciudadano" y mi vida y mi familia estarán marcados por lo que soy.*

Las discusiones han cesado y ahora su palabra va conformando una situación, imaginando circunstancias, seduciéndoles en la construcción de una imagen que de pronto se destruye en un vuelco paródico repentino mientras estallan las carcajadas. Daniel es la capacidad permanente de parodiar la existencia. De dar vuelta los signos hasta la ridiculización de las situaciones para mirar la vida desde arriba con la fuerza del que está en ella y está más allá de ella al mismo tiempo. Esta relación con la vida, la del que está permanentemente jugándola es su seguridad, su equilibrio, su coherencia, su dignidad. Pero hay también una seguridad en lo inmediato que es goce de la existencia, que se humaniza en la ternura, se reafirma frente a la contradicción, se vuelve carcajada frente a la debilidad, adquiere aún más altura en la grandeza.

Daniel realiza una inversión permanente de los signos: parodia de la convención, parodia de la propia vida, de la propia muerte, de la propia parodia. Es la capacidad permanente de estar *más allá de*, en aquellas instancias en donde la conciencia no conceptualiza todavía, en la intuición de las formas de reflexión aún no formuladas. Está más allá de, siempre.

En público su palabra fascina al auditorio. Es certera, directa, cuando es necesario irónica y el discurso absorbe no sólo la percepción del presente mientras el tono interpela y el recinto vibra en tensión silenciosa bajo los focos que iluminan el enorme círculo del escenario. Asume también la dimensión del futuro señalando los peligros: no se conquista la patria de los desposeídos con buenas intenciones, lo que ya es grande pero no basta. El enemigo obliga a una contienda severa. La palabra veloz busca reposo

y el tono baja, luego de alcanzar timbre metálico en la denuncia, luego de golpear en la decisión.

Cuando Daniel razona el flujo de su pensamiento tiene la fuerza inexorable de un volcán, y como él es también a veces implacable.

¿Quién no lo es entonces? La sociedad vive las instancias de su transformación. Es el tiempo de los principios absolutos, del desasimimiento en función del futuro.

Pero ¿qué es el futuro?

No lo saben demasiado porque cuesta imaginarlo. Para algunos es la prolongación de este presente asentado en la renuncia y algunas frases de victoria. Es posible que haya para quienes sea ya el espacio de la ambición pequeña. Para otros es como un puerto lleno de graneros hechos no tanto de abundancia como de hermandad en donde todos tendrán lo necesario. Para otros es también un puerto en donde los objetos y las situaciones generan alrededor de ellas su comprensión, de modo que no habrá mentira, ni cinismo, ni falsedad. El futuro es asimismo una ensenada en donde los navíos emprenden viaje desde muelles cordiales y navegan ebrios río abajo o mar adentro, atravesando la tempestad de los cabos y sorteando los obstáculos del viento. Un lugar en donde los navíos son capaces de explorar todas las costas, navegar por rutas inexistentes y llegar a puertos que no han nacido todavía para volver al punto de partida con la riqueza del mundo hecha palabras y silencio.

Hay dolor y sin embargo cuando todo haya pasado habrás querido a veces experimentarlo nuevamente. Pero el transcurso habrá entonces transformado lo que fue entrega en distancia, lo que fue deseo en recuerdo en medio de una historia que como en el mundo del Inca habrá trocado el reinar en vasallaje.

Esta mañana de hoy, como la de hace algunos años atrás, permanecerá con nitidez en la memoria. En el primer momento no sabes aún cómo serán de definitivas estas imágenes y sin embargo ya están imprimiéndose como la memoria lacerante, la de los días aciagos.

Más tarde recordarás las concentraciones, las marchas en donde manifiesta la multitud. Volverá a los oídos la discusión de entonces, el gesto seguro, el airado, el de la duda, los momentos de la actividad intensa, presurosa. Intentarás saber, dilucidar, interrogándote sobre los errores, preguntándote qué se hizo de manera equivocada, en dónde encontrar la razón. No será la tuya sino la forma del desconcierto general y la interrogante de cada cual. No lograrás concluir entonces que lo que sucederá este día y los días que vendrán tendrá mucho más que ver con aquello que se hizo bien que con los errores cometidos. Tendrá mucho más que ver con la dificultad de romper con la subordinación, con las trabas inconmensurables que se imponen al pueblo que quiere construir su historia independiente.

Todo será entonces confusión la mañana que despiertas y al encender la radio para escuchar el primer noticiero mientras preparas la ducha suenan marchas militares. La sorpresa no es aún desconcierto hasta que al abrir las cortinas ves el convoy de camiones militares que avanzan por la calle, luego se detienen enfrente de la casa y comienzan los soldados a subir corriendo por el cerro que da a la universidad. No logras aún creerlo cuando las marchas que transmite la radio se callan para dar paso a los bandos con órdenes perentorias, a las listas de personas requeridas.

Más tarde, ya sabes, la muerte vendrá en discursos oficiales.

Entonces, lo ignoras aún, estás viviendo el instante inaugural de un proceso feroz, pero aún sin saberlo la angustia te empuja esa mañana hacia la universidad en donde pequeños grupos intercambian el desconcierto. Un poco más lejos pelotones de soldados van una a una allanando las facultades y las pilas de libros y documentos elevan sus humaredas en distintos puntos del campus.

Luego son los intentos de comunicación, las búsquedas frustradas, los teléfonos que no se descuelgan o la voz desconocida al otro lado de la línea. Entonces la vuelta a casa, el único recurso de la radio que no hace sino aumentar la inquietud. Después la espera, el vacío interminable, la ciudad tomada y la imposibilidad de salir.

En la provincia no está la imagen del palacio en llamas cuyo signo imprimirá en las pupilas del mundo el vuelco de la historia en el país pequeño y lejano que quiso transformar la vida. No está.

La imagen se hará tuya, se hará vuestra días más tarde, mucho más tarde a través de los periódicos.

De entonces la memoria guarda sólo el sonido de las marchas militares, los uniformes a través de la ventana, los bandos, y de pronto, borrosa y en medio de ruidos de explosiones la voz del Compañero pronunciando sus últimas palabras a la historia.

Luego, un poco más tarde, la información escueta de su muerte.

Entonces es el gesto, la mano que cierra aquí las persianas con brusquedad, la que abre allá levemente la cortina por momentos para atisbar el movimiento de la calle, los papeles que se queman, los golpes en la puerta, las carreras, los trayectos sigilosos, el ruido de los jeeps patrullando enfrente de la casa, los allanamientos en lugares próximos, los disparos en la noche, las declaraciones sobre el levantamiento nacional, la esperanza en los focos de resistencia, los rumores, las noticias murmuradas y entregadas al pasar, los mensajes de Daniel en papel de cigarrillo.

La primavera parecía pronta a comenzar cuando explotó en flores blancas la madre selva del jardín. Sin embargo ahora los días son grises y el aire transporta estremecimiento. Ha comenzado la secuela del horror, de la persecución encarnizada y de la muerte que se dispensa en fugas simuladas. Según circula la información la población está sitiada en permanencia, requerida, allanada. Cuando se llega a los estadios deportivos comienza el maltrato, el fusilamiento. La tortura intenta pronto cobijarse en lugares clandestinos.

Allí se detiene el recuerdo y luego son secuencias repetidas. De allí intentas ahora asir los retazos de las sombras, iluminar los fantasmas, sacarlos de los resquicios del alma para poder emprender, al fin, la reflexión. La memoria se resiste sin embargo y sólo te trae ahora rostros jóvenes, alegres aún, que no volverás a encontrar sino llevados al estatismo de una fotografía hecha consigna: ¿dónde están? Es que frente a la fuerza de ese tiempo el presente se vuelve ahora desarraigo. La intensidad del tiempo inconcluso te absorbe en el instante con la plenitud de su sentido. De súbito todo parece ajeno en este lugar, los asientos reclinables, el paso de la azafata arreglándose el cabello y ahora eres palacio ardiendo,

eres gente golpeada y arrancada de un lugar a empujones, eres instante y permanencia de la angustia y de nuevo el dolor en la boca del estómago que te obliga a inclinarte hasta tocar con la cabeza el asiento delantero y permanecer así con los ojos cerrados.

Los años te alejan de los sucesos y sin embargo es tu presente, tu tiempo plural y segmentado.

Ahora llegan. Ya llegan. Las botas suenan fuerte en la calle enfrente de la casa. Los esperas vestida en medio de la noche porque sabes que tarde o temprano lo harán.

Cuando entran la sensación es curiosa y te sorprende porque no es tanto el temor como la fuerza y el desprecio. Hortensia ha ido al campo a reponer los destrozos de sus múltiples visitas. Pepa ordena y esconde en esos días fotografías familiares con un celo feroz.

Ya no temes. Algo de lo que sientes se disipa al verlos entrar pálidos con el fusil pronto a disparar y la mirada temerosa hurgando en los rincones. Ya te das cuenta de lo que buscan y sabes que no lo encontrarán. No sabes en concreto dónde, pero sientes la íntima confianza de saber a Daniel en lugar seguro y esta sensación fugaz te llena por dentro de calidez. No lo encontrarán, sabes y te invade una fuerza de donde surge el desafío. Entonces corriges la ortografía del papel que te obligan a firmar antes de irse, ya no sabes afirmando qué.

Más tarde vendrán las amenazas, los plazos, las presiones.

No podrías decir qué es lo más permanente en la memoria de esos días. Si ahora intentas reflexionar encontrarás seguramente detrás del palacio en llamas la posibilidad infinita y sórdida del poder total. También la inconmensurable dignidad que un día puede marcar en el destino de los hombres.

El señor del abrigo y el sombrero se ha dormido allá enfrente. Su cabeza cae hacia el lado del pasillo y deja ver una calvicie bastante avanzada. No tiene el cabello corto sino que el corte se prolonga en ligeras ondulaciones grises hacia atrás. Ha dejado el periódico sobre sus rodillas y las manos blancas apoyan todavía sobre él la punta de sus dedos largos. Los anteojos le caen, despreocupadamente, sobre la nariz.

Hija: cuesta empezar una carta porque el recuento de lo que deseamos expresar se agolpa en la cabeza. La escritura es en un comienzo incierta, como la de las primeras carillas que recibías después de salir del país: acumulación de sentimientos, de informaciones, pluralidad de ideas que se superponen. *Hija: cuesta empezar una carta,* los trazos son inseguros, las líneas de la escritura se desnivelan.

Comprenderás cómo deseo que estés cerca. El sentimiento nace tembloroso y se vuelca, desborda por entre las frases buscando las ideas hasta lograr retenerse en un tono que encuentra serenidad. Entonces es *a veces casi me alegra saberte lejos porque aquí las cosas no cambian.*

Luego la información escueta: *te lo digo porque lo sabrás de todos modos. Pero no te preocupes, es como que vivirlo me entregó más fuerza. Es por Daniel, no por lo que yo pueda hacer, que a mi edad es tan poco.* Ahora tiemblas tú mientras la escritura se va afirmando y las líneas comienzan a deslizarse con mayor fluidez. Es la reflexión la que entrega seguridad a la mano que escribe y da el tono del análisis. *Sin embargo hay quienes nada parecen percibir. Ellos obtienen el dinero con rapidez, encuentran alimentos y objetos de todas marcas. Hay centros comerciales de lujo y ostentación que entregan la ilusión de ser modernos. Ellos viven la fantasía que pagan otros con la oscuridad.*

Entonces va develándose la Hortensia que crece al ritmo del horror: *Quisiera contarte cosas y cosas. Aquí tenemos talleres. Trabajamos por los derechos humanos, tratando de perder el miedo. Está habiendo una conjunción de fuerzas y es a lo que hay que aspirar.* La lucidez no se proclama como tal ni hay en ella la más mínima manifestación de autosuficiencia. Hortensia es la humildad del trabajo no evidente, sostenido, casi impersonal y confluyen en torno a ella otras voluntades, también anónimas que no aspiran a mayor nobleza que la de la verdad.

Luego el tono vuelve a la inflexión íntima y la escritura absorbe dimensiones queridas de la vida familiar: *La semana pasada fue la cosecha de papas y el mingaco. Fue bastante gente y te recordamos.*

El lado próximo al estero lo estamos haciendo limpiar de las malezas. También los manzanos fueron cercados para que no

entren los animales. En estos días empezarán a sembrar. Hemos hecho almácigos para tener plantas de pino este año.

Ojalá vuelvas pronto.

La memoria de su descubrimiento te trae aún una rara impresión, difícil de situar en el terreno resbaladizo de las profundidades de ti misma. Nunca supiste si eran celos esa especie de angustia que acompañaba en ti la construcción que observabas del nuevo espacio de su independencia, era en todo caso una sensación difícil de definir.

Fue en tiempos del gobierno popular. De pronto te percaste que Hortensia se estaba volviendo más joven que en tus recuerdos de infancia. Te fue sorprendiendo poco a poco encontrarla en grupos de trabajo anotando empeñada sus tareas. Tuviste que aprender a escuchar hablar de ella como cuando se habla de los otros y a observarla departiendo su ternura con la gente simple en quienes respiraba seguramente el gesto certero y elemental de Luisa, la casa de los patios grandes, la riqueza del jazmín del cabo. También te diste cuenta que esa mujer de mirada limpia cuya naturaleza evidenciaba olvidos frecuentes te leía versos en la infancia porque era lo más suyo y necesitaba comunicarlo. Entonces entendiste que era poeta, y aprendiste que la poesía no es una forma de escribir sino una manera de vivir la vida.

Ahora poco quedará por decirse.

O tal vez todo.

Lo han conversado largamente a pesar de la premura del momento y no puedes permanecer en el país.

Falta una decena de minutos para que el auto que habrá de llevarte al refugio de la embajada en donde todo está previsto se estacione enfrente y tengas que salir.

Pepa te ha abotonado el abrigo que llevas puesto. Lo ha acomodado en algunas horas previendo el nuevo clima en el que habrás de vivir. Te es difícil saber qué es lo que pensó cuando lo hacía, planchando las últimas arrugas por tercera o cuarta vez y sentiste que se aferraba a la perfección de lo que estaba haciendo, que allí residía en ese momento su seguridad. Luego quiso despedirse rápido. Te abrazó arreglándote aún el cuello de la blusa al

acercarse, se fue hacia adentro de la casa y escuchaste girar la llave de su cuarto.

Ahora tú y Hortensia aguardan en silencio porque pareciera que cualquier palabra será vacía, repetitiva, que nada podrá absorber la intensidad del instante. Es por eso que te sorprende que de pronto ella rompa la quietud y sientes un súbito temor ante la aparición de algún dramatismo extemporáneo o tal vez algún atisbo de banalización que arruine la sobria dignidad de este minuto.

Cuando te das vuelta a mirarla sin embargo percibes que la ternura te hará aceptar cualquier gesto y sientes que hasta el más íntimo tomará para ustedes el lugar cómplice del ritual adecuado a la separación.

Su voz brota entonces tranquila y el timbre es dulce.

En estos días he recordado una historia antigua que leí entre tus papeles cuando los copiaba a máquina. Era la historia de alguien llamado Tupac Katari que se levantó con las comunidades en contra de los colonizadores. ¿Te acuerdas de ella?

Cuando lo apresaron lo amarraron a cuatro caballos como lo hacían entonces y lo despedazaron, enterrando su cuerpo en los cuatro puntos cardinales para que no lo pudieran reconstituir. Pero allí en donde vivió la gente piensa hoy que ese cuerpo destrozado crece bajo la tierra y así llegará un día en que no vuelva uno sino muchos y ese día serán miles los que restituyan al pueblo aymará su dignidad.

Permanece callada un instante. Es lo que habría que creer, agrega. Entonces mira la hora y se levanta porque escucha ruidos de motor afuera. Tú no logras moverte sin embargo. Abre de un lado levemente la cortina y se ve un auto negro estacionándose con lentitud enfrente de la casa. Ahora se vuelve hacia ti con su mirada transparente y te sonríe con calma porque todo está sucediendo de acuerdo a lo previsto.

Cuando te acercas a besarle la mejilla te pide muy bajito que te cuides, como si alguien pudiera escucharla y tomando la manilla con firmeza te abre la puerta de salida.

¿Qué escuchas entre el ruido sordo de los motores? ¿Quién habla ahora en la memoria?

Juan Antinao ha sobrevivido.

Las semanas, los meses se han escurrido en una espera sin destino durante el primer tiempo, el que mira permanentemente al país lejano. Los instantes del estremecimiento son entonces el reconocimiento de un rostro familiar, el dato mínimo que permite reconstruir una situación y las alegrías que se sitúan en el espacio del recuerdo. Las escasas noticias que circulan sobre lo sucedido en la zona mapuche en los días del golpe militar han sido más bien oscuras y nada has sabido de él hasta la información reciente. Es por eso que ahora arreglas lo necesario y viajas por el día al país vecino para encontrarlo.

Juan ha logrado salir desde la prisión por una gestión de la iglesia. Te lo explica cuando caminan por la calle hacia un parque que él conoce y en donde podrán conversar con tranquilidad mientras mira a su alrededor con el descreimiento de quien observa un mundo inútil.

¿Dónde están las araucarias enormes con las copas que penetran en las nubes? ¿Dónde el ruido del cuerno? ¿Dónde su dignidad de líder de presencia aérea en medio de la multitud? ¿Dónde su agilidad de lince buscando las avellanas? Una especie de vértigo te hace cerrar los ojos por un instante. Hay algo de desgarrador en ver a Juan en este medio.

La travesía no es larga y cuando llegan al lugar elegido entiendes por qué Juan te trajo aquí. Los parques ingleses son únicos en su informalidad porque su refinamiento es capaz de valorar la rusticidad de lo natural. Hay senderos marcados entre el pasto ya crecido por los que se internan hasta encontrar un lugar en altura y despejado desde donde el espacio verde ocupa todo el paisaje y la ciudad parece no existir.

Hoy quisieras que Juan se encuentre a tu lado en este regreso. Sabes que a él le es más necesario tu lugar. Sin embargo es claro que su retorno sólo será posible en la etapa próxima, aquella en donde la grandeza tendrá que tomar el nombre de fraternidad para que después de enjuiciar la jerarquía de la culpa se vuelva a encontrar la unidad primera del país.

Juan no te habla de sí mismo. Su largo monólogo estará referido a su compañera, la que lo espera en una casa de suburbio, la que sabe que nunca aprenderá esta lengua y encuentra que la harina de este lugar produce una masa de consistencia elástica que no es buena para amasar el pan.

Todavía lo logras escuchar si logras abstraerte de la conversación ruidosa de los alemanes.

Celia del Carmen, dime la verdad. Dice que no olvidará su rostro ni sus manos enormes apretándole los brazos. El ceño de Juan se endurece y en los ojos percibes un aire de angustia que no le conocías. Su mirada pareciera remontarse a segundos o terceros planos de la percepción.

Venía al campo de concentración a verme. Decía que era mi mujer y no podía dejarme solo. Hasta cuando me fueron a buscar salió corriendo detrás de los caballos a los que me llevaban atado.

El viaje era largo, desde lejos ella veía las alambradas y el corazón se le ponía contento a pesar del lugar.

Iba a tomar el bus ese domingo en la mañana. De repente dos hombres la esposaron. No atinó a gritar pero trató de soltarse, golpeándolos, mientras la gente no hacía nada, mirando para otro lado.

La pusieron en un auto y le vendaron los ojos, pero ella sabe que la llevaron al mismo campo en donde estaba yo porque conocía el camino de memoria. Además, hacía viento en el campamento esa noche y sentía sonar los pimientos de la plaza.

Le repetían el nombre despacio varias veces y le decían que dijera la verdad, que diera los nombres de los que iban a la casa.

Al despertar reconocía la voz de nuevo. Dice que la reconocería en cualquier parte, hasta con los ojos vendados.

Habrá pasado un mes y la sacaron de allí siempre con los ojos vendados. La hicieron subir dos tramos de escaleras. No sabe para dónde la iban a trasladar cuando saltó del auto.

No es un asunto de placer, no. Sin embargo, al encender el fósforo ya lo has puesto en la boca, arrancándolo del paquete que te ofrece la azafata allí sobre el asiento de al lado. Te apoyas hacia atrás. No, no es un placer, nunca fue menos un placer que esta necesidad de ahora. Inclinas la cabeza y dejas escapar el humo de

a poco, sin formar volutas. Lo dejas escapar, cierras los ojos y es la sensación de cierta tranquilidad.

Ahora mientras lo miras entre los dedos consumiéndose de a poco te das cuenta de qué es lo importante en esta ansiedad con que lo aspiras. Es el compás de espera. Eso es. Desde el momento en que lo enciendes se abre un período, un lapso necesario en donde tu estar allí adquiere un sentido concreto. Una duración a la que te puedes aferrar. Estás fumando un cigarrillo, eso es todo.

Los gestos, el tiempo, el movimiento con que lo llevas a los labios, la mano colgando del lado izquierdo, todo va llenando un espacio.

Te inclinas para dejar caer la ceniza, que forma un pequeño bulto grisáceo en el fondo del cenicero. Otra bocanada y ya, prácticamente el plazo se habrá vencido. La muerte de los lapsos, de las justificaciones. Aspiras el humo del último centímetro antes del filtro anaranjado, saboreando en los pulmones la intensidad del instante porque en el próximo segundo, cuando lo acerques al cenicero y lo aplastes en el fondo el paréntesis se habrá cerrado.

“La justa guerra es causa de la justa esclavitud”, —la afirmación de Sepúlveda, el opositor a Las Casas consigna la justificación del horror—

la cual contraída por el derecho de gentes lleva consigo la pérdida de la libertad y de los bienes (...) No hay ninguna razón, de justicia y humanidad, que prohíba dominar a los mortales sujetos a nosotros, ni exigir los tributos que son justo galardón de los trabajos, y son tan necesarios para sostener a los príncipes, a los magistrados y a los soldados.

La España de donde viene el conquistador es ciertamente una nación desgarrada. Es la del Santo Oficio y al mismo tiempo la de los sermones humanitarios. España de campesinos famélicos y encomenderos, de siervos de la gleba y adelantados.

La historia de la colonización es una historia brutal. Es por ajenos intereses sin embargo que se construye la leyenda negra, la imagen de la atrocidad de su colonialismo porque son intereses también imperiales los que la levantan y sus empresas colonizadoras llevan el mismo signo.

La España del conquistador es la Iberia divorciada entre la riqueza cultural del al-andalus y la influencia cristiano-occidental del norte. Es el drama de una nación persistentemente feudal enfrentada al transcurso inexorable de la modernización que no logra asimilar. Es la España de Iglesia y señorío frente a la del hambre y el espanto.

El conquistador, el adelantado llegan a América por la imposición histórica del desarrollo del mercado. Sin llegar a reflexionarlo de este modo así lo asume sin embargo. Huyendo de un medio que no le ofrece perspectivas se impone en América como fundador, cargando la Edad Media a sus espaldas, junto al Santo Oficio y al signo de la acumulación originaria.

Es por eso que las ciudades que va dejando a su paso están marcadas por el sello de su empresa. En ellas va delegando su necesidad de posesión.

Son primero ciudades-fuerte que le facilitan la acometida y la defensa. Son luego ciudades-emporio en donde la mercancía llega de ultramar para aprovisionar a la empresa. Son ciudades-puerto porque lo fundamental no es su integración a una idea de la sociedad posible de construir sino su ligazón a la metrópoli. Desde allí se embarcan los primeros cargamentos del despojo en oro, plata, perlas.

Esta es la razón de predicar una guerra justa y una justa esclavitud.

¡Capitanes, mexicanos... venid acá! ¡Qué todos armados vengán: sus insignias, escudos, dardos! ... ¡Venid acá de prisa, corred: muertos son los capitanes, han muerto nuestros guerreros!

El tono desgarrado que registra el *Códice Florentino* anticipa la lucha de los siglos que vendrán.

El día aquel de la reunión en la editorial —tu lugar de trabajo— todo pareció llegar al paroxismo.

Fue un momento antes de entrar que recibiste la llamada con la noticia de la que hablaban en ese momento los informativos: la noticia con la muerte de Daniel. Allá, al otro lado del mar. En el país mítico que los periodistas observaban con interés.

Enfrentó a la dictadura, te dijeron en el teléfono, se defendió durante dos horas.

Nada pudiste hacer. Nada podías pensar sino la intensa palidez y la mirada perdida. No lograste en ese momento excusar tu ausencia. No habrías sabido qué explicar ni cómo. No sólo era necesario hacerlo en otra lengua y no sabías si serías tan sólo capaz de balbucear la tuya sino que frente a la formalidad de tus colegas parecía absurdo hablar de cariño, de familia, de dolor, de amistad, de Agustina. Entraste con paso de autómatas, empujada por el anodamiento. No sabes si también por la inercia, por un absurdo sentido del deber o porque salir a la calle era aún peor.

Era una reunión destinada a la organización del material.

Comenzó entonces una discusión sobre la cantidad de resmas de papel que era necesario hacer traer de las bodegas y las alternativas de utilización para disminuir los gastos de material. Todo carecía de sentido. Cada frase marcaba las sílabas de su banalidad y la angustia comenzó a destrozarte el pecho, a cerrarte la garganta hasta obligarte a toser. Querías subirte sobre la mesa y gritar. Decirles que nada te importaba de este lugar, que no querías estar aquí, que te habían obligado a partir. Decir que allá, del otro lado del océano estaban matando a gente como ellos. Gente que sentía, amaba, reía. Que morían y morían. Que Daniel se había lanzado de frente, como siempre, pero esta vez al infinito.

Una granada de mano y siguió respondiendo herido. Luego las descargas, te explicaron por teléfono.

Brota la sangre a borbotones de la víctima propiciatoria y el guillatufe, ejecutor del rito la está recogiendo en los platos de madera que se han elegido para la ocasión. Luego comenzará las aspersiones, untará los objetos y en el altar sagrado seguirá el orden que observan expectantes los círculos concéntricos. Realizará la mezcla con la chicha de maíz, el mudai, que ahora se disuelve en

la sangre caliente y se dejará allí como ofrenda el tiempo suficiente para que transmita su fuerza al Dueño de la vida, la fecundidad y los hombres, y también a los dioses menores. Luego la beberán los participantes y adquirirán la vida de la naturaleza en flor.

Los cultrunes marcan el rito y se escucha su golpe sordo acompañado sólo por el sonido múltiple de las pifilcas. En el fondo, las puntas nevadas dejan erguirse al volcán mayor que espera, atento, magnánimo, casi encorvado en su grandeza. Un aleteo de tordos cruza el espacio y lo deja vacío, abierto el azul enorme en donde habita Ngenechén.

Han llegado los hueupin en caballos blancos al galope, los dueños del decir, los poetas, mientras la multitud se acomoda en círculos concéntricos de acuerdo a su función. El hueupife trae junto a su cabalgadura una bandera azul y blanca, la estrella y la luna. Su llegada es esperada con atención por los participantes porque él posee el conocimiento, porque es el que recoge la palabra y la transmite. Cuando se dirija al infinito sabrá honrar con su sabiduría al que domina a los hombres y a la tierra.

Mientras el guillatufe extrae el corazón aún palpitante y siguiendo el orden del ritual lo cuelga en las ramas de maqui suspendidas en el extremo del rehue se escucha comenzar el galope de los caballos. Las vueltas circulares ahuyentarán a las fuerzas del mal, a los huekufe, a las kalku, las brujas malhechoras.

De este modo los dioses serán propicios. Ngenechén escuchará a su hijos así como es bondadoso y frena la fuerza de los vientos del sur.

Entonces la rogativa alcanzará también al espíritu de los jefes muertos, los que caminan junto a los hijos de los dioses en tanto los ayudantes del sacerdote ritual estén atentos en mantener los fuegos ceremoniales.

La lámpara que cuelga en el techo de la habitación parece girar en redondo y tu mirada trata de descansar en el ventanal amplio que se abre a los techos ajenos, a las chimeneas múltiples de la ciudad. El ceremonial se transforma. Se vuelve ahora rito funerario. El corazón te late en el pecho y te retumba en los oídos como un cultrún mientras la voz del hueupife comienza la alocución.

Se dirige a Ngenechén, padre y reina anciana, el que los ha engendrado, el que los ha parido. Invoca a los abuelos, a los antiguos con solemnidad. Ellos ayudarán al guerrero a alcanzar sin tropiezos su destino, logrando escapar de las fuerzas oscuras.

El compañero, el hermano —peñi— nació del Biobío, el río ancho, arenoso y enorme que guarda la faz tranquila mientras corre violenta en su interior la fuerza de los remolinos. Allí aprendió la lluvia, el rocío y escuchó el canto de los grillos. Nació del amor que hacen los helechos con el vuelo de las gaviotas cuando la tempestad las aleja del mar. Vino a la vida como brotan los copihues: rojos, frescos, vigorosos y fuertes. Aprendió la música del agua y el balbuceo de los pájaros en medio de los pinos.

Ese es su linaje.

Olió desde temprano el perfume de la madera y la vio salir desde la sierra convertida en castillos para proteger su pulpa aún fresca de la lluvia y la humedad. Supo desde niño escalar cerros, atisbar el paso de las liebres y su agudeza le hizo entender pronto que pertenecía al suelo de Arauco, el que fue libre y poderoso.

Él creció junto al río en un paraje de historia. Allí el mapuche detuvo al invasor y el Bío Bío fue la barricada. En las riberas se educaron sus hijos en el manejo de la flecha y la copa de esos árboles midió el tiro de la honda.

Allí los abuelos detuvieron la invasión porque supieron de su crueldad. Entonces bajo el humo, el fuego y el polvo, bajo el ruido de los arcabuces arrasaron la ciudad. Ni mallas ni corazas resistieron el golpe de la maza y fueron todo furia, todo corazón y un mismo pensamiento.

Él se educó en el rumor de la historia que le entregaron el río, los cerros, los avellanos y escuchó el estrépito de las batallas subir hasta las estrellas. El viento del océano oloroso de algas le susurró la altivez. Entonces el arrojo y la dignidad esculpieron su corazón, que era puro como el aire.

Es por eso que desde temprano vio al minero hundirse en la oscuridad subterránea en donde duerme el carbón y se preguntó si era justo. Vio al campesino estremecido por el frío de los amanceres llevar el arado tras los bueyes y se preguntó si era justo. Vio el trabajo de alquimia con que los altos hornos transforman

el hierro en acero líquido. Vio a los trabajadores sudorosos. Los vio desasistidos y continuó preguntándose. Vio a los niños, a las mujeres, a los ancianos de la miseria: no podía ser justo y había que cambiarlo.

Ahora, cuando se mezclan las ramas del canelo, su aliento, su anhelo, su espíritu subirán a las alturas del volcán, allá en donde crecen las grandes araucarias. Subirán y se harán parte de él para salir de su boca cuando este arroja humo, cenizas, piedras, lava ardiente. Pillán saldrá de la boca de los volcanes convertido en trueno.

No. No eres tú misma. Es la mirada de Agustina que conduce ahora a Daniel en los ritmos que gobiernan el silencio.

Lo tuyo son preguntas sin respuesta. No podrías formularlas aún porque son más el sentimiento vago de la urgencia de la vida, de la vocación a la historia que ignora la dimensión del placer, de la grandeza del gesto cotidiano, del tiempo implacable que vuelve relativo lo absoluto, de la ética fundamental y la historia concreta de los hombres. En medio de los interrogantes se reitera el silencio y Agustina calla por segunda vez.

Todos los rostros se vuelven hacia ti en ese momento y sientes los ojos alrededor de la mesa esperando una respuesta. Entonces eres tú quien los interroga con la mirada y alguien repite la pregunta. Ahora recuerdas una respuesta vaga, casi sin hilación. La discreción debió hacerles obviar la discusión. La memoria te traerá la imagen de un café puesto enfrente de ti para reconfortarte. Sin embargo vives el instante del extrañamiento sin límites y pensaste que nunca habrían sabido qué sucedía en ese momento al otro lado del mar, en ese mismo instante, cuando su cuerpo estaba destrozado por las descargas y aquí las resmas de papel debían llegar a la imprenta al día siguiente.

La azafata se inclina para entregarte formularios de aduana. Te explica algo brevemente y sigue hacia el asiento de adelante con el mismo gesto y la misma explicación.

No te decides a llenarlo aún y lo dejas sobre la mesa del asiento de al lado.

Supiste entonces que debías partir. Buscar un lugar más semejante. Un lugar en donde estuvieras concernida. En donde esta agresividad injusta desapareciera. Buscar la proximidad de la risa, del habla, la proyección de algo que tuviese que ver con lo que habías vivido.

Es por eso que volviste a cruzar el mar.

Estás a punto de dejar de lado los audífonos cuando una salida de bronces te levanta, elevándote hasta la nota única de una flauta que se pierde luego en el pronto y renovado embate de los vientos.

Aquí está, exactamente lo que quisieras ahora escuchar. El viejo Stravinsky. Te los afirmas con dificultad, recriminando al fabricante y elevas un poco el volumen.

Había que tener fuerza para romper con tanta cosa junta. Pero fue un momento de lucidez. No de un hombre sino de un mundo. De todo un comienzo de siglo, que en realidad no rompió sino que irrumpió. Y Picasso glorificó al arte ibero y Apollinaire a sus fetiches de Oceanía y de Guinea según pudiste ver en las exposiciones a las que te dejabas arrastrar en los primeros años. Así Stravinsky le impuso al mundo la apología de la Rusia bárbara. Ellos hicieron, sin saberlo tal vez, la valoración de las culturas marginales. Hicieron anticolonialismo sin darse cuenta. No se trató de la óptica deformadora que consideraba al universo no europeo como exótico. No se aproximaron a las culturas marginales: las incluyeron. Y el mundo se dio cuenta que no hay mayor nivel de abstracción que el del arte africano y *La consagración de la primavera* fue la expresión más elemental, más simple y al mismo tiempo más recóndita y real de un modo de estar el hombre en el mundo. Del caos maravilloso en donde flautas, cuerdas y bronces tienen cada uno su palabra, surge el ritmo conformador que apunta a la coherencia totalizante, que parece no lograrse en la politonalidad, en la mezcla de armonías. Rompen los bronces la calidez de las cuerdas, en donde marca el contrabajo otra dimensión, otro espacio. En los violines y las violas la sangre se conjuga con la vitalidad de los bronces en armonía singular, inaudita, que se busca

hasta lograr la conjunción única de tres cortes secos. Se hace savia en los timbales que levantan la vida en apoteósica existencia, al golpe que corta y que prolonga al infinito aquello que, con justeza, Stravinsky llamó: *Danza de la tierra*.

Vuelo en descenso. El piloto evita los vacíos de las turbulencias y atraviesa la nubosidad gris que se prolonga, se pega, gaseosa, a los vidrios. Un par de movimientos bruscos te acercan sin embargo a la ventana y ya se diluye la bruma para abrir paso a la cercanía de la costa, iluminada con sobriedad por un día gris que apaga aún más los tonos del verde y el mar. Es mar azul, denso, oscuro. La profundidad austral te penetra casi ahogándote.

Das vuelta la cabeza hacia el interior del avión y te reclinas en el asiento. Tomas el formulario y tratas de entender el lenguaje de los “valores declarados”. Siempre es fastidioso llenar los formularios y encasillar la vida en ítems regulares. Nombre. Apellido. Edad. Número de pasaporte. Motivo del viaje. Te detienes un instante para luego reubicarlo en el sitio que le diste anteriormente. Apoyas la cabeza en el respaldo y haces que el asiento te cobije, dejándote llevar mansamente por los movimientos del aparato. Te invade la curiosa sensación del reconocimiento. Los matices del verde y el mar te remiten a olores de hierba ya casi olvidados, a imágenes de lluvia densa, al rojo intenso de los suelos de invierno.

Escribir es una manera de tocar la verdad. Es la escritura la que consolida todo, la que puede expresarte, la que puede construir. Es la escritura en donde germina la verdad, tu verdad que no es sino esta historia, esta historia fragmentaria, memoria desgajada, retazos, hilos que intentan reencontrarse. Darle forma, escribirla y en el acto del discurso llegar a entenderla. Hilvanarla, consolidar nebulosas, razonar intuiciones, articular la historia despedazada. Esta historia es tu verdad, la que construyes, la que te construye, la que puedes ir descubriendo en la plasmación de la palabra. La que en este acto te va humanizando, integrando a la realidad despedazada de la memoria.

Antes de existir la tierra
en medio de las tinieblas primigenias,
antes de tenerse conocimiento de las cosas,

creó aquello que sería el fundamento del lenguaje humano
e hizo el verdadero Primero Padre Ñamandú
que formara parte de su propia divinidad.

En los bordes del río Paraná, allá en las tierras guaraníes brota el hombre de la noche originaria. Y los abuelos salen del centro de la tierra para ir a poblar bosques. Los primeros ancestros son hombres de piel amarga y axilas malolientes. Son los que llaman sacerdote al yacaré y viven capturando el alma, porque ella no se apega a los cuerpos débiles y la muerte no es la muerte del cuerpo sino la partida del alma, que puede antecederla. Desde niño, el varón empuña el arco y su destreza le nombra cazador. Muere con el arco como signo, construido por él mismo, cuando accede al sitio de hombre. La mujer construye el cesto al definirse como tal, en pubertad. Mientras tanto, allá en el otro extremo, en la meseta de Anáhuac, la sabiduría se guarda en códigos y el pensamiento de la palabra y el canto interroga al universo en el grito de la angustia primordial, que rasgará los siglos venideros. Xipetótec instaure la fertilidad, y cuando el sexo solar se une con la tierra —cópula sideral— germina la vida, y se despierta el Maíz tierno. En Teotihuacan confluyen hombres y dioses en un gesto mortal que origina el movimiento de los astros y el tiempo recomienza el vuelo cíclico. En el horno divino se sume Nanahuatzin para convertirse en Sol. También se prende fuego Quetzalcóatl y encumbra su corazón al infinito.

El hombre del incario surge en piedra y trabajo colectivo, y el Tawantinsuyo se extiende más allá de las montañas que lo protegen como halo tutelar. Él habla con las piedras y con el río y se transmiten ambos su aliento cósmico. El hombre del Tawantinsuyo llora de amor como paloma herida.

Todos tienen su hálito en el amanecer de las constelaciones. Guerreros son los caribes que del Orinoco se abren al mar y rompen las tardes boreales con el grito de Sólo nosotros somos gente, para luego saltar de la historia a la leyenda y desaparecer sin dejar rastro.

¿Es la historia esta masa informe en movimiento deslizándose, bifurcándose, reencontrándose, descubriendo y recubriéndolo

todo? Historia de uno e historia de todos en la que te sumerges y en donde puedes encontrar tu sentido, el sentido del recuerdo, de los actos, de los silencios, de tu violencia y de la de este espacio en donde tú no eres más que una expresión, un algo, un detalle, un brote ínfimo que vive una fuerza mayor. La fuerza de una sociedad dislocada desde los inicios y sin embargo una. Múltiple, una.

Escribir. La escritura que es la historia, única manera de superarlo, de asumirlo, de entenderlo, de integrarlo.

Que todo sea memoria, nada olvido.

Así es el mapuche anterior.
Entrego mi sangre
No entrego mi lugar
Que dice

Memoria de los días. Memoria de la historia. Todo allí: ayer, hoy, una sola cosa para construirnos, para impulsarnos, para lanzarnos a este espacio abierto. Su muerte, las muertes, también nuestras muertes en la sobrevida. Datos —terrible pensarlo así pero no podemos, no pueden, no puedes someterlo al dolor individual porque es la caída en el vacío— datos de una significación total. Caminamos, nos ocultamos, despacio, cuidado, que los niños no lloren, ya amaneciendo entraremos: la tierra nuestra desposeída, el lugar de nuestros abuelos recuperado ahora para la comunidad. ¿Qué saben los niños de esto? Deben saberlo: entramos a las tierras nuestras, a recuperarlas. Veinte, treinta años pidiendo que las entreguen por el Juzgado de Indios. Nada. Favor de ricos no más se va. Ellos tampoco olvidarán su historia. Que la vivan entera. Su vida es ésta, no otra. Hijos de mapuche que somos. La comunidad decidió y aquí estamos. Unidamente. Como hijos de un sólo padre. Recuperar las tierras embrolladas por el blanco. Vino, regalos, engaño. Ahí firmando uno. Poniendo el dedo en el papel que el mapuche no puede conocer porque no lee. La sabiduría mapuche es otra, viene de atrás. De los abuelos. Ellos entregaron el Alto

Conocimiento. Conocimiento de la tierra, conocimiento de los hombres.

Así es el mapuche anterior
Entrego mi sangre
No entrego mi lugar
Que dice
Hasta que lo engañaron
Entregó su campo

No olvidar. No olvidar. Conservar la memoria de todo. La abuela con su ropa oscura por la galería de la casa de los patios. ¿Qué pasa, Pepa, con el jazmín del cabo que no florece a estas alturas del año? Hay que ponerle aserrín, no vaya a ser cosa que se enferme niña y no florezca. Guardarlo todo, todo de esa relación que les dieron, sin valorar en lo que te introducían porque nunca lo reflexionaron. No lo necesitaban. Acechar la realidad, rodearla, sorprenderla y aprehenderla. Sacar de la sombra los hechos agazapados ahí en la memoria. Asirlos, articularlos. La memoria viva, viva, única forma de que todo adquiriera sentido.

Daniel.

Daniel y el mar.

Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde sí mismos, con entrañas de nación o humanidad. De nuevo Martí. Etapas de una conciencia histórica que se hace, que hicieron, hicimos, hacemos. Pronunciar la palabra que nombra, desbrozando. Hundes la mano en la tierra, escarbas hasta que te duele la piel bajo las uñas. Allí están, la solidez redonda y suave que palpas con los dedos hasta arrancar los tubérculos de las raíces debajo de la tierra. Levantas las papas que surgen de este parto forzado, producidos por decenas de manos en hileras húmedas, para lanzarlas al canasto común. El mingaco es la fiesta del trabajo de todos. Las cosechamos temprano este año porque van a empezar las lluvias. Salieron papas chicas, buenas para semilla y para los animales. Aprovecharemos sólo un tercio para el consumo de la casa. Pero el trabajo es igual alegre. Y ella y tú esperarán el mediodía para bañarse en el río, sacarse la tierra de encima antes del almuerzo de

todos bajo el parrón. Los vecinos bromearán con la manera suya de agacharse sobre las hileras y con tu predilección por las papas pequeñas, las que tienen formas de animales, caras de personas conocidas. Mañana la cosecha será en el huerto del lado, y así sucesivamente, hasta terminar el ciclo y asegurar la producción para el invierno próximo. La cabeza amarrada con un pañuelo, inclinadas sobre las hileras y las manos metidas en la tierra, sentimos en esa adolescencia la solidaridad del trabajo común.

Daniel. Daniel y el mundo. La capacidad de mirar la vida desde arriba y decidir. De romper en carcajadas frente al miedo. Daniel desafiando al universo para ver el infinito de frente.

Ahora bien, sin pretender crear artificialmente situaciones dramáticas, debe Ud. comprender que las posibilidades que en esto me pueda ocurrir algo son bastantes. La simple lógica de la lucha establece que es posible en lo concreto, en cualquier momento que yo pueda caer preso, o aún muerto (no lo deseo, no es un lirismo o una figura retórica, simplemente es posible). Son los naturales riesgos que impone el tipo de empresa a la que estoy entregado. Hacer una revolución en los hechos concretos tiene costos en lo personal, a veces enormes. No me quejo ni me vanaglorio de ello, yo elegí este camino, estoy contento con él, y creo que vamos bien encaminados.

Daniel. Daniel y la muerte. Daniel y la fuerza de vivir.

No te vayas de esa ciudad mía de los pinos y el mar. Tú eres como ellos y como esta Quinta Sinfonía que estoy escuchando. No podemos estar juntos ahora, pero me basta saber que estás ahí para que en las cuatro paredes de una reunión me entre aire fresco.

Daniel: esa manera de amar, enorme y sobria, como su Beethoven. Daniel en su estatura de volcán.

Empiezo por decirle que adoro a mi mujer. Que a pesar de haberme separado de ella en los hechos es la persona que más he querido en mi vida. La tarea que he emprendido me ha obligado a tenerme que separar de ella, y creo que es necesario. Más aún, creo que esta situación se prolongará por un largo período, ni yo sé cuánto.

Que todo sea memoria. Nada olvido. Historia nuestra multiplicada al infinito. Mundo de rocas que tiemblan y estallan en los embates del espacio matricial, hasta buscar forma y acomodarse al fin en cordones montañosos que caminan todo el continente en protuberancias y vacíos. No adoptan aún su forma impasible cuando llega el hombre a elaborar vasijas y conversar con las estrellas. En pergamino de piedra dibujan su historia y las rocas adquieren el título de cronistas. Son hombres que van con los cóndores de la mano. Mujeres de piedra, que no aceptan cobardía.

Así es el mapuche anterior
Entrego mí sangre
No entrego mi lugar
Que dice

Hombres con estatura de volcán y de aurora, capaces de despertar cada siglo, para saltar de la leyenda a la historia y volver a engendrar mito. En la ejecución de la empresa de las Indias no le aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundo. Allí, al desamparo de todo, surgió lo impredecible. Tiempos de otra cronología. Floraciones de diferente tropismo.

Todo memoria. Nada olvido. Guerra nuestra perdida en la inconsciencia de los siglos. Guerra permanente acechando a cada vuelta de la historia, vestida de carabela, de corregidor, de encomendero, de cura, de adelantado, de militar. Guerra y victoria. Intento de transformar, derrota y exilio. Tu madre escribiendo desde allá, que es ahora este aquí próximo, inmediato.

Conversar para decirte someramente lo que es nuestra vida en estos momentos: un montón de cosas fallidas y otro

montón de esperanzas que no mueren. La casa se pone más bonita con la primavera. No puedo ya decir alegre. Tenemos menos gallinas porque el invierno fue frío y con mucha lluvia. Ahora, con el sol le pondremos huevos a algunas que andan enclucándose, para aumentar la familia. El durazno que está frente a la cocina ha comenzado a florecer y creo que este año tendremos bastantes frutos. No puedo dejar de pensar, perdóname, en para qué todo esto, con ustedes dos ausentes.

Que todo sea memoria, nada olvido. Elementos de una cosmogonía que abre los espacios a la fundación. A nuestra perpetua fundación. A esta identidad que es siempre su reiniciada búsqueda. Realidad empírica en proceso de reflexión. Memoria del presente.

Ya el aterrizaje parece inminente y el aparato comienza el descenso final buscando la pista. Una vez atravesada la bruma espesa aparece la ciudad en toda su extensión.

Al llegar al sur se llevará a cabo el trayecto imaginado tantas veces. Sabes que realizarlo será instaurar el tiempo nuevo. De pronto pareciera que es una instancia vivida que se repite. No podrías decir si es la memoria de la imaginación o si es la memoria del mismo recuerdo. Todo parece haber sido ya vivido y sin embargo no es más que el futuro próximo, inmediato, inminente.

Caminarás de la estación de ferrocarril hasta el cementerio.

No sabes aún qué harás con las valijas. En la nebulosa hay una oficina de custodia. Tal vez pidas a alguien de algún comercio cercano guardarlas durante unas horas mientras puedas volver a buscarlas. Es casi seguro que lo aceptarán sin más. Allí un forastero es siempre alguien prestigioso y nadie sospechará tu pertenencia al lugar. Luego caminarás despacio por las calles aún sin pavimento hasta la salida del pueblo. Quisieras ir absorbiendo en ese trayecto las sensaciones de plenitud. Ir lento para experimentarlo todo. Atravesarás entonces el terreno arenoso y del otro lado divisarás las cruces blancas emergiendo a lo lejos.

Seguramente pasarás a una casa cercana para intentar comprar algunas flores porque no quisieras llegar con las manos vacías. Será un ramo variado, casi silvestre, de especies, tamaños y colores diferentes, arrancado del mismo jardín por unos centavos.

Entonces llegarás.

El sitio no es grande y no te será difícil encontrar el lugar indicado por la piedra que tallaste hace veinte años. Una vez allí, inclinada en la tierra de pasto abundante vivirás largamente la sensación del regreso. La duración del tiempo tendrá entonces la dimensión del retorno y entrarás allí al espacio mayor adonde perteneces. Al espacio sin tiempo de ti misma. Al tiempo nuevo que se instaura. Al lugar de los tiempos simultáneos que hacen tu espacio. Ya no verás los pinos del fondo ni la alameda dibujándose a lo lejos. Sólo será ese lugar y la piedra oscura con mi nombre que parecerá adentrarse en el alma. Como ahora, parecerás interrogar, buscar respuesta frente a la historia. Pero es en vano. No lo hagas. Aquel es el refugio de la fragilidad. No me busques allí.

Búscame más bien en las hojas que se anuncian, en los brotes que presagian los trigales. Me encontrarás en la gente que murmura y se sacude, en esa voz que ya surge como una rosa blanca estirando sus pétalos. Como si nada la detuviera entre las araucarias y el acero, entre los autobuses y las oficinas, desafiando el invierno, las alambradas, los muros. Me encontrarás en la palabra preñada de intemperie que va por los caminos, las avenidas, revelando un calor nuevo, viejo y nuevo, amaneciendo. Me reconocerás en la multitud: en sus gestos de planeta en zozobra y en su lengua de banderas.

Búscame allí: en el idioma que se construye para encontrar la risa.

Ahora señalan los micrófonos el aterrizaje dentro de los próximos minutos. Abrocha tu cinturón mientras el aparato forcejea estremecido por los frenos que lo sujetan en el aire y el vuelo descendiende, baja, baja. Ya se divisan las construcciones debajo de la bruma. Las azafatas se pasean observando el cierre de los cinturones y recogen los últimos vasos olvidados sobre las mesas.

El avión toca pesadamente la tierra y da pequeños saltos antes de seguir un curso parejo. Se escucha fuerte el rugido de los

motores que frenan. Llevas una mano a la garganta mientras el aparato corre por la pista, disminuye la velocidad más y más hasta que ahora ya puedes distinguir los edificios. Te inclinas a mirar por la ventana y ya comienzan a agrandarse las construcciones del aeropuerto cuando el pasajero de enfrente se levanta, abre el depósito de equipajes que está en lo alto y baja un maletín de mano. Una indicación por los micrófonos señala que no hay que levantarse de los asientos hasta la completa detención del aparato. El pasajero del abrigo y el sombrero se acomoda de nuevo y cierra otra vez su cinturón de seguridad.

El avión se desliza ahora hasta el final de la pista de aterrizaje y se detiene un momento. Luego lentamente da una media vuelta y se dirige hacia las instalaciones del aeropuerto. Extiendes la mano y la deslizas más abajo del cuello, como oprimiéndote el pecho. Ahora ya puedes distinguir el amontonamiento de la gente que está sobre las terrazas e incluso algunas manos levantadas y pañuelos dando la bienvenida. No te ilusiones sin embargo, nadie estará sino tú misma esperándote abajo cuando llegues. Ahora el aparato se detiene. Se escucha el ruido múltiple de los cinturones de seguridad que se desabrochan. Los pasajeros se levantan en desorden, apurados, y comienzan a bajar el equipaje de mano de los depósitos de arriba. Ahora tratan lentamente de ir acercándose a las puertas de salida mientras puedes distinguir por entre las figuras que están cubriendo las ventanillas a los soldados apostados a la entrada del edificio central y a algunos vehículos militares.

Terminas de organizar tu equipaje de mano que está en el asiento del lado y corres el cierre del maletín. Vuelves a mirar hacia afuera y reconoces la vestimenta prusiana y el tono oscuro de los rostros.

El helicóptero vuelve a sonar sobre la casa de tu madre, de mi madre, cerca, muy cerca y da vueltas, vueltas y vueltas y ellos aquí con el jeep, las botas, los fusiles. Entonces se abre la puerta delantera del avión que permite la salida prioritaria de los pasajeros de primera clase. Casi simultáneamente se escucha la apertura de la puerta trasera. Te levantas.

Todo parece comenzar de nuevo.

Pero no. Todo parece comenzar de nuevo y todo es al mismo tiempo diferente. En veinte años las exigencias responden a otra hora y tus ojos son nuevos.

Todo parece comenzar de nuevo. Entonces es mi historia: la de los tiempos del fervor. La gesta en movimiento que busca transformar la vida. También la historia del horror que cae sobre el intento.

Todo parece comenzar de nuevo pero todo es al mismo tiempo diferente. La luna, el viento, el año, el día, todo camina, pero pasa también.

Cuando tu mirada escudriña, inclinándote para alcanzar la ventanilla y te ves en el reflejo del vidrio estás envuelta en mis chalecos de lana suaves y tus pupilas oscuras se iluminan ahora con mi mirada. ¿No te hablan de nuevo mis ojos pardos de la esperanza? ¿No son ellos el fervor? ¿No ves el convencimiento en mi rostro claro? Mi rostro que te reproduce el vidrio de la derecha tras avanzas. Tu rostro moreno que me devuelve el espejo mientras voy.

Se ha abierto la puerta y las azafatas se han situado en los costados de la salida. Ya bajan los demás pasajeros. Es tu turno ahora y tu gesto tranquilo. Es mi turno, el rostro claro de la pasión contenida, la fuerza.

Ya bajan los demás pasajeros. Es el momento de avanzar, llegar a la puerta y abrirse al cielo azul y al aire que ya entra por bocanadas en tanto se perfilan los rasgos casi nítidos de los que esperan que bajen, que bajemos. Y tu rostro y mi rostro interrogándose. Un paso más y habrá que franquear la barrera. ¿Quién avanza? Un paso más y habrá que afirmar bien en la mano derecha el equipaje de mano mientras se toma la baranda de la escalera y el viento golpea con fuerza en la mejilla.

Esta colección forma parte de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado UTE-USACH y se enmarca una iniciativa de la Universidad de Santiago de Chile por la preservación de la memoria

Rector
Rodrigo Vidal Rojas

Presidenta Comisión 50 años
Cristina Moyano Barahona

Director de la colección
José Santos Herceg

Comité editorial
Felipe Cussen Abud
Catalina Echeverría Ibieta
Galo Ghigliotto Ghigliotto
Sandra Navarrete Barría
Carolina Pizarro Cortés

Este libro fue posible gracias al apoyo de la Universidad de Santiago de Chile a través de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio. En la presente edición trabajó el equipo completo de Editorial Usach

Galo Ghigliotto (director) - Catalina Echeverría (editora)
Andrea Meza (diseñadora) - Ana Ramírez (diseñadora)
Consuelo Olguín (editora adjunta) - Martín Angulo (jefe administrativo)
Claudia Gamboa (secretaria) - Daisy Fariás (auxiliar de servicio)
Emiliana Pereira (jefa comercial) - Javier Solís (ventas)
Pablo Masquiarán (asistente de bodega)

*

Esta
segunda
edición de *La
luna, el viento, el
año, el día* se terminó de
imprimir en noviembre de 2023
en los talleres de Eclipse Impresores
con un tiraje único de 500 ejemplares.
Para los textos de portada se utilizó
la tipografía Eurostile; para
el interior se utilizó la
tipografía Stempel
Garamond LT
Std.



Después de 20 años fuera de Chile las imágenes se agolpan. Sentada en el avión que la trae de regreso a su país, la protagonista de *La luna, el viento, el año, el día*, rememora su vida en el exilio y en su narración se articulan los recuerdos de su infancia, su estadía en el Caribe, junto con reflexiones sobre el lenguaje y la Historia.

Considerado como un relato que transita entre la novela y el ensayo, este libro de Ana Pizarro elabora un cruce entre la memoria, la imaginación, las épocas y el espacio con el objetivo de recuperar una historia individual que es, a su vez, colectiva. En esta obra se evidencia la necesidad vital de regresar a la patria tras el exilio para reencontrarse con el presente, luego de vivir en una lejanía impuesta y reconocer la subjetividad que habita en territorios de ausencias, silencios, recuerdos y memorias en quiebre.

Esta colección reúne obras relativas al golpe de Estado y a la dictadura chilena, situando en el centro a la Universidad Técnica del Estado (UTE), para dar cuenta de sus efectos. Está compuesta de estudios académicos, documentos, entrevistas, testimonios, reportajes y textos literarios de autores disímiles en cuanto a su formación, inclinación política y pertenencia institucional.

